Antonio Altarriba

Cuerpos entretejidos

La sonrisa vertical



Estas cinco historias, entretejidas en la sensualidad de las telas al uso en el periodo en que se desarrollan, nos trasladan, envueltos en la fina seda, desde fabulosos y licenciosos palacios de Oriente, donde todo parece permitido, hasta, ceñidos en fibra sintética, la más actual y dura realidad virtual, donde el sexo se enmarca en la ficción programada. Entre un tiempo y otro, arropados en lino pasamos por los extraños y rudos rituales del África más profunda; envueltos en el suave terciopelo, por los perversos amores letales en la Italia del Renacimiento, y rodeados del vaporoso tul, por una exposición universal en un Estados Unidos decimonónico, donde la idea de progreso alienta los ánimos con la misma luz que enciende los cuerpos.



Antonio Altarriba

Cuerpos entretejidos

La sonrisa vertical - 97

ePub r1.0
Titivillus 27.04.15

Título original: *Cuerpos entretejidos*
Antonio Altarriba, 1996

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



epublibre

La seda

Tcheu-Sinn se aburría solemnemente. Todos los años debía soportar la interminable ceremonia de pleitesía. Desde que su antepasado Trang el Grande la instaurara, los gobernadores de las distintas provincias desfilaban ofreciendo al emperador el objeto o la criatura más extraordinaria que sus territorios habían sido capaces de producir. Durante tres días se sucedían las delegaciones. Las primeras horas resultaban llevaderas e incluso alguno de los regalos lograba sorprenderle. Pero, al cabo de cierto tiempo, Tcheu-Sinn se hartaba de contemplar cogotes doblegados e ilustres coletas postradas a sus pies. En algunos momentos llegaba incluso a lamentar la extensión del imperio y habría preferido reinar tan sólo sobre unas pocas provincias con tal de abreviar la ceremonia. Por fortuna conseguía abstraerse sin dificultad del penoso ritual y se entregaba a más gozosas diversiones.

Wang Tong, gobernador de Sikang y escritor insufrible, justificaba su regalo haciendo un breve elogio de la belleza de lo invisible. Al mismo tiempo ofrecía un pincel de pelo de murciélago para escribir poemas en la más completa oscuridad. Defendía el encanto imperecedero de lo ilegible y el sutil refinamiento que supone crear para que nadie disfrute de ello. Pero Tcheu-Sinn ya no prestaba ninguna atención a lo que le decían ni a lo que ocurría a su alrededor. El emperador sólo sentía las caricias de Lin recorriéndole el sexo.

Arrebujada entre los vuelos de su amplio traje de ceremonia, la muchacha cumplía con la misión de mantener a su señor en un estado de constante excitación. Su cuerpo pequeño, suave y fresco se movía con sabia precisión entre las piernas del emperador sin ser visto desde el exterior. Si algún vasallo hubiera cometido el sacrilegio de levantar la

mirada, tan sólo habría percibido una ligera agitación de pliegues, un murmullo de seda (¿o de saliva?) y quizá, en algunos momentos, un pie delicado asomando por debajo de la túnica.

Sujetaba el sexo entre las palmas abiertas. Sus manos diminutas amasaban el deseo del emperador con delicadeza, casi con devoción. Restregaba de izquierda a derecha y de derecha a izquierda con acompasada cadencia. Mantenía el extremo introducido dentro de la boca pero sin tocarlo. Tcheu-Sinn notaba tan sólo el calor de su aliento y una humedad cercana que tensaba todavía más su erección. Ella hacía vibrar la lengua rozándole con la punta mojada y él sentía un líquido aleteo invadiéndole el cuerpo.

Mientras tanto, el embajador de Yunan le ofrecía un diamante tan puro que no tenía materia. Tan sólo era un destello de arco iris. Aseguraba que, si el emperador lo enterraba en su jardín durante la estación de las nieves, brotaría un árbol en el que florecerían las más bellas joyas.

Lin sabía engordar los labios y rellenarlos de una blandura muy especial. Se le aflojaban las comisuras con una morbosidad extasiada y se lanzaba a abrazar la coronilla del sexo imperial. Enroscaba la boca en ella y luego giraba la cabeza con lenta aplicación en un sentido y en otro. Cerraba las manos y apretaba con certera intensidad paseando los dedos de arriba abajo. Mordisqueaba el vértice más sensible, lo humedecía con abundante saliva y después estiraba ligeramente los labios. El cuerpo de Tcheu-Sinn se llenaba de sonrisas. (El representante de
Ho-Nan
hacía entrega de un recipiente con leche de tao para disolver todos los venenos y curar los malos humores).

Con la lengua le hacía un lecho al sexo de su señor y lo acunaba dulcemente. Después, con insistentes cabeceos, se ponía a absorber. Como si intentara extraerle la médula espinal, aspiraba con un ligero chapoteo. (De las desérticas tierras del Turquestán le traían una piedra sobre la que nunca había caído la lluvia, capaz de secar con su calor las cosechas de sus enemigos). Finalmente, con hábil contorsión de

garganta lo engullía hasta el borde. (Una piscina con agua del lago Poyang en la que se hunden los traidores y flotan los fieles servidores). Permanecía atragantada durante un momento y luego su cuello se ponía a serpentear por la erección. (El gobernador de Hsinking ofrecía un cofre que contenía una diminuta compañía de *ballet* bonsai cuyos bailarines apenas medían unos centímetros). Con las manos acariciaba los testículos tersos y duros. (De Hupe, una escena pintada en un rollo de tela tornasolada en la que las figuras y el paisaje cambian en función del lugar y la hora en que se despliega). Y luego con lentitud constrictora lo saca y se pone a lamerlo, a embadurnarlo como si se tratara de un precioso lacado. (De Chansi, un caballo negro que se confunde con la noche, galopa sin hacer ruido y se alimenta de la sombra de niños recién nacidos). Y sujetándose los pechos se los aplica en el bajo vientre… (de Chekiang una hoguera con llamas de todos los colores)… y así una caricia tras otra, en un intento de matar lo más prolongadamente posible el aburrimiento imperial.

Todas se llamaban Lin porque así había decidido llamarlas el emperador. Todas se parecían pero todas eran distintas. Cada luna nueva el maestro de ceremonias sustituía a una Lin por otra. Con precisa regularidad las relevaba en el cuidado y mantenimiento de la excitación imperial.

Debían ser pequeñas, de hermosas proporciones, de piel blanca y, sobre todo, de manos delicadas y labios gruesos. Eran seleccionadas con rigurosos criterios y durante una temporada se las entrenaba en el arte de la caricia siguiendo las más depuradas técnicas del Jingluo. Practicaban entre ellas el roce y la intensidad. Aprendían a jugar con la distancia entre piel y piel, a tocar con el aire y a hacer añorar el contacto, a desarrollar una función especial para cada dedo y a utilizar la saliva. Se les enseñaba a prolongar el placer y a evitar ese punto en el que el deseo estalla y cae en la apatía. La casa de las Lin desprendía un leve chasquido de carnes y un murmullo de suspiros contenidos.

Su destino se cumplía en ese breve período que vivían entre las piernas del emperador. Su tamaño, destreza y suavidad les permitía evolucionar en tomo al sexo de Tcheu-Sinn sin obstaculizar sus movimientos. Durante veintiocho días no dormían y apenas se alimentaban, entregadas a la tarea de mantener vivo su deseo. Transcurrido este período, pasaban a cuidar los jardines imperiales, donde permanecían sin mantener relación con hombre alguno. Sus manos tan sólo se dedicaban al cultivo de hibiscos, cardúfares, aliondros y otras flores primorosas. La continua exposición al sol de sus delicados cuerpos y el contacto con los pétalos y el polen acababan rápidamente con sus vidas. Las Lin morían con la piel arrugada y exhalando un delicado aroma que impregnaba durante largo tiempo sus tumbas.

Tcheu-Sinn pensaba que el placer puede estirarse de forma ilimitada. Estaba convencido de que sólo se alcanza el verdadero goce cuando se aleja el angustioso fantasma de su final. El orgasmo no es la culminación del placer sino el inicio de la apatía, no es la realización del deseo sino su pérdida. No supone el paroxismo de la lujuria, sino la prueba palpable de la debilidad humana, la evidencia de una falta de control, de una incapacidad esencial que coloca al hombre por debajo de sus pasiones y le hace esclavo de los mecanismos de su cuerpo.

El excelso Tcheu-Sinn se situaba al margen de estas flaquezas. Él no podía estar sometido a las debilidades propias de los mortales. Vivía en la prolongación indefinida del deseo. Día y noche, despierto y dormido, su sexo permanecía erguido y rebosante de vida. Todo su cuerpo disfrutaba continuamente de esa tensa crispación. Sus propias decisiones de gobierno se alimentaban de esa desbordante energía, de esa perpetua irritación. Con la ayuda de Lin el emperador entretenía su goce, lo llevaba hasta el extremo y, cuando notaba esa sacudida acuciante que amenazaba con desbaratarlo, lo hacía retroceder. Su existencia transcurría así en la máxima intensidad, en el estrecho filo en el que el

exceso de vida linda con la muerte.

Tcheu-Sinn no eyaculaba nunca. Siempre estaba a punto… y la duración ilimitada de ese punto límite le proporcionaba una sensación de infinito o, al menos, una ilusión de eternidad.

En cuanto el protocolo y las obligaciones de la administración del Estado se lo permitían, Tcheu-Sinn abandonaba el ostentoso palacio imperial, símbolo del poder de la dinastía Chang. Se había hecho construir una nueva residencia en las afueras de
Ngan-yang
a la que llamó Shou Xing, que en el dialecto de sus antepasados quería decir «el brillo del gato negro». Allí se recogía acompañado de una reducida corte de incondicionales y se entregaba a asuntos para él mucho más importantes que el gobierno del país.

Todos los edificios del refugio imperial fueron construidos con jade. Muros y columnas, adornos, tejados y remates estaban tallados en esta piedra preciosa y convenientemente pulidos. Este material sumía a Shou Xing en un misterioso torbellino de tonalidades. La luz rebotaba creando transparencias en las paredes y envolviendo las dependencias en una atmósfera mágica donde se perdían los contornos y surgían los espejismos. En los días más cálidos del verano el palacio no podía distinguirse desde el camino de Cantón. A esa distancia desaparecía, mezclado, casi absorbido por los rayos del sol. De hecho, nadie estuvo totalmente seguro de su existencia.

La pura sonoridad del jade también contribuía a la alucinación de los sentidos y creaba maravillosas inseguridades. Cualquier movimiento se convertía en una vibración que reverberaba indefinidamente. Nadie podía gritar ni caminar calzado. Sólo se oía el rumor de las fuentes y de los riachuelos artificiales que, repetido y afinado por miles de ecos diminutos, envolvía a los moradores del lugar en una extraña y profunda melodía.

Todo Shou Xing estaba al borde de la fantasía. En algunos rincones del palacio se escuchaban conversaciones y murmullos que habían tenido lugar en el pasado. La iluminación confundía los cuerpos con sus sombras y los brillos con la luz. Se decía incluso que quienes caían en desgracia ante el emperador perdían el sentido de la orientación y deambulaban extraviados por los salones sin lograr salir jamás de la irrealidad.

En su palacio de jade, Tcheu-Sinn celebraba una ceremonia mucho más agradable que la de pleitesía. Cada siete semanas elegía a siete mujeres para su disfrute personal.

Los preparativos duraban varias jornadas. Se sacaba brillo a los dragones de bronce que decoraban el salón hasta que parecían desprender destellos de fuego. Se quemaban maderas olorosas para llenar el espacio de humos voluptuosos. Un grupo de cantantes *shô* interpretaba nostálgicas canciones cuyos ecos permanecían días enteros resonando por techos y paredes. Se cubría uno de los muros con una tela pintada por el maestro ciego He Youzhi y finalmente, sólo unas horas antes, se encendían los candelabros con fuego traído del volcán
Hua-Shan
.

El emperador presidía la ceremonia de pie, cubierto tan sólo con una ligera túnica del color de su piel y con dos plumas de tangara adornándole el cabello. Contemplaba con impaciencia contenida la entrada de las cuarenta y nueve mujeres entre las que debía efectuar la selección. Estas hacían su aparición totalmente desnudas. Tan sólo ocultaban su rostro con una máscara que cada una de ellas había fabricado con seductora fantasía. Una por una se postraban ante él con un gesto tan respetuoso como tentador y después iban a situarse en el lugar que les había correspondido. En pie y de espaldas al emperador, se abrían de piernas. Se inclinaban ante unos altarcillos, apoyaban el vientre sobre las aras, bajaban la cabeza y permanecían inmóviles con sus largas

melenas negras rozando el suelo.

Ante semejante espectáculo el sexo de Tcheu-Sinn daba un respingo entre los dedos de Lin. Observaba con avaricia todas esas nalgas que, puestas en fila, se le tendían. Arañaba con la mirada esas curvas repletas de una firme carnosidad, hurgaba con la vista esa zona oscura en la que termina la suave hendidura, y creía adivinar, en la culminación de sus muslos, imperceptibles movimientos de inquietud, húmedos revuelos de impaciencia.

Con gesto solemne el propio Tcheu-Sinn se tapaba los ojos con un pañuelo de seda negra que llevaba bordado en oro el signo *huá* de la clarividencia. Y así, a ciegas, entraba en cada una de ellas.

Todas habían sido preparadas para la ceremonia. Se habían sincronizado sus ciclos menstruales para que ninguna manchara con su sangre al emperador. Habían aprendido a pronunciar provocativamente las nalgas y, aunque habían sido desvirgadas la noche anterior con una vara de encina, conocían la mejor manera de acoger a su señor.

El emperador sólo las probaba. Su miembro, conducido con habilidad por Lin, se introducía una única vez en cada una. Era una penetración lenta y profunda. A Tcheu-Sinn le gustaba abrirse camino en la tibia cavidad y, en cuanto tocaba fondo, permanecía unos instantes sin hacer ningún movimiento, simplemente sintiendo latir en su propio sexo un barullo de sangre. Y así, como sucesivas inhalaciones de aire fresco, después de una, visitaba otra. En la concentrada oscuridad del pañuelo que vendaba sus ojos Tcheu-Sinn saboreaba el cambio de tersuras, las diferencias de humedades, incluso llegaba a percibir los distintos aromas que emanaban de las intimidades que se abrían para darle paso. Pero lo que más le excitaba era esa leve sacudida con la que recibían su sexo: notaba un estremecimiento en el cuerpo de cada muchacha, un suspiro soplando entre sus ingles y un tierno apretón en lo más hondo de su deseo. Y entonces, nada más abrirles la puerta hacia el éxtasis, las abandonaba con la misma serpenteante lentitud con la que había entrado.

Al final del recorrido Tcheu-Sinn sabía sin vacilación

alguna cuáles eran las siete mujeres que iban a quedarse con él. Las penetraciones más suaves, las más finas acogidas eran siempre seleccionadas. En realidad Tcheu-Sinn perseguía, con esta ceremonia, una quimera. Pretendía encontrar a aquella mujer cuyo sexo resultara tan suave como la seda. Estaba profundamente convencido de que algún día, en una de las penetraciones, identificaría ese delicado roce que proporciona el contacto con el más divino de los tejidos.

Las muchachas repudiadas en esta ceremonia desposaban a los capitanes y generales del emperador, con lo cual Tcheu-Sinn pensaba tener garantizada la fidelidad de su ejército.

Tcheu-Sinn impuso en todo el imperio el culto a la seda. La consideraba el símbolo más representativo de su reinado. Ningún otro tejido podía comparársele. Su textura se obtenía de los capullos donde miles de gusanos habían decidido enterrarse confiando en un alado renacimiento. Contenía por lo tanto la suavidad de sus suicidios y la posibilidad de todas las mariposas. Este proceso encerraba para Tcheu-Sinn una cruel lección de gobierno. La belleza se encuentra más allá de la vida. La perfección nace de la muerte.

El misterio de la seda se conmemoraba todos los años con sensuales festejos entre los que destacaba una obra de teatro ritual *yin*. Toda la corte debía asistir a la representación en un estado de extrema excitación sexual. En medio de un silencio entrecortado por tenues jadeos y chapoteos de caricias, los nobles contemplaban la tragedia de Lu-Da. Durante un día entero los actores encamaban las peripecias de esta mujer, segunda esposa del emperador Si-Hing-Chi, que descubrió los secretos del cultivo de la seda. Desde el más intenso placer, ministros, generales y depositarios del sello imperial observaban a Lu-Da hilando y enroscando en tomo a su cuerpo desnudo los mil metros de hilo que contenía el primer capullo. Administraban su goce mientras la compañía interpretaba la sensual y

palpitante danza de la crisálida. Las penetraciones se hacían más profundas cuando Lu-Da descubría que padecía la lepra y decidía morir porque su piel ya no era digna del emperador. Hasta el propio Tcheu-Sinn se sentía al borde del espasmo cuando Lu-Da, como si de un gusano se tratara, segregaba por sus purulencias una fibra densa que la envolvía por completo. Con ella confeccionaba a Si-Hing-Chi una túnica que le hacía invulnerable. Al final de la representación, en el momento apoteósico en el que Lu-Da renace y emprende el vuelo, toda la sala estaba bañada en ese olor amargo que sólo desprende el placer perverso y estéril.

Como la seda. El reinado como la seda. El deseo como la seda. Y, sobre todo, la piel como la seda. Tcheu-Sinn ponía todo su empeño en conservar la tersura de su piel. En el liso esplendor cobrizo de su cuerpo sólo destacaban, como cuchillos, el brillo azul de sus ojos y el destello de sus dientes. Todos los días se untaba con aromáticos ungüentos. Combatía cualquier arruga, cualquier pliegue, cualquier aspereza que entorpeciera el contacto o en la que tropezara el placer.

Todas las semanas los médicos le preparaban un baño rejuvenecedor. Arrancaban el corazón de los malhechores, traidores y enemigos del imperio y, cuando todavía estaban palpitantes, los exprimían en una prensa de plata. Una sangre espesa y humeante iba llenando la bañera imperial. Tcheu-Sinn se introducía en ella y permanecía totalmente cubierto por el jugo revitalizador mientras podía aguantar la respiración. Durante esos minutos el líquido producía densos borbotones que limpiaban sus poros de impurezas. Salía del baño y se tumbaba al sol cubierto de un rojo espeso y coagulado. La sangre, al secarse, le estiraba la piel con el odio todavía vivo de los recién ajusticiados.

Ni siquiera en ese momento renunciaba el emperador a su

placer. Procuraba olvidar entre los dedos de Lin el dolor que le producía la tensión de su piel, pero lo que más le aliviaba era esa sensación de poder penetrándole por los poros. Su salud se identificaba con la justicia, su belleza personal con el bien del imperio.

Sólo los felinos podían compararse con la seda. Su mirada, su forma de caminar, sus zarpazos recordaban a Tcheu-Sinn la cruel suavidad del tejido. Incluso a veces le parecía escuchar en el contacto con la fibra un ronroneo o un ronco maullido.

Shou Xing estaba lleno de gatos de todas las especies y tamaños. Se paseaban en libertad por las estancias impregnando el ambiente de un olor muy especial y dejando en el jade las huellas de sus arañazos. A pesar de la aparente normalidad reinante en los actos y reuniones oficiales, nadie se había acostumbrado a su presencia. Todos, desde los criados hasta el primer ministro, vivían con un frío permanente en la espalda. Sentían a su alrededor una sigilosa amenaza que a veces les hacía estornudar y casi siempre les ponía los pelos de punta.

Tan sólo Tcheu-Sinn parecía disfrutar con los animales. Por la noche, a la hora preferida de los felinos, salía a deambular por el palacio. Y, mientras sentía bullir entre las sombras la elegancia y el embrujo de su presencia, contemplaba el afilado colmillo de la luna y escuchaba el rugido de la oscuridad.

En Shou Xing podían encontrarse las más raras especies: una pareja de tigres blancos capturados en Bengala por el propio emperador, ocelotes ciegos, linces de Manchuria más pequeños que un dedo de la mano, guepardos de árbol que nunca pisan el suelo… En ocasiones llegaba incluso a distinguirse entre los helechos del jardín el único ejemplar conocido de pantera esmeralda, cuyo cuerpo es de un verde cristalino y su piel extremadamente venenosa. Pero el preferido de Tcheu-Sinn, el que a veces compartía su lecho, el que le transmitía una desgarradora sensualidad en cuanto le

acariciaba, el que ejercía sobre él una feroz influencia, era un gato negro que por las noches se encendía con luz de luna.

Tcheu-Sinn se había hecho construir el más suave de todos los estanques. Había mandado cavar un amplio y profundo agujero en su jardín de Shou Xing y lo había llenado con las más exóticas sedas. Miles de telas de todos los colores formaban un pequeño lago que rebosaba de destellos. No había peces en su interior, pero las bandadas de patos, atraídas por la finura de la superficie, acudían en gran número y rozaban las ondas con sus alas. Los árboles de los alrededores crecían vigorosos regados por las húmedas caricias de la fibra y el viento soplaba jugando con los tonos del tejido. El lugar ejercía una evidente atracción sobre el emperador. Al atardecer solía pasear desnudo por la orilla y, cuando el sol caía en el horizonte y la luz se reflejaba en el estanque, su cuerpo se vestía con los colores de las telas del lago.

Se zambullía en él con deliciosa avaricia de sensaciones. Con los músculos ligeramente contraídos por la excitación, se lanzaba a la seda y se revolcaba en la turgencia. Se abandonaba, dejaba que su cuerpo se hundiera hasta alcanzar una completa oscuridad. Entonces se ponía a nadar o, mejor dicho, a bucear por una inacabable caricia. Se restregaba, se retorcía, se envolvía, avanzando o hundiéndose…, se empapaba del máximo deleite.

Sus esposas se lanzaban tras él y le buscaban por las profundidades. La que le encontraba tenía derecho a un único contacto que ella misma elegía. Tcheu-Sinn se entregaba a una expectante deriva, presto a dejarse llevar por las más gozosas corrientes submarinas. Perdido en la profundidad, notaba cómo las caricias se abrían paso entre las telas, sentía una agitación de pliegues en tomo a él y los cuerpos de sus mujeres se acercaban con delicadas maniobras. Le abrazaban el sexo con sus muslos antes de lamerlo con intensa lentitud, se lo introducían ejerciendo una leve presión sobre sus caderas, le deslizaban la lengua entre las nalgas… Disfrutaba

de su naufragio, flotaba en el deseo y, al final, la marea le absorbía por completo. Le habría gustado confundirse en una única y completa sensación, no distinguir entre la piel y la seda, perderse en el éxtasis de la extrema suavidad. Pero, a pesar de la pericia de los contactos y de la ayuda de Lin, Tcheu-Sinn no sólo diferenciaba los tejidos de los cuerpos, sino que incluso identificaba a cada una de las mujeres que se le acercaba.

Por fin un día ocurrió. Encontró a la mujer que tanto había buscado. Tcheu-Sinn se bañaba en el estanque, se ahogaba en los placeres del tacto cuando la reconoció. Supo inmediatamente que se trataba de ella. Se hallaba sumergido en ese mar de sensaciones tan agradables como familiares y de pronto algo le sobrecogió. Un soplo cálido le atravesó de parte a parte. Fue mucho más que un delicado roce. Le embargó un contacto impalpable, una proximidad tenue, casi inexistente. La caricia desaparecía en su propia perfección y al mismo tiempo se manifestaba tan intensa como extensa. No podía localizarla. De hecho todo su cuerpo estaba recorrido o quizá poseído. Pero no le cabía duda alguna. Ella, por fin, le había tocado.

Ordenó que le sacaran del estanque y ella también salió a flote. Primero emergió de entre las olas de seda un rostro hermoso como un zarpazo. Luego, envolviendo un cuerpo chorreante de lujuria, hizo su aparición una piel mórbida, casi una transparencia.

Tcheu-Sinn nunca quiso saber de dónde provenía. Al principio pensó que debía de haber crecido entre los cañaverales del estanque espiando sus preferencias y esperando el momento oportuno para establecer el contacto. Luego decidió que no hacían falta explicaciones. Simplemente, como todo en su imperio, había nacido para él. La llamó Yuru, que en el dialecto de sus antepasados significaba algo más que «la única», «la que casi es nadie».

Yuru le hizo olvidar a las demás y, aunque nunca se desprendió de Lin, cada vez fueron menos frecuentes las

ceremonias de elección de mujeres. Los deseos imperiales parecían encontrar completa satisfacción entre sus brazos. Ella manejaba con misteriosa habilidad la humedad de sus orificios. En cuclillas y con el sexo entreabierto recorría el cuerpo de Tcheu-Sinn. Le cubría de besos verticales. Se los daba en las rodillas, en la espalda, en la boca, en la frente y se detenía muy especialmente en los ojos, sumiendo al emperador en un espeluznante hechizo de placer.

Tcheu-Sinn nunca llegó a entregarle más de una breve penetración en cada encuentro. Sin embargo con ella conoció el único deleite que hasta entonces se había prohibido. Siempre había temido el contacto de su sexo con zonas rugosas, pero en esta ocasión no tuvo tiempo de pensarlo. Ella tomó la iniciativa y se lo introdujo. Incluso en ese orificio su suavidad era extrema. Tcheu-Sinn experimentó el más vertiginoso placer la primera vez que sodomizó a Yuru.

Tcheu-Sinn descubrió con sorpresa que la pasión provoca sufrimiento. Desde que había conocido a Yuru ya no se entregaba al placer con divertida excitación sino con necesidad desesperada. No disfrutaba del presente. Le angustiaba esa irreprimible exigencia de un futuro cada vez más gozoso. Precisaba algo que ninguna provincia de su imperio podía proporcionarle. Quería lograr la inmortalidad o, al menos, los siglos necesarios para alcanzar con Yuru el extremo del placer. Por primera vez los deseos imperiales tropezaban con el muro de lo imposible. No tardó en caer en un profundo abatimiento y las venas de su sexo se inflamaron anormalmente como si se le hubiera infectado la erección.

Su preocupación por el paso del tiempo llegó a hacerse obsesiva. La idea de ver su cuerpo o, peor aún, el de Yuru envejecido se le hacía insoportable. Aumentó las horas de inmersión en la bañera de sangre, aunque para conseguirlo tuvo que decretar nuevas leyes e incrementar el número de ajusticiamientos.

Cada vez pasaba más horas ante el espejo vigilando el posible deterioro de su piel. Una mañana, tras una noche de

insomnio, creyó descubrir una arruga debajo de su ojo izquierdo. Se trataba de un pliegue casi imperceptible, pero para él anunciaba la pérdida de la inmutabilidad, el fin de la perfección.

Ni siquiera lo dudó un momento. Ese mismo día Tcheu-Sinn ordenó que todos sus felinos fueran arrojados al estanque de seda. Los animales se hundieron con gran chapoteo de uñas y colmillos, desaparecieron en medio de un aparatoso desgarro de telas. El emperador se sentó en la orilla a contemplar cómo enloquecían al contacto con la fibra. Los sentía gatear cada vez a mayor profundidad. Pasó el tiempo y Tcheu-Sinn permanecía inmóvil al borde del lago. Sin luz y sin alimentos, los animales se agitaban rabiosamente convirtiendo las ondas de la superficie en un revoltijo de maullidos. Las bandadas de patos se alejaron y los tejidos perdieron la viveza de sus colores. Hasta el cielo se cubrió de nubes grises. Todo el estanque desprendía un bufido amenazador.

Al cabo de siete días el propio Tcheu-Sinn le cortó las manos a Lin y la dejó desangrarse a sus pies. Conforme la vida se le iba por las heridas, la erección del emperador se fue deshinchando. Tcheu-Sinn sintió por primera vez la apatía y con ella la arrugada dimensión de su sexo. Tcheu-Sinn se quedó totalmente cabizbajo.

Hizo venir a Yuru, la tomó de la mano y juntos se sumergieron lentamente en la seda.

Durante unos momentos el estanque pareció calmarse y un profundo silencio cayó sobre el paisaje. La tranquilidad fue rota por una repentina sacudida, una furiosa agitación de telas que duró varias horas. Y después, de nuevo y definitivamente, el silencio.

Nadie supo con certeza lo que allí ocurrió. El gran maestro Lie
Yu-Keou
cuenta en su libro de las dinastías que Tcheu-Sinn tuvo un último momento de placer. Inmerso en la seda o entre las piernas de Yuru, recuperó la erección y la penetró una y otra vez. Con rítmica y crispada insistencia. Hasta que el aliento

se le entrecortó y le sudaron los riñones. A fuerza de frotar, el sexo de Yuru perdió suavidad y el placer imperial tropezó con una aspereza, con un tierno pliegue por el que se precipitó su deseo. Tcheu-Sinn por fin eyaculó. Eyaculó durante varios minutos con el calor y la fuerza de toda una vida contenida. Sintió sólo un desgarro extremo que nunca supo si le venía de dentro o de fuera. El goce y los felinos se unieron en un mismo zarpazo que le abrió las carnes. Su cuerpo estalló en borbotones de esperma y sangre. La vida de Tcheu-Sinn se fue, confundida, mezclada entre el blanco y el rojo.

Las telas se pudrieron y el estanque se cubrió de polvo y de plantas venenosas. La dinastía Chang fue derrocada y sustituida por un régimen feudal que se repartió el territorio y fomentó los conflictos entre las distintas provincias. Shou Xing fue saqueado y el recuerdo de su esplendor no tardó en perderse.

Del fabuloso imperio de Tcheu-Sinn no quedó casi nada. Tan sólo una oscura presencia deambulando por el lugar donde el emperador se ahogó. Durante varios años después de su muerte los campesinos de aquellos parajes vivieron aterrorizados por la presencia de un gato negro cubierto de arañazos. Por las noches se le oía maullar desesperadamente buscando una caricia o quizá un dueño a quien contagiar la luna de su brillo.

El lino

Durante mucho tiempo Yokumela no fue Yokumela. Los primeros años de su existencia Yokumela no tuvo nombre. Y eso ocurrió a pesar de que su origen era claro y su ascendencia muy notable. Yokumela era hijo de Ketengala, el poderoso rey de Wagadu, quien a su vez era hijo de Akaba, quien a su vez era hijo de Gabuluku, quien a su vez era hijo de Nganamba, quien a su vez era hijo de Bulabali, quien a su vez era hijo de Mbachi, quien a su vez era hijo de Bakari y Bakari, primer antepasado y fundador de la dinastía, era hijo de un leopardo y de una palmera.

Cuando Yokumela vino al mundo, su padre se mostró muy satisfecho porque era el primogénito y el que había de heredar el reino. Durante varios días Ketengala estuvo pensando cómo llamar a su hijo. Tenía que ser un nombre adecuado para un gran soldado y un hábil cazador, pues estaba convencido de que ese niño haría aún más grande el reino de Wagadu y aumentaría el prestigio de la familia. Pero, por mucho que pensaba, no conseguía encontrar un nombre capaz de recoger todas las cualidades con las que su hijo iba a estar adornado. Tenía que descubrir o incluso inventar una palabra que hiciera referencia a la valentía, a la habilidad con las armas, a la fuerza, a la agilidad, a la fiereza, a la crueldad con los enemigos…, en definitiva a todas las virtudes que debe poseer el mejor de los guerreros. Como no conseguía resolver tan importante problema, Ketengala llamó a Tungutu, el hombre sabio, y le pidió consejo. Tungutu sacrificó una cabra y mojó en su sangre los huesos mágicos, luego los lanzó sobre la tierra e intentó leer en ellos el porvenir del primogénito del rey. Tungutu se quedó perplejo ante lo que vio y, a pesar de la impaciencia de Ketengala, tardó varios minutos en expresar su vaticinio. Por fin dijo que

ese niño tenía ante él un porvenir tan extraordinario que nadie podía darle un nombre. Cuando el recién nacido creciera, realizaría tales hazañas que le proporcionarían un nombre respetado por todos. El futuro rey de Wagadu sólo sería bautizado por sus propios actos.

Ketengala se alegró sobremanera con los prometedores augurios y decidió prolongar una semana más los festejos por el nacimiento de su hijo. Cuando terminaron los regocijos, volvió a llamar a Tungutu y le ordenó cuidar de su querido vástago. El hombre sabio no debería separarse del niño hasta que éste, por fin, encontrara nombre. Su misión consistiría en educarle en los conocimientos necesarios para un príncipe y, sobre todo, en evitarle los inconvenientes derivados de su provisional anonimato. A quien no tiene nombre no se le puede llamar, no se le puede advertir del peligro y, lo más importante para alguien de tan elevado rango, no se le puede distinguir de los demás.

Tungutu acogió con desagrado la orden del rey que le alejaba de sus labores sagradas e incluso rebajaba su condición entre la gente de Wagadu. Al fin y al cabo, de esta manera sus funciones quedaban reducidas a las de un mero criado. Sin embargo, con el paso del tiempo, el carácter del pupilo fue despertando su curiosidad y, al final, acabó encontrando cierta satisfacción en el cumplimiento de tan injusto mandato.

El muchacho creció alegre y despreocupado y, para desesperación de su padre, mostró mayor interés por las actividades de las mujeres que por los juegos belicosos con los que disfrutaban los otros varones de su edad. Tungutu observaba este comportamiento sin concederle excesiva importancia. Sabía que el hijo de Ketengala era todavía muy joven y, sobre todo, que un futuro rey no sólo debe aprender a matar. Pero lo que más intrigaba al hombre sabio era esa manera tan natural con la que el niño aceptaba la falta de nombre. Aprendió a hablar a edad muy temprana y en seguida se preocupó por el valor de las palabras. De hecho, la

mayor parte de las preguntas que formulaba a Tungutu estaban relacionadas con el lenguaje. Entendió rápidamente que todas las cosas tenían un lugar en el mundo, otro en la cabeza —a veces también en el corazón— y otro en la voz. A él, sin embargo, no parecía importarle ese exilio al que le sometía la lengua de los suyos. En medio de la gran cantidad de palabras de la tribu, él ocupaba un espacio silencioso o impronunciable. Él era el resto, lo que quedaba sin denominación. Se situaba en el hueco oscuro y tibio dejado por el lenguaje y allí, arrebujado, se encontraba a gusto.

La primavera acababa de despuntar cuando el heredero del reino cayó enfermo. Iba a cumplir los diez años y siempre había dado muestras de una gran fortaleza pero, de manera repentina y misteriosa, su cuerpo se cubrió de pústulas y fue invadido por la fiebre. En unas cuantas horas se debilitó hasta tal punto que todos temieron por su vida. Ketengala lloraba afligido porque sus esperanzas en el futuro del reino y de la dinastía se desvanecían. A Tungutu le preocupaba que el muchacho falleciera en ese momento, ya que pasaría al territorio de la muerte como un «innombrable». Vagaría por el reino de las sombras sin tener formas ni límites precisos, y su alma, disuelta y esparcida, se impregnaría de todo el dolor del mundo, pues todos los que mueren sin nombre u olvidados por sus familiares están condenados a sufrir eternamente.

Transcurrieron unos días de tristeza y desorientación. Ketengala estaba convencido de que su primogénito era víctima de un sortilegio lanzado por algún enemigo envidioso de su prometedora descendencia. Sin embargo, no tomaba ninguna decisión y sólo se desesperaba y anunciaba la más feroz de las venganzas. Tungutu, después de ayunar y reflexionar largamente, convocó a los cuatro mejores cazadores y les pidió que salieran a la pradera y trajeran el más fuerte y más bravo de los búfalos. Cuando al cabo de tres días regresaron con la presa, el hijo del rey apenas respiraba. Sin perder ni un momento, Tungutu cogió un cuchillo y abrió

el búfalo en canal, introdujo en su interior el cuerpo agonizante del muchacho y cosió su enorme panza mientras recitaba misteriosas oraciones. Durante una semana el enfermo permaneció enterrado en el vientre de la bestia. La piel del animal se secó y sus carnes se pudrieron, pero ni los chacales ni los buitres ni las moscas se acercaron a su cadáver. A pesar de que la ausencia de carroñeros se interpretaba como un buen augurio, nadie en Wagadu esperaba ver a su príncipe con vida después de permanecer tanto tiempo enterrado. Hasta el propio Tungutu había perdido la confianza en su remedio. Sin embargo, al atardecer del séptimo día, el hijo del rey abrió con sus propias manos el vientre del búfalo, se restregó los ojos como si despertara de un largo sueño y salió a la luz del crepúsculo con la salud recuperada.

Todos los hombres y mujeres de Wagadu se postraron ante el prodigio. El muchacho miraba consternado a su alrededor sin entender lo que había ocurrido ni la admiración que provocaba. Su cuerpo desnudo, cubierto de sangre seca y de vísceras, desprendía un olor hediondo. En ese momento un gato negro, cubierto de cortes y arañazos y con el rabo mutilado, se acercó y se puso a lamerle los pies. Divertido por la situación, el resucitado pidió a su padre que le diera la ropa que llevaba puesta. Tras dudarlo un momento, Ketengala se la entregó quedándose desnudo ante su pueblo. El joven príncipe restregó con ella su sucia piel, se limpió la cara y las manos y luego se la puso. Se trataba de una rica túnica de lino adornada con plumas de avestruz y, a pesar de haber quedado arrugada y manchada, dotaba a su figura infantil de un porte regio. Cogió el gato entre sus brazos y todos pudieron comprobar cómo, a la incierta penumbra del anochecer, el felino brillaba con luz de luna.

A nadie le cabía la menor duda de que acababan de asistir a un hecho extraordinario. Lo interpretaron como la señal que estaban esperando para dar un nombre a su futuro rey. Ketengala, un tanto molesto por haber perdido su túnica, no sabía si debía reaccionar con alegría o con indignación. Por fin dijo, sin mucha convicción, que su hijo se llamaría

Padere, que significa «la fuerza del búfalo». Tungutu, con habilidad e inteligencia, manifestó su desacuerdo con la voluntad del rey y propuso que se llamara Yokumela, que significa «el nacido dos veces». Y, como los nombres no dependen del poder de uno sino del acuerdo de muchos, Yokumela empezó a ser Yokumela.

Yokumela se acostumbró antes a la túnica de su padre que a su nuevo nombre. La tela le proporcionaba un suave contacto con la piel, le levantaba por todo el cuerpo un deseo de caricias que hasta entonces no había conocido. Sentía como si hubiera nacido —o renacido— para entrar en ella. De hecho, siempre conservó un cariño muy especial por esta prenda y a lo largo de su vida sólo se vistió con telas de lino.

Por el contrario se sentía incómodo dentro de su nombre. No le iba. Le raspaba o le apretaba o dejaba fuera una parte de su persona. Muy a menudo la gente le llamaba y él no volvía la cabeza. Los demás lo interpretaban como un signo de seguridad y coraje, pues para los habitantes de Wagadu quien se gira rápidamente al oír su nombre demuestra inquietud o temor. Pero en realidad no se trataba de valentía, ni siquiera de desdén; simplemente Yokumela no se reconocía dentro de Yokumela, no relacionaba ese nombre con su ser. Yokumela era un extraño para Yokumela.

Después de su segundo nacimiento, el hijo del rey reflexionó sobre éstas y otras muchas cuestiones. De hecho, a partir de ese momento la existencia le resultó más difícil y perdió buena parte de su alegría. No entendía por qué las cosas habían cambiado. Sólo sabía que se había dormido siendo feliz y haciendo todo lo que quería, y había despertado teniendo que aceptar cosas desagradables. Ahora los demás le imponían un nombre que ni le gustaba ni lo necesitaba. Su padre le reñía cada vez que se ponía la túnica de lino y mostraba un creciente afecto por sus hermanos menores. Y además todos le hacían extrañas consideraciones

sobre el tiempo pasado en el vientre de la bestia. Los habitantes de Wagadu explicaban la milagrosa curación de Yokumela gracias al vigor del búfalo en el que había estado envuelto. Según ellos, el animal le había contagiado su energía al tiempo que había absorbido la enfermedad. Sin embargo, no era ése el recuerdo que el muchacho conservaba de su largo período de agonía. En alguna ocasión quiso contradecir la opinión generalizada y contar su versión de los hechos, pero finalmente decidió callar y ni siquiera a Tungutu dijo nada.

Tenía la impresión de que en el vientre de la bestia había adquirido una nueva facultad. Guardaba por todo su cuerpo la sensación placentera del prolongado contacto con la carne tierna y tibia. Recordaba haberse acurrucado y revolcado en ese interior húmedo y suave. Era como disfrutar de una enorme caricia, una caricia totalmente abarcadora, absoluta. Durante mucho tiempo conservó en sus genitales la sensación de una erección prolongada y jugosa. Allí, en el interior del animal, el mundo había perdido su dureza y el entorno se había revestido de una sensual blandura. Por eso pensaba que el búfalo no le había devuelto la vida, sino que le había descubierto el placer.

Durante mucho tiempo Yokumela guardó el secreto de su estancia dentro del animal, sin terminar de entender lo que le había ocurrido. Pero cuando un día descubrió el sexo, cuando gozó por primera vez de una mujer, cuando, con febril excitación, introdujo su miembro en la vagina de su amante, cuando sintió en tomo a su carne la agitación de una entraña tierna y palpitante, la experiencia cobró todo su sentido. En el seno del búfalo había vivido una penetración prolongada y completa. Durante siete días todo su cuerpo, de la cabeza a los pies, había sido sexo. Realmente había recibido su bautismo, pero de lujuria. Tras esta revelación, Yokumela quedó definitivamente convencido de que la vida, recobrada o adquirida en esa enorme vulva, sólo estaba para gozarla.

Cuando se apaga el calor del verano y las lluvias hacen

reverdecer la tierra, entonces las cebras regresan, cubren los pastos con su manto vertiginoso, y las praderas de Wagadu se llenan de vida. Es el tiempo de la caza y de las ceremonias de la carne y de la sangre. Hombres y mujeres viven con alegría este breve período de abundancia. Los unos demuestran su habilidad persiguiendo y matando animales y las otras siembran las futuras cosechas. Hay mucha agitación y los festejos proliferan. Todos los años, por estas fechas, los wagadus mantienen una reñida competición con sus vecinos los bammanas. Ambos pueblos seleccionan a sus mejores hombres y forman un grupo de caza. Es una partida larga y extenuante. Durante quince días cada equipo organiza su estrategia. Unos siguen rastros y otros tienden trampas, unos acechan, otros acosan, unos matan y otros descuartizan. Día y noche sin apenas comer ni dormir, todos se esfuerzan en conseguir los mejores trofeos. Y al final, en una reunión en la que se juntan wagadus y bammanas, muestran los resultados de su correría entre elogios y abucheos.

Yokumela no manifestaba ningún interés por este tipo de actividades. Ketengala, preocupado por el irresponsable comportamiento de su primogénito, decidió que había llegado el momento de que éste demostrara sus capacidades como futuro rey. Así que, a pesar de que el muchacho apenas había cumplido los quince años, le encomendó la tarea de encabezar el grupo de cazadores que debía enfrentarse con los bammanas ese otoño.

Su primera tarea consistió en escoger a los hombres que iban a acompañarle y en decidir las armas y las provisiones para la expedición. No sólo olvidó utensilios y preparó una carga excesiva de agua, sino que seleccionó a los hombres más jóvenes y de cuerpo más hermoso. Ketengala supo desde un principio que su hijo se equivocaba y que, sin la ayuda de los cazadores más expertos, la empresa estaba condenada al fracaso. Sin embargo, ni le aconsejó ni le advirtió, porque ya había perdido el entusiasmo por su primogénito y abrigaba otros planes para su sucesión.

Yokumela salió con su grupo sin saber muy bien cómo actuar ni hacia dónde dirigirse. Partieron por un sendero inadecuado, no supieron situarse contra el viento, no se camuflaron ni se distribuyeron convenientemente, colocaron trampas en lugares inapropiados y fallaron con las lanzas y los venablos. Al poco tiempo se encontraban exhaustos y no habían cobrado ni una sola pieza. El desánimo cundió y empezaron a hablar de extraños sortilegios de los que, sin duda, eran víctimas. Uno de ellos afirmó haber visto a un bammana siguiéndoles la pista y clavando astillas en sus huellas. Por esa razón les costaba tanto caminar y equivocaban siempre el rumbo. Al anochecer del tercer día todos estaban convencidos de que no iban a llegar muy lejos.

Esa noche Yokumela se envolvió en su túnica de lino y se abandonó a la suave caricia del tejido. Añoraba ese placer descomunal y completo que, desde su milagrosa curación, se le había quedado enroscado en la piel. Sólo deseaba sumirse en el cuerpo de una hermosa mujer y olvidarse de todo. Por un momento estuvo a punto de abandonar a sus compañeros y marchar lejos del reino, hacia un nuevo destino; pero, de pronto, una idea luminosa relampagueó en medio de su desesperación. Expuso inmediatamente su plan al resto de los cazadores. Los más jóvenes lo aceptaron divertidos y los más experimentados reconocieron que tampoco podían hacer otra cosa.

Se encontraban en ese momento muy cerca del poblado de los bammanas y, embrujados o no, todos notaban un enorme peso en los pies que les impedía avanzar con rapidez. Proseguir la competición en ese lugar y en esas circunstancias resultaba peligroso. Podían ser desalojados de la zona por sus rivales o atacados por algún animal. El plan de Yokumela les ofrecía un refugio seguro y la posibilidad de sacar algún partido de esa fuerza que les paralizaba y les ataba al suelo. Así que, aprovechando la última oscuridad de la noche, se acercaron a las cabañas de los bammanas, escogieron un lugar de tierra blanda y cada uno cavó un agujero en el que posteriormente se enterró. Sus cuerpos quedaron totalmente cubiertos de manera que nada indicaba que el terreno

hubiera sido horadado. En la superficie sólo se distinguían los juncos por los que respiraban y también, asomando en todo su espléndido vigor, sus sexos solitarios y disponibles.

Cuando, al amanecer del día siguiente, las mujeres bammanas salieron a sembrar el ñame, descubrieron con sorpresa que, tumbados al sol, yacían por el campo unos tentadores tallos negros. Al principio creyeron que sus terrenos de cultivo eran víctimas de una plaga pero, en cuanto se acercaron y empezaron a manipular las extrañas hortalizas, cambiaron totalmente de actitud. Los nuevos frutos de la tierra eran tibios y agradables al tacto, así que no tardaron en adquirir confianza y en descubrir algunas de sus milagrosas propiedades. Llevadas por un desconocido entusiasmo por las tareas agrícolas, las mujeres prodigaron todo tipo de cuidados a las plantas. Las agitaban cariñosamente entre las manos, las apretaban contra sus pechos e incluso les sacaban brillo con sus lenguas. Como abejas laboriosas iban y venían de flor en flor y en el camino se abrazaban y acariciaban entre ellas. En poco tiempo lo que se había presentado a sus ojos como una plantación un tanto mustia se hinchó de fertilidad y cobró una extraordinaria rigidez. Un bosquecillo de troncos pequeños pero duros y pulidos levantaba hacia el cielo sus cabezas palpitantes. Cuando el vergel estuvo pletórico y desbordante, las bammanas buscaron otras aplicaciones más jugosas. Algunas se inclinaban y se frotaban contra las inflamadas nervaduras de los tallos negros. Se los llevaban a pasear por los labios de su sexo o por la hendidura de sus nalgas. Los acariciaban con la humedad de la boca o de la entrepierna y finalmente se los introducían. Probaban con uno pero, al palpar la turgencia del de al lado, cambiaban, y así se enredaban en una ronda inacabable de placer. Se sentaban, se inclinaban, se arrodillaban, se acurrucaban o se arrastraban y a su paso las plantas iban estallando apremiadas por un insoportable exceso de vitalidad. Algunas explotaban dentro de las mujeres desgarrando su vientre de calor y de placer. Otras saltaban por el aire o salpicaban con su savia densa y blanca el pecho, las manos o el rostro de sus cultivadoras. Durante

todo el día el campo rebosó risas, gritos y jadeos. Sólo al atardecer recobró el silencio. Las mujeres contemplaron su jardín, orgullosas del trabajo realizado. Ninguna de las plantas mantenía la cabeza erguida, todas yacían arrugadas y marchitas. Volvieron al poblado convencidas de que la jornada siguiente también sería agotadora.

Cada día las mujeres regresaban a la zona de cultivo y se entregaban a sus labores con ahínco encomiable. Yokumela se preguntaba cómo justificaban ante la tribu o cómo se explicaban entre ellas su nueva dedicación. Estaba claro que no se trataba de una tarea de siembra sino más bien de recolección. Incluso —pensaba divertido— guardaba una mayor relación con la ganadería que con la agricultura. Pero, en último término, no le importaba tanto conocer la respuesta a estos interrogantes como aguantar la tormenta de placeres que todas las mañanas se desataba en tomo a su sexo. No sabía las prácticas a las que le sometían, sin embargo las sentía con una extrema intensidad. Su sexo se había convertido en forma exclusiva de percepción, en su única ventana al mundo. El menor soplo, la más mínima aproximación, cualquier insinuación, el más leve contacto le llenaban de una ansiedad tan incontenible como desesperadamente anhelante. Sabía que, por muy intenso que fuera su deseo, no podía hacer nada para aliviarlo. Debía permanecer a la espera de lo que quisieran hacer con él. Acabó disfrutando de la pasividad y del abandono. Se entregaba a lo que se le venía encima. Notaba el sensual remover del suelo, la presión de un cuerpo sobre la tierra que le cubría y luego —recorriéndole el sexo, embargándole hasta las zonas más profundas de su ser— una humedad tibia o una tierna presión o una succión descontrolada. En cada ocasión intentaba adivinar lo que hacían con lo que en esos momentos era todo su cuerpo. Y así, arrastrado por el río del placer y conducido por las velas de la imaginación, se mantenía a flote combatiendo contra el inevitable naufragio. Retrasaba la eyaculación todo lo posible. Pero, al final, se

estiraba convulso en la tumba, apretaba con fuerza la tierra que abrigaba entre sus puños y se vaciaba mientras el junco por el que respiraba temblaba frenéticamente.

Al cabo de varios días Yokumela concibió la idea de que una de las mujeres se había encaprichado de su sexo en flor. Creía distinguir una misma piel, unas caricias muy semejantes y hasta una idéntica humedad ocupándose de su cultivo. Por supuesto, también se le acercaban otras, pero estaba convencido de que una lo hacía con insistencia y especial habilidad. La imaginaba hermosa y de una desbocada sensualidad. La suponía dedicada, con extasiada aplicación, a acariciarle o a galopar desenfrenada sobre su miembro protuberante. En el oscuro fondo de su refugio acabó forjándose una imagen ideal de esa mujer que había llegado a interesarse por su encarnación vegetal. Le inventaba una sensibilidad muy especial para todo tipo de plantas, e incluso llegó a sentir celos de algunas flores y arbustos y de los cuidados que debían de despertar en ella. De esa manera Yokumela no sólo entretenía su parte enterrada, sino que introducía algo de luz en su ceguera.

Por las noches, cuando las bammanas abandonaban sus tareas agrícolas, el terreno se removía y, como cadáveres resucitados, Yokumela y sus compañeros asomaban el resto del cuerpo. Resecos y exhaustos, aprovechaban el momento para alimentarse y relatar las incidencias de la jornada. Aunque habían pasado el día sin moverse, todos tenían numerosas aventuras que contar. Algunos se jactaban de haber eyaculado más de diez veces, otros calculaban el número de mujeres que habían desfilado en adoración complaciente por su sexo, otros simplemente intentaban describir las caricias de que habían sido objeto o procuraban reconstruir los movimientos, el gesto o el rostro que les habían provocado tales sensaciones. Y así, a pesar del agotamiento general, todos acababan riendo o soñando y nadie echaba en falta la caza ni mostraba ningún deseo de regresar a Wagadu.

Sin embargo, al cabo de una semana comprobaron que apenas les quedaban alimentos. No habían podido reabastecerse sobre el terreno y en sus enclaustradas circunstancias habían consumido mucha agua. La situación era crítica y algunos estaban pensando ya en la necesidad de partir cuando una noche se dieron cuenta de que sus calabazas habían sido rellenadas de agua y sus sacos estaban repletos de carne ahumada. Únicamente las bammanas podían haberles traído tan generosas y adecuadas provisiones. Entonces los hombres comprendieron que en ningún momento habían conseguido engañar a las mujeres, que ellas siempre habían sabido a qué labor estaban dedicadas y con qué frutos trabajaban. Durante un momento, ese descubrimiento les dejó a todos silenciosos y perplejos. Pero al final Yokumela, con una gran sonrisa en su rostro, dijo que, en realidad, su estratagema no había fracasado. Las bammanas sólo demostraban con su gesto un buen dominio de la agricultura. La carne y el agua recibida probaban que ellas conocían el principio básico de todo cultivo. Que, para que el árbol crezca fuerte y dé miles de flores, es preciso alimentar las raíces. Todos rieron y no les importó que su camuflaje hubiera sido descubierto. Sin embargo, y hasta que llegó el final de la partida de caza, continuaron enterrándose y disfrutando de la naturaleza que hincha y llena de vida los frutos, y luego, en un estallido de belleza y placer, los vacía.

Cuando se agotaron los días asignados para la caza, Yokumela y sus hombres regresaron a Wagadu. Fueron recibidos con un silencio despreciativo, pues llegaron sucios, cansados y sin haber cobrado ni una sola pieza. La confrontación con los bammanas resultó humillante y tuvieron que soportar con resignación los alardes de fuerza y la exhibición de animales, pieles y demás trofeos. Ketengala y su pueblo, conscientes de la vergüenza que había caído sobre ellos, marginaron al grupo de cazadores, y durante varios meses éstos fueron tratados como apestados. Cuando les insultaban, alguno se rebelaba, quería contar los esfuerzos de

su partida de caza y explicar la naturaleza de su hazaña. Pero Yokumela le detenía y le recomendaba olvidar los agravios y no dejarse deslumbrar por los atractivos de la vanagloria. El primogénito del rey, por su parte, afrontaba la situación con entereza, casi indiferente a su desprestigio. Daba largos paseos en solitario, mantenía prolongadas conversaciones con Tungutu y dormía arrebujado en su túnica de lino, con las plantas de los pies apoyadas en el lomo de su gato negro. En esos momentos de reposo nocturno su rostro adquiría una expresión de felicidad, y su cuerpo, contagiado por el felino, brillaba con luz de luna.

Poco a poco la situación de los cazadores derrotados mejoró. No sólo el tiempo se encargó de disipar el recuerdo de tan grave humillación, sino que también empezaron a llegar noticias de los bammanas. Se supo que atravesaban por un período de escasez de alimentos. Habían sembrado el ñame con retraso y en un terreno removido y prácticamente estéril. Además algún viajero contó que la mayor parte de sus mujeres habían tenido hijos y que, curiosamente, éstos tenían los rasgos de los wagadus. De todo ello dedujeron que sus cazadores no habían perdido el tiempo y que la derrota de Wagadu sólo era aparente. Sin proponérselo, Yokumela y sus hombres habían obtenido un triunfo tan soterrado como duradero. El hijo del rey recuperó así todo su prestigio y, a partir de ese momento, fue respetado más como hombre sabio que como guerrero. Sin embargo, Ketengala nunca apreció la estrategia utilizada en esta empresa y no se congració con su hijo.

En esta primera expedición Yokumela aprendió muchas cosas sobre la discreta y sutil inteligencia de la mujer, sobre los placeres de la pasividad y sobre las victorias imprevistas y a largo plazo, las únicas que no celebran la muerte y sirven para algo. Pero sobre todo descubrió que cuando el hombre está ciego y es prisionero de la tierra, cuando no tiene ninguna posibilidad de conocer el mundo que le rodea, se lo inventa en función de sus miedos y de sus deseos. Y para que esos fantasmas de su imaginación sean más reales, para terminar de creérselos, les pone un nombre.

A veces el sol estruja los ríos y las plantas, la tierra cruje de calor y los animales mueren delgados y resecos. Durante largas temporadas las lluvias desaparecen y se llevan la alegría y los buenos sentimientos. Pueblos enteros mueren de hambre y la sangre de algunos niños se estanca y se pudre. Las enfermedades se extienden y la penuria hace a los hombres más violentos. Surgen las guerras y se combate a muerte por unas cabezas de ganado o por una miserable charca.

Yokumela había cumplido dieciocho años cuando una prolongada sequía diezmó el reino de Wagadu. Se hicieron sacrificios y ceremonias para aplacar el sol e invocar la lluvia, pero todo fue inútil. Ketengala y sus súbditos se desesperaban impotentes ante la situación. Ni los más ancianos recordaban un período tan cálido. Las vacas no daban leche y no se encontraba nada que cazar. Algunos contaban que la escasez era tan grande que habían visto grupos de babuinos bajar de las montañas y pedir alimentos a los viajeros. La desgracia y el dolor reinaban por doquier, pero todos temían un peligro mayor. La falta de alimentos acabaría enfrentando a los wagadus con algún reino vecino. Ellos serían los atacantes o los atacados pero, si la situación se prolongaba, todos sabían que el conflicto resultaría inevitable. Así que, al mismo tiempo que desfallecían, se preparaban para la guerra.

Tungutu era también cazador de sueños. En muchas ocasiones le había explicado a Yokumela que los sueños los siembra la noche en nuestros cuerpos cansados. Mientras dormimos, florecen y alcanzan enormes y bellas proporciones. Pero en algunas ocasiones crecen llenos de espinas y de veneno y atormentan nuestro reposo. Algunos hombres, cuando despiertan, no saben arrancar de raíz sus sueños y quedan atrapados para siempre en ellos. Viven entonces distraídos y embelesados y son víctimas fáciles de los ladrones y de las fieras. Para cazar sueños hace falta dormir en el manto de la noche, en el pliegue donde guarda las semillas que lanza sobre los hombres. Por eso en ciertas

ocasiones Tungutu abandonaba el poblado y se dirigía a los confines de Wagadu, a ese lugar secreto de donde surge la oscuridad, y allí se acostaba al acecho de los gérmenes de ilusión o de angustia que la noche había preparado para los hombres.

Si el cazador de sueños es hábil, puede atrapar la semilla destinada a un individuo concreto y descubrir así los más íntimos secretos de su descanso. El cazador duerme por lo tanto en el sueño de otro hombre. Puede observarlo con todo detalle e incluso modificarlo a su antojo. De ahí que esta facultad se considere un gran don, pues en los sueños no sólo está el pasado sino también el destino de los hombres.

Gracias a este poder, Tungutu descubrió que las consecuencias más crueles de la sequía vendrían del cercano reino de Oteremo. Había cazado un sueño de su rey Goreleku y en él había visto que preparaba un ataque contra Wagadu para comerse a sus habitantes y a sus rebaños. La noticia sumió a la población en el mayor de los desánimos. Sabían la escasa resistencia que podían ofrecer ante un rival tan superior. Con las armas la derrota estaba asegurada, así que Ketengala tuvo que acceder a la propuesta de Tungutu y de otros consejeros. Sólo la inteligencia y las habilidades de Yokumela podían librarles de la amenaza.

Goreleku era un hombre cruel. Dominaba mejor que ningún hechicero la magia y los encantamientos. Su pueblo le aborrecía pero al mismo tiempo le respetaba porque había hecho más grande el reino. Se proclamó señor absoluto de Oteremo tras asesinar a Uerebo, el rey anterior. Le abrió el pecho, le arrancó el corazón y lo enterró en el centro del poblado. Allí creció un árbol rojo en el que Goreleku se sentaba para administrar su temible justicia.

Goreleku se alimentaba de las vísceras humeantes de sus enemigos y por eso era considerado invencible. Reinaba sobre sus dominios con autoridad absoluta. Todo le pertenecía. Árboles, animales y hombres. Desde la raíz hasta las hojas y en cuerpo y alma. Goreleku y el reino de Oteremo se habían

convertido en una misma cosa.

Nadie se atrevía a enfrentarse ni a discutir su enorme poder. Sólo la naturaleza había conseguido poner límites a su insaciable ambición haciéndole totalmente estéril. De hecho, su cuerpo irradiaba una fuerza mortífera y desecadora. Allá donde pisaba, la tierra no volvía a dar frutos, por eso era llevado siempre en hombros por sus súbditos. Sin embargo, a pesar de tan contagiosa infertilidad, se había esforzado en tener descendencia. El número de sus mujeres y concubinas era incontable y las había sometido a todo tipo de prácticas y encantamientos con el fin de hacer germinar sus vientres. Deseaba fervientemente dejar tras de sí una estirpe que se encargara de mantener siempre viva la marca de su fuerza y autoridad. Durante muchos años sus esperanzas se vieron frustradas hasta que, por fin, una de sus mujeres le dio una hija. El acontecimiento causó gran sorpresa, y todos en Oteremo dudaron de la paternidad de su rey aunque nadie osó manifestarlo.

El comportamiento cruel y las capacidades esterilizantes de Goreleku hacían que un respeto tembloroso reinara por doquier. Pero lo que más había contribuido a crear a su alrededor una aureola de veneración aterrorizada era el hecho de que nadie hubiera visto nunca su rostro humano. Goreleku se mostraba cubierto por una máscara que representaba el poder venenoso de la serpiente y las fauces oscuras de la noche.

Goreleku rodeó a su hija de unos cuidados muy especiales. La vistió con las prendas más hermosas y la alimentó con los bocados más exquisitos. No permitió que ningún hombre se le acercara y las mujeres que la servían debían hacerlo de rodillas o mantenerse en un nivel inferior a ella. Sólo él podía llamarla y lo hacía con un nombre incomprensible e impronunciable para todos los demás. Sin embargo, los escasos habitantes de Oteremo que habían logrado verla, aludiendo a su delicada y asustadiza belleza, la conocían como Nekere, que significa «la ardilla».

En cuanto cumplió los doce años y en su cuerpo empezaron a despuntar las redondeces de mujer, su padre la

poseyó. Con regularidad acudía a su habitación y la sometía a prolongadas y feroces cópulas. Durante horas se oía a Goreleku aullar de placer. Disfrutaba de un contacto que para él iba mucho más allá del goce carnal. Experimentaba la deliciosa sensación de penetrar en una prolongación de sí mismo, de notar en su piel la caricia que le proporcionaba un cuerpo engendrado por él y en el que palpitaba su propia sangre.

Nekere sólo recibía la visita de su madre, quien aprovechaba esos momentos para enseñarle un lenguaje desconocido para los demás habitantes de la tribu y que las mujeres de su familia se habían transmitido de generación en generación. Nadie podía entenderlas y por lo tanto no servía para comunicarse con los demás. Pero la madre de Nekere aseguraba a su hija que las palabras no debían de estar hechas para que los hombres se entendieran sino para que las cosas tuvieran el nombre más apropiado. También se mostraba convencida de que la relación con el mundo depende de la manera de nombrarlo. Le explicaba que algunas lenguas alejan el sufrimiento y hacen la vida más agradable, mientras que otras propician el desamparo y abren en nuestra mente ese boquete negro por el que se filtra el miedo. Así que ponía todo su empeño en que su hija practicara ese idioma femenino y secreto porque, según ella, había sido concebido para proporcionar el mayor placer.

Nekere se acostumbró a pensar en el lenguaje de su madre y gracias a él pudo soportar las lujuriosas embestidas de su padre. Las frases con las que se explicaba a sí misma esta situación la distanciaban de las crueldades cotidianas y le permitían reservar en su interior un lugar al margen del dolor y del resentimiento. De hecho la ferocidad del miembro paterno dejaba heridas en su cuerpo pero, tal y como ella la llamaba, mantenía a salvo su esperanza y su deseo.

Yokumela salió hacia el reino de Goreleku sin saber cómo hacer frente a tan poderoso enemigo. Durante varios días merodeó por los alrededores de Oteremo y pudo así

comprobar que, efectivamente, los hombres hacían preparativos para la guerra. Aprovechó los ajetreos y la confusión reinante para introducirse en el poblado. Confundido entre los hambrientos habitantes de las aldeas vecinas, que acudían en busca de protección o atraídos por los rumores de un futuro botín, observaba y hacía pesquisas. Para elaborar un plan necesitaba conocer las costumbres y las intenciones del rey. Hacía preguntas de la manera más discreta pero, en cuanto pronunciaba el nombre de Goreleku, todos callaban o salían huyendo.

Por las noches los mejores guerreros de Oteremo se reunían en el centro del poblado y danzaban durante horas a la luz de las hogueras. Invocaban a los espíritus para que templaran sus lanzas, fortalecieran sus brazos e infundieran valor a sus corazones. Goreleku irrumpía en mitad de la ceremonia y saltaba y bailaba con energía incontenible, casi con rabia. Su máscara, arañada por los reflejos rojizos del fuego, y su agresiva corpulencia ponían en trance a la asistencia. Todos acababan con el alma llena de odio, y una inagotable sed de sangre invadía sus músculos.

Yokumela contemplaba con preocupación cómo estas danzas impregnaban los ánimos de las gentes de Oteremo y el espíritu de la guerra se instalaba por doquier. Una noche vio pasar detrás del grupo de músicos una silueta delicada que era llevada a hombros por un grupo de mujeres. Lamida por la vacilante luz de las hogueras, su piel brillaba con intensa suavidad. Sólo distinguió la prometedora carnosidad de sus labios y el fogonazo de su mirada. Su porte discreto y un tanto atemorizado contribuía a realzar el encanto de su figura. Yokumela quedó deslumbrado por esta hermosa aparición que parecía huir de la celebración de la violencia. No tardó en enterarse de que se trataba de Nekere, la hija de Goreleku. Desde ese momento todas sus actividades se encaminaron hacia un único objetivo. Tenía que acercarse a esa mujer, tenía que acariciar su cuerpo de fulgor y brasas.

Yokumela no estaba seguro de que su reciente e

irrefrenable deseo por Nekere fuera a ahuyentar los peligros que se cernían sobre Wagadu. Pero la importancia de su misión disminuía ante la excitación que provocaba en él esa mujer misteriosa, enterrada en vida por un padre cruel y posesivo. No pretendía liberarla, ni siquiera alejarla de tan maléfica tutela, pero su deseo aumentaba al imaginar los subterfugios, las soterradas estrategias, la cauta y prolongada infiltración que requeriría su acercamiento a ella. Nekere provocaba en él esa codicia por el tesoro, tanto más valioso cuanto más oculto, al tiempo que le devolvía a una lujuria primordial. La lujuria de penetrar en el vientre de la bestia.

Casi de pronto, sin dudas ni vacilaciones, Yokumela supo lo que debía hacer. Buscó una madera adecuada, la talló, la pulió y la ennegreció con humo e hígado de hiena. Al cabo de varios días contempló su trabajo con satisfacción. Había esculpido una máscara idéntica a la de Goreleku. Una máscara que, lejos de darle miedo, incrementaba sus esperanzas de éxito.

Una noche, cuando las danzas guerreras ya habían terminado, Yokumela se pintó la piel y se adornó como Goreleku. Luego cubrió su rostro con la máscara y se dirigió hacia el recinto donde Nekere era cuidadosamente guardada. No tardó en comprobar que su estratagema funcionaba. Entre desconcertado y divertido, notó una desconocida reacción ante su presencia. Era como si su cuerpo emanara un espeso halo de rencor y de respeto. Tanto los guardianes como las sirvientas se apartaban a su paso y bajaban la mirada. Procuró disimular su desorientación y actuó de manera decidida. Tras dar varias vueltas, encontró lo que buscaba.

Sobre un lecho de pieles Nekere descansaba. La luna se filtraba por el entramado de ramas de la cabaña y salpicaba de reflejos la negrura abismal de su piel. La postura indolente del sueño daba a su cuerpo una espeluznante sensualidad. Escondido detrás de la máscara, Yokumela miraba ese prodigio de tersura mientras una irresistible efervescencia le recoma de arriba abajo. Movido por un lascivo resorte, levantó el paño que ocultaba sus caderas y, casi sin tocarla, pasó la mano por sus nalgas. De repente Nekere abrió los ojos

y durante un momento en su mirada se dibujó el rostro del pánico. Al principio Yokumela no supo cómo reaccionar. Podía aprovecharse de su temible disfraz para satisfacer inmediatamente su deseo pero, al final, decidió comportarse siguiendo sus propios impulsos. Allí, oculto tras el aspecto de Goreleku, Yokumela actuó como Yokumela.

Nekere conocía muy bien la diferencia entre las cosas y su nombre, por eso no tuvo ningún problema en distinguir al hombre de su aspecto. Pasado el primer momento de sorpresa y en cuanto sintió ese revuelo de caricias aterrizando sobre su piel, supo que no era su padre quien la tomaba. Detrás de la máscara se ocultaba otro rostro, otro cuerpo y, sobre todo, otro deseo. El misterioso visitante desprendía un olor distinto y una suavidad desconocida. Por primera vez la excitación cuajó en su entrepierna y endureció sus pezones. Nekere despertaba entre las manos que la recorrían de arriba abajo. No sólo salía del sueño de una noche sino del prolongado y profundo entumecimiento en el que hasta entonces había estado sumida su sensualidad. Nekere amanecía al placer.

Por su parte, Yokumela notaba cómo le subía por los dedos una corriente tensa y brillante. Era como si la mujer descargara sobre él los suaves relámpagos de su piel. Atrapado en este calambre, no podía dejar de tocarla. Viajaba por su cuerpo descubriendo cada rincón, percibiendo con deslumbrante nitidez tonos, olores, humedades, pálpitos. Escalaba sus pechos, deambulaba por su vientre, se enredaba en su pelambrera, resbalaba por sus ingles y se hundía en su sexo. Se encaramaba hasta su nuca, paseaba por su espalda, acampaba en su cintura, caía en la juntura de sus nalgas y naufragaba en su sexo.

Ante la solicitud de las caricias, ella desperezaba, fibra tras fibra, todos sus músculos. Desplegaba con morbosos movimientos ese deseo tanto tiempo enterrado. Una vez despierta, una vez renacida al goce, Nekere tomó la iniciativa. La imagen de su padre, usurpada por un hombre complaciente y desconocido, contribuía a aumentar su excitación. Ella también empezó a desplegar un remolino de caricias. Cada gesto que estrenaba le resultaba nuevo y a la

vez profundamente conocido, arraigado en una sabiduría ancestral. Recorrió con las palmas el torso del hombre, se entretuvo por sus piernas y, cuando llegó a la prominencia de su sexo, se posó en él con lentitud casi reverente. Y entonces, por primera vez, las palabras de su idioma privado brotaron de su garganta tan incontenibles como llenas de sentido.

Yokumela escuchaba extasiado esas frases ininteligibles como si de un misterioso ritual se tratara. No entendía ese lenguaje gutural y monocorde, pero sabía que nombraba cada centímetro de su piel, que pronunciaba cada uno de sus espasmos de placer. Se sentía a gusto dentro de ese prolongado abrazo de palabras que le abarcaba por completo. Yokumela, por fin, se identificaba con el largo, con el intenso, con el placentero nombre que ella no dejaba de llamarle. Este inagotable vocabulario conseguía denominar fragmentos imperceptibles de su cuerpo. Ese mínimo pliegue, esa oculta hendidura, esa tenue nervadura, esa apagada palpitación…, todo tenía cabida en el lenguaje de Nekere. De esa manera no sólo delimitaba y personalizaba hasta el último rincón de su sensualidad, sino que determinaba la caricia más adecuada. A cada palabra le correspondía un roce, una humedad, un aliento…

Nadie había tocado a Yokumela con tan gozosa pertinencia. Nunca unos labios habían abrazado la cabeza de su sexo con tan tierna presión. Nunca una lengua había lamido sus nalgas con tan insidiosa avidez. Cualquier movimiento le resultaba nuevo, cualquier contacto desconocido. Porque todo estaba bien hecho. Porque todo estaba bien dicho. El sexo cobraba para él su oculto y auténtico significado.

Yokumela disfrutaba con tal intensidad que notaba cómo el esperma adquiría una insólita consistencia y se hacía casi sólido. Cuando eyaculó experimentó un profundo y placentero desgarro en el miembro. Lo hizo sin poderse contener, sin haber ni siquiera iniciado la penetración y cubriendo la piel de Nekere de unos regueros blancos, densos y brillantes. Inmediatamente, con el sexo todavía empapado y boqueante, entró en ella. Con lentitud, para que percibiera

toda la extensión de su virilidad…, para que notara el calor de su sangre…, para que comprobara la crispación de su deseo… Luego se movió dentro de ella con rítmico vaivén manteniendo intacta la erección. El mágico fraseo de Nekere se adentraba en las carnes de Yokumela y se fundía con ellas formando una amalgama de placer. Los dos perdieron la noción del tiempo y de sí mismos. Se despeñaron más allá de sus cuerpos. Cayeron al otro lado de la noche. Y allí se perdieron hasta el agotamiento.

Las noches siguientes Yokumela volvió a visitar a Nekere. Se ponía la máscara de Goreleku y se introducía en sus más íntimas habitaciones. Ella no manifestó ningún interés por conocer su rostro y él prefirió mantener la identidad camuflada bajo esa falsa apariencia. Disfrutaban tanto de la proximidad de sus cuerpos como de la ocultación que les separaba. Nekere consideraba a su visitante mucho más que un hombre. Lo veía como la encarnación de una fuerza primitiva y esencial que había venido a redimirla de su destino o a compensarla por los sufrimientos pasados bajo la tutela paterna. Por su parte, Yokumela se abandonaba al encantamiento de la situación hasta olvidar las formas concretas del cuerpo de su compañera. Y entonces, enterrado tras la máscara, imaginaba que, más allá de su disfraz, al otro lado de su cuerpo gozaba de una mujer imprecisa e ideal, la misma que se le apareció por vez primera en el campo de los bammana.

En cuanto Nekere adivinaba la presencia de Yokumela filtrándose entre la oscuridad y los rayos de luna, comenzaba a proferir los mágicos sonidos de su lenguaje. Él ni entendía ni respondía. Simplemente, se dejaba decir. Escuchaba embelesado hasta caer en el sortilegio de la palabra y el deseo. Inmediatamente se enredaban en las caricias y rodaban de nuevo por el placer. En medio del hambre y de los preludios de guerra, conseguían desalojar un espacio donde el sufrimiento y el odio daban paso al éxtasis.

Sin embargo, estos secretos encuentros entre los amantes

no dejaban de tener consecuencias. Goreleku, sin saber a ciencia cierta lo que ocurría, notaba en su interior una extraña desazón. Se le aflojaba la ira que tensaba sus músculos y una desconocida angustia roía su corazón. Adivinaba que uno de los soportes sobre los que se apoyaba su fuerza y su autoridad se resquebrajaba. Pero ignoraba cuál. Una noche se despertó sobresaltado y, llevado por un impulso irresistible, fue a ver a Nekere, a quien no visitaba desde hacía algún tiempo. Irrumpió en la habitación y quedó paralizado por el estupor al contemplar esa imagen de sí mismo enroscada en el cuerpo de su hija. Por primera vez tuvo miedo y no supo cómo reaccionar. Al final la rabia por la usurpación de su más querida propiedad se impuso al temor a su propio reflejo. Lanzó un feroz bramido y se precipitó sobre Yokumela, quien tuvo que salir precipitadamente del placer para hacer frente al peligro. Los dos hombres se confundieron en un combate mortal. En medio de la penumbra resultaban indistinguibles. Nekere presenciaba atónita el barullo de sus cuerpos. Tras un momento de desconcierto, respiró varias veces con ritmo acompasado, recogió todo el aliento que albergaba en su interior y se interpuso entre los luchadores. Les miró alternativamente en un intento de identificarles y, sin dudarlo, apoyó sus manos en el pecho de uno de ellos. Luego, con fuerza desgarradora, pronunció en su lengua una palabra terrible y estruendosa. El rival tocado por Nekere se derrumbó fulminado mientras un humo negro brotaba de su máscara.

Yokumela contempló asombrado la figura desnuda de la mujer que todavía temblaba, agitada por la vibración de su propio grito. Ella le devolvió una mirada indecisa, algo temerosa por la posibilidad de haberse equivocado. En cuanto estuvo segura de lo acertado de su elección, se le acercó y le susurró una frase en el lenguaje de todos los hombres. Yokumela, por primera vez, la entendió y le respondió agradecido y extrañado. Pero su sorpresa fue mucho menor que la de la propia Nekere quien, sin poder evitarlo, se oía a sí misma hablar con las conocidas frases de la tribu.

Intentaba expresarse en su idioma privado, pero de su garganta sólo salían sonidos comunes y perfectamente identificables. De repente, en sólo un instante, todas aquellas secretas palabras que antes le resultaban tan familiares se habían borrado de su mente y de su garganta. El lenguaje de magia y placer que su madre le había enseñado había caído en un olvido total y definitivo o, quizá, la muerte de su padre se lo había llevado consigo al mundo de las sombras.

Mientras tanto, el cuerpo de Goreleku se esfumaba tendido en el suelo. Yokumela se inclinó, le quitó la máscara y descubrió que no tenía rostro. Detrás de la temible careta sólo quedaba una última bocanada de humo. A Nekere, anonadada por la pérdida de su verdadera lengua materna, no parecía sorprenderle un hecho tan inexplicable, pero Yokumela permanecía perplejo ante la misteriosa desaparición. Pensaba que, quizá, el rey de Oteremo nunca había existido más allá de su máscara. Que, quizá, Goreleku sólo era un nombre hecho para sustentar la crueldad y extender el miedo. Y un nombre de terror sólo se destruye con un grito de rebeldía.

El día siguiente amaneció cubierto de nubes. La lluvia llegó abundante y vivificadora. Las plantas y los árboles levantaron sus cabezas hacia el cielo. Los hombres se llenaron de alegría y olvidaron los rencores y los proyectos de guerra. En Oteremo todos relacionaron el regreso de la fertilidad con la desaparición de Goreleku y celebraron ambos acontecimientos con grandes festejos. Nekere quedaba libre e identificada con la lengua de los suyos. De hecho, ansiosos de un yugo más suave y de una convivencia más pacífica, los habitantes de Oteremo la proclamaron reina. Así que Yokumela consideró que nada le retenía en ese lugar. Regresó a Wagadu, donde unos le recibieron con entusiasmo y otros con indiferencia. Muchos adivinaban su responsabilidad en el final de la sequía, pero tanto su padre como sus hermanos consideraban que la providencial llegada de las lluvias le habían librado del cumplimiento de su misión.

A partir de ese momento la vida de Yokumela transcurrió tranquila, sin embargo él se mostraba inquieto y solitario. Un día, llevado por la insatisfacción, decidió romper con su destino. Se puso su túnica de lino, cogió su gato y abandonó el poblado. Salió a recorrer mundo, a conocer nuevas gentes y nuevas sabidurías y, sobre todo, a buscar su verdadero nombre. Yokumela nunca reinó en Wagadu pero su recuerdo se conservó siempre vivo entre los suyos. Periódicamente llegaban noticias de sus aventuras. Corrían rumores de nuevas proezas sexuales y de increíbles muestras de su habilidad e inteligencia. Todos hablaban con admiración de sus hazañas, pero él nunca quiso volver a su pueblo. No se presentó en el entierro de Ketengala ni en la coronación de su hermano Somba. Sólo regresó con los suyos para asistir a la muerte de Tungutu. En su agonía el hombre sabio le anunció que había cumplido con su destino porque había contribuido, más que ningún otro miembro de su estirpe, a hacer grande el nombre de Wagadu. Un hijo suyo reinaba entre los bammanas y otro en Oteremo. La noticia no pareció impresionar a Yokumela, quien reanudó su peregrinaje en cuanto Tungutu expiró.

Poco se conoce de las verdaderas peripecias de Yokumela a partir de ese momento. Existen en la región muchas leyendas que le atribuyen un sinfín de buenas acciones y una numerosa descendencia. Pero de él sólo se puede afirmar con certeza que, al final de sus días, fue a vivir al pie de un árbol que crecía enorme y solitario en medio de la pradera. Era un árbol espino que con sus hojas quebradas y puntiagudas protege de las tormentas y aleja los rayos. Allí acudían a visitarle hombres de todos los lugares ansiosos por oír de sus labios el relato de sus aventuras. Pero Yokumela casi nunca se prestaba a contar sus propias experiencias. Cubierto con la túnica de lino y sujetando el gato negro entre sus brazos, les hablaba de las ventajas del secreto y de la máscara y del placer que proporciona una existencia oculta en las entrañas del mundo. Les aseguraba que la sabiduría se halla detrás de las apariencias y que la vida fluye salvaje por debajo de los nombres y de las palabras.

La mayoría de los hombres no entendían muy bien lo que les decía, pero le escuchaban atentos y esperaban que les aconsejara sobre la mejor manera de disfrutar de sus cuerpos. Yokumela hacía primero algunas observaciones generales. Aseguraba que hay más placer en entregar que en tomar, que el sexo no es posesión del otro sino olvido de uno mismo. Luego se deleitaba describiendo las diversas maneras de tocar a las mujeres y enumeraba minuciosamente las infinitas variedades de caricias. Explicaba con precisión cómo hay que recorrer su piel y, sobre todo, cómo hay que enterrarse en su vientre. Y todo ello lo contaba con tan detallada complacencia que sus oyentes gozaban más escuchándole que copulando.

Un día Yokumela desapareció arrastrado por sus ansias de viajar o devorado por las fieras. Sin embargo, sus más fieles admiradores afirman que no murió. Simplemente penetró en el árbol espino. Por eso todavía hoy sus hojas brillan en la noche como una luna desparramada. De hecho, todos en la pradera llaman a este árbol Yokumela, que desde entonces quiere decir «la luz que se yergue en la oscuridad». Disuelto en el tronco y las ramas, mecido por la brisa, enterrado en el vientre vegetal, probablemente Yokumela se identifica por fin con su nombre.

El terciopelo

Así murió Francesco Manfredi, duque de Faenza e Immola, príncipe de Cesena y señor indiscutible de la Romagna. Un calambre le recorrió el cuerpo, su saliva se llenó de un sabor a almendras amargas y sus ojos dieron media vuelta en las órbitas.

A pesar de sus habituales precauciones y de las repetidas advertencias de Angelo da Chieli, su hombre de confianza, no pudo evitarlo. Deseaba demasiado a Lucrecia como para negarse a recibirla. Su cuerpo de niña en el que despuntaban maliciosas curvas de mujer le obsesionaba desde hacía varios meses. Prefirió interpretar su visita como una muestra de la voluntad dialogante de sus enemigos tradicionales. Pensó que Domenico Foscari le enviaba a su única hija para sellar un pacto que terminara con las rencillas entre ambas familias. El talle esbelto de la muchacha, sus pechos rebosando por el corsé excesivamente apretado y esa provocativa manera de andar, disiparon las últimas sospechas de Manfredi.

Ella no quiso sentarse y, nada más entrar, se dirigió hacia la ventana. Su silueta recortada a contraluz emanaba un halo de ingenua sensualidad que recordó al duque el fresco que Boticcelli había pintado en su alcoba. El pelo recogido dejaba al descubierto la blanca suavidad de su nuca. Extasiado por el aroma que desprendían sus hombros, apenas prestó atención a las palabras de Lucrecia. Señalaba el paisaje que se extendía al otro lado del cristal y afirmaba que, en lugar de luchar por la posesión de esas tierras, las familias de ambos deberían aprender a disfrutar de su belleza. Enredado en su perfume, Francesco se había acercado tanto que, cuando la joven bajó el brazo, la mano le rozó el sexo. Un estremecimiento recorrió su cuerpo encendiendo en él un deseo brutal. Sintió la necesidad de penetrarla, no tanto para obtener placer

como para profanarla o, más bien, para destrozarla. Quería desgarrar su adolescente fragilidad. Le movía una mezcla de lujuria y de venganza. Las ganas de ensartar a la hija de su peor enemigo se combinaban con ese impulso bestial que la inocencia despierta en el hombre maduro.

Se acercó aún más y, apremiado por la excitación, apenas se sorprendió al comprobar que ella no se apartaba. La mano diminuta aguantó la presión de su prominente acoso y, cuando Manfredi sacó su sexo de entre las calzas, los dedos de Lucrecia serpentearon por él con fingida torpeza. No se entretuvo en requiebros ni en preparativos. Le dio un feroz mordisco en la nuca. Le levantó el vestido y descubrió que debajo no llevaba prenda alguna. Palpó los muslos y sus dedos recorrieron la fresca entrepierna. Podía abarcar entre sus manos velludas las dos nalgas. Las apretó con fuerza, como si quisiera arrancarlas. Sin embargo, ella no gritó. Le hizo agachar la cabeza, le rasgó el vestido por la espalda y notó cómo se soltaban sus pechos. Luego, sin más miramientos, ahí mismo, de pie, de un solo golpe, la penetró.

Francesco Manfredi no se movió. La cogió por las caderas y la apretó contra su bajo vientre. Así permaneció un largo momento dentro de ella. Sin el menor vaivén, casi sin respirar. Notaba en su sexo la tensión del desgarro de la muchacha mientras contemplaba a través de la ventana la luz del atardecer tiñendo el cielo de la Romagna. De pronto todo adquirió un aspecto extraño. Sus ojos se nublaron y la mirada se le llenó de humos de colores. Un desconocido entumecimiento se apoderó de su miembro tan gozosamente enfundado. Su piel adquirió una tonalidad azulada. Una violenta sacudida le arrancó del cuerpo de Lucrecia. Primero le lanzó hacia atrás en una rígida convulsión, luego le precipitó hacia delante. Rompió el cristal de la ventana y sacó fuera la mitad del cuerpo. Tuvo un último estremecimiento y se quedó definitivamente quieto.

Así murió Francesco Manfredi, con la cabeza asomada hacia el exterior y el sexo colgando en el interior. Con la ambición rota. Sin ninguna posibilidad de poseer. Ni dentro ni fuera de su palacio.

El cuerpo del duque de Faenza e Immola, príncipe de Cesena y señor indiscutible de la Romagna, pendía de la ventana más alta de su palacio semejante a un estandarte sin reino, sin ejército, sin honor. Cesena, la que fuera su villa más apreciada, se extendía ante sus ojos sin mirada. Pero, como si la alucinación de su agonía se hubiera hecho real, humos de colores cubrían el cielo. De las chimeneas brotaban fumatas verdes y amarillas. No se trataba de la distorsionada visión de un moribundo. Era una señal. Los colores de su rival ardiendo en los hogares anunciaban el nombramiento de Domenico Foscari como Papa y llamaban a la rebelión.

La ciudad se fue llenando de un belicoso bullicio y grupos armados se dirigieron a la casa de los Manfredi. Las campanas comenzaron a tañer con fuerza mientras el fuego se apoderaba de algunas casas. El suave crepúsculo de la Romagna se tiñó de un fulgor sangriento.

En el interior del palacio de su enemigo, Lucrecia permanecía inmóvil. Sentada en el suelo de mármol de la enorme sala y con la ropa hecha jirones, miraba a través de la ventana hacia lo más alto del cielo, hacia un punto al que no llegaban ni los humos de colores ni el rumor de la reyerta. Ajena a todo lo que le rodeaba, mantenía la vista extraviada y el aliento retenido. Ignoraba el ruido de los combates que se libraban en las estancias vecinas, el dolor de sus nalgas e incluso el profundo escozor que apuñalaba su entrepierna. A través de los cristales rotos y de la densa humareda se filtraban los últimos destellos del día, bañando a la muchacha en una luz mágica. Sus ojos verdes brillaban con acerada intensidad; su piel, más blanca y fría que de costumbre, parecía transparente; su cuerpo rezumaba una aterradora belleza. De pronto dos tenues hilillos de sangre empezaron a brotar de sus pezones. Se deslizaron lentamente por el pecho hasta alcanzar las ingles. El rojo manantial no provocó ninguna reacción en su tenso arrebato. Lucrecia ni siquiera parpadeó.

Todo formaba parte de un complot cuidadosamente

urdido. Cuando Domenico Foscari, duque de Ferrara, tuvo garantizado el apoyo suficiente en el cónclave cardenalicio para ser proclamado Papa, decidió emprender al mismo tiempo un ambicioso proyecto de anexiones. Sus intrigas para sustituir a los Este en el trono de Ferrara le habían valido el apoyo incondicional de toda su familia, a pesar de pertenecer a una rama bastarda. Pero sus ansias de poder iban mucho más lejos.

Había reunido a todos los Foscari unas semanas antes dando instrucciones muy precisas a cada uno. No le bastaba con añadir los Estados Pontificios a su ducado ni con la autoridad e influencia espiritual que emanaban de la tiara papal. Quiso aprovechar el desconcierto que provocaría en el complejo entramado político italiano su elevación a la más alta dignidad religiosa. Ideó una hábil maniobra diplomática para obtener también el control indiscutible, aunque indirecto, de la Toscana. Pero su máximo interés lo centró en la anexión de la Romagna y en el derrocamiento de Francesco Manfredi. Nadie supo nunca las razones de su enconado sentimiento hacia el príncipe de Cesena. Corrían todo tipo de rumores sobre disputas de juventud entre ambos. En cualquier caso, preparó con todo esmero la estrategia para eliminarle. Insistió en que toda su estirpe fuera pasada a cuchillo y se aseguró de que su rival tuviera una muerte digna del odio que le inspiraba.

Su inteligente visión de los intereses en juego y su habilidad de movimientos le otorgaron en una sola jornada un poder hasta entonces desconocido en la zona. Domenico Foscari fue proclamado Papa con el nombre de Bonifacio X, tuvo entre sus manos el control del norte de Italia y su familia adquirió prestigio e influencia en toda Europa.

El principal artífice de la muerte de Francesco Manfredi fue Gárgalo Maladamenti: físico, ingeniero, arquitecto y pintor, hombre retraído y misterioso, de su enorme saber se decía que sólo podía haber sido obtenido por algún pacto diabólico. A Foscari le desagradaba su presencia, le

inquietaba su alargada figura envuelta en una sempiterna indumentaria negra, pero sabía que para los aspectos más inconfesables de su actividad política su colaboración resultaba imprescindible.

Gárgalo recibió con un recogimiento casi místico el encargo de matar a Manfredi. Durante varios días anduvo entre redomas y alambiques. Amasó en sus morteros de plata sustancias pestilentes, y por fin estuvo en condiciones de proponer un plan que, conociendo las lujuriosas inclinaciones de la víctima, resultaría infalible. Sólo necesitaba una muchacha virgen. Domenico Foscari propuso inmediatamente a su hija. A pesar de los riesgos, insistió en ello. Quiso ofrecer a su enemigo una muerte envuelta en la más preciada flor de su jardín. Afirmaba que ésa era la manera más caballerosa y galante de acabar con un rival pero, en lo más oculto de sí mismo, experimentaba una morbosa complacencia. Sólo el hecho de imaginar la escena le ponía el sexo de punta, provocándole una excitación que hasta entonces no había experimentado.

Gárgalo y Lucrecia permanecieron encerrados veintiocho días. Durante ese tiempo la muchacha fue sometida a un estricto tratamiento. Sólo se alimentó de bellotas y nueces. La primera semana pasó una hora al día con el sexo inmerso en un cuenco lleno de leche y yemas de huevo. La segunda, lo mantuvo enterrado bajo un manto de ceniza. La tercera, Gárgalo rapó los escasos pelos que despuntaban en su pubis y pintó en él un ojo felino. La cuarta, el mago se dedicó tan sólo a peinar su larga cabellera con un cepillo untado en belladona.

Maladamenti realizaba cada uno de estos encantamientos con suma delicadeza. Enjuagaba con un paño de terciopelo el reguero de leche mezclada con huevo que escurría por las nalgas de Lucrecia, frotaba suavemente los labios sonrosados de su sexo con las manos untadas en aceite para limpiar los restos de ceniza y, mientras llevaba a cabo estas operaciones con reverencial lentitud, recitaba enigmáticas monodias.

Gárgalo pretendía generar en el cuerpo de la doncella un antídoto contra el poderoso veneno del que iba a ser portadora. Para conseguirlo, acompañaba estas ceremonias con instrucciones y advertencias.

Lucrecia podía estar segura: el hombre que la penetrara por primera vez no tardaría en caer fulminado. Pero ella también corría riesgos. La desfloración no le produciría dolor por brutal que fuera. El peligro radicaba en el desplazamiento de la hemorragia. La pérdida de la virginidad podía no hacerle sangrar por el sexo sino por la garganta y ahogarla, o incluso por el cerebro y provocarle la locura.

Por fin, cuando estuvo preparada, Gárgalo la tumbó en una mesa y abrió sus piernas. Tomó un pincel extraordinariamente fino que había bañado en luz de luna, lo untó en unas gotas de una sustancia plateada. Luego, con la minuciosidad de un miniaturista, embadurnó el himen de la muchacha. Le apretó los muslos y se los mantuvo atados durante tres horas. Al cabo de ese tiempo la incorporó, la vistió y la adornó. Lucrecia, convertida en trampa mortal, salió hacia el palacio de Francesco Manfredi.

Después de este episodio, en el espíritu de Lucrecia Foscari se instaló una malvada ausencia. Perdió la alegría y empezó a caer en profundos ensimismamientos. Durante horas permanecía inmóvil, sin prestar atención a nada de lo que ocurría a su alrededor. Abstraída, perdida en un mundo de fríos fantasmas, tan sólo acariciaba con acompasada suavidad el lomo de su gato. Tras los acontecimientos de Cesena, un enorme felino negro cubierto de cicatrices había aparecido misteriosamente en casa de los Foscari. Lucrecia lo adoptó y rellenó la cuenca del ojo que le faltaba con un diamante de gran pureza. Por las noches, acurrucado en el regazo de la muchacha, el gato desprendía una pálida luz, un halo de cuarto creciente.

A los pocos meses de la muerte de Manfredi, Lucrecia dio a luz una niña. Algunos decían que era el fruto póstumo de su enemigo, pero casi todos, conocedores de los hábitos

incestuosos de los Foscari, la consideraron hija del propio Domenico, quien se convertía de esta manera en padre y abuelo al mismo tiempo. Sólo unos pocos quisieron ver en los mechones pelirrojos de la recién nacida un indicio inequívoco de la paternidad de Gárgalo.

La niña fue bautizada una mañana de noviembre con el nombre de Laura, pero en seguida se la conoció en toda la Romagna como la Foscarina. Su madre la educó con aparente desapego. Unicamente se acercaba a ella al caer la tarde. A esa hora la despojaba de sus ropas y la posaba desnuda sobre la cama. El gato no tardaba en hacer su sigilosa aparición y se ponía a lamer la piel de la niña. La pequeña Laura se iba durmiendo mientras, desde un oscuro rincón de la alcoba, su madre escuchaba los ásperos lengüetazos y contemplaba embelesada la fría mirada del diamante.

Lucrecia Foscari ejerció una influencia determinante en las cortes del norte de Italia. A pesar de que su padre le ofreció en varias ocasiones el ducado de Mantua, nunca quiso aceptar título ni cargo alguno. Prefería controlar los entresijos políticos de forma más sutil y, al mismo tiempo, más eficaz. En realidad, los asuntos clave de la diplomacia de la época se resolvían en su alcoba.

Gárgalo Maladamenti, convertido en ejecutor silencioso de todos sus deseos, había construido para ella un pequeño palacio que albergaba en su interior espacios sorprendentes y misteriosos recovecos. El centro de la construcción lo ocupaba una enorme sala semiesférica cuyos accesos habían sido hábilmente disimulados. En esa cámara oculta, Lucrecia llevaba a cabo su política de sexo e intrigas. Era el corazón secreto y perverso del edificio.

La bóveda estaba decorada con pinturas al fresco que el propio Gárgalo había realizado con primor, casi con encono hiperrealista. Representaban escenas eróticas de una desconocida osadía para la época. Hombres y mujeres desnudos flotaban entre nubes formando guirnaldas de caricias obscenas. Todos los cuerpos femeninos reproducían a

la perfección las formas de Lucrecia. El suelo de la habitación era un inmenso espejo circular de una sola pieza. Ningún mueble, ningún objeto adornaba tan maravilloso espacio.

En cierta ocasión convocó a los príncipes de Pesara y Ravena y al duque de Siena. Los tres jóvenes señores eran conocidos en las cortes italianas de la época por su arrogancia y por la rivalidad existente entre ellos. Entraron al mismo tiempo en la estancia por pasadizos distintos y quedaron más sorprendidos por lo extraordinario del lugar que por el hecho de encontrarse inesperadamente reunidos. Nada más pisar el suelo de la habitación una profunda sensación de vértigo se apoderó de ellos. Las pinturas se reflejaban en el espejo de manera que tuvieron la impresión de flotar en el centro de una esfera rodeada de cielo por todas partes. A cada paso que daban, los invitados creían precipitarse en el vacío pero, sobre todo, les angustiaba no saber si caerían hacia abajo o hacia arriba.

Tras breves instantes de aterrorizado mareo acabaron tendidos, con las manos crispadas en el espejo y la cabeza dando vueltas. Estaban a punto de perder el sentido cuando un agradable perfume les devolvió las fuerzas y el equilibrio. Se incorporaron y no tardaron en caminar con cierta seguridad, pisando sobre las plantas de su propio reflejo. Las escenas eróticas atrajeron inmediatamente su atención. La ejecución de las pinturas era tan perfecta que éstas, a la tenue luz de la sala, se les antojaban hombres y mujeres de verdad. Supusieron incluso que les invitaban, que sólo estaban esperando su incorporación al grupo para recuperar el movimiento en sus posturas. Excitados por el perfume y por las poses de las figuras, los tres jóvenes se esforzaban con lamentable tenacidad en alcanzar las zonas donde flotaba el placer. En su afán de participar en las caricias, saltaban hacia lo alto o intentaban infructuosamente atravesar el cristal del suelo. Y, cuanto más fracasaban, más aumentaba su deseo.

Víctimas de sus ardientes impulsos, eran incapaces de descubrir al único ser vivo que se encontraba en la sala. Lucrecia les observaba desde el primer momento. Su cuerpo desnudo había sido pintado por Gárgalo de azul y nubes, de

manera que se desplazaba por la habitación como si fuera un pedazo de cielo. Su camuflaje era perfecto. Desde la cabellera hasta los pies había sido dibujada y coloreada para integrarse perfectamente en cualquier lugar de la sala. Confundida con el fondo, pasaba totalmente desapercibida para sus invitados, que ni siquiera distinguían la divertida frialdad de su mirada.

En cuanto los tuvo fuera de sí, casi desesperados de excitación, empezó a actuar. Ellos ya se habían desnudado y, a falta de otra posibilidad, intentaban darse satisfacción por sus propios medios. Cada uno se masturbaba en un lugar de la sala intentando consolarse de su frustración. Lucrecia acarició primero al duque de Siena por el pecho, por la espalda, y metiéndose entre sus piernas le besó prolongadamente entre las nalgas y los testículos. Fue hasta donde se encontraba el príncipe de Pesaro y por fin recaló en el de Ravena. Luego volvió a empezar, una y otra vez, en un torbellino cada vez más acelerado de caricias. Evolucionaba de tal manera que ellos seguían sin verla y no conseguían explicarse el origen de la sensación que experimentaban. Ella recorría sus cuerpos con tan calculada suavidad que atribuían su placer a un viento tibio y mullido.

Después de pasar de uno a otro en repetidas ocasiones, los tuvo lo suficientemente próximos como para manejarlos a la vez. Entonces, cogiendo con ambas manos sus sexos inflamados, se los introdujo uno detrás de otro. Al de Ravena en la boca, al de Siena en el sexo y al de Pesaro en su orificio más oscuro. Pero no los conservó así durante mucho tiempo. Fue girando como un remolino de lujuria y en cada postura los acomodaba en un refugio distinto. Daba vueltas sobre sí misma, ensartada en el placer. Ellos no sabían lo que les ocurría y, a esas alturas, ni siquiera les interesaba averiguarlo. Sólo querían que la ruleta de caricias no parara nunca.

Lucrecia administró la suavidad de su tacto y la intensidad de sus movimientos con tal maestría que logró que los tres eyacularan al mismo tiempo. Esa cálida inundación, ese desbordamiento generalizado le hizo perder el control y unas breves pero intensas convulsiones sacudieron su cuerpo.

Los tres jóvenes tardaron varios minutos en salir de su arrobamiento. Poco a poco recuperaron la conciencia y se miraron alucinados. Sentados en el suelo, se dieron cuenta de que hasta ese momento no habían sentido la frialdad ni la dureza del espejo. Les había parecido flotar y dar vueltas por los aires. Cuando se disponían a levantarse, unas manchas rojas llamaron su atención. Fijaron la mirada en ese punto y sólo entonces identificaron la silueta de Lucrecia. Permanecía inmóvil, casi extasiada, mientras de sus pezones fluían dos hilillos de sangre que surcaban el azul del cielo pintado sobre su cuerpo.

No se sabe cómo terminó la velada, ni cuáles fueron las condiciones de Lucrecia para ser recompensada por sus favores o para no divulgar las circunstancias de tan particular encuentro entre enemigos irreconciliables. Tan sólo se puede establecer a ciencia cierta que, después de este día, los Foscari gozaron de grandes privilegios comerciales en los dominios de Ravena, Pesaro y Siena.

La pequeña Laura creció con rapidez asombrosa. Se alimentaba casi exclusivamente de leche y frutos secos. Algunos atribuían a este régimen nutritivo su precocidad y la sorprendente blancura de su piel. Pero probablemente los baños de luna y la saliva del gato, que seguía lamiendo su piel todas las noches, contribuían, más que ningún alimento, a mantener e intensificar el misterioso resplandor de su figura.

En cuanto la adolescencia despuntó en su cuerpo, se pudo comprobar el gran parecido con su madre. La misma estatura, las mismas formas, la misma expresión en su rostro y una idéntica mirada en sus fríos ojos verdes. Tan sólo el rojo intenso de su cabellera las diferenciaba como el carbón y la llama.

Lucrecia educó a su hija en el conocimiento de los hombres y de sus pasiones, y Gárgalo se encargó de descubrirle los secretos de las matemáticas y de la alquimia. Sin embargo, la joven Foscarina no daba muestras de

necesitar estas enseñanzas. Más bien parecía dominar todas las disciplinas desde una inexplicable sabiduría innata.

Cuando Laura cumplió doce años, su madre consideró llegado el momento de que la acompañara en las recepciones que celebraba en la cámara secreta. Esperaba la visita del cardenal Della Scala, y le pareció una santificante ocasión para poner a prueba las habilidades de su hija. Gárgalo introdujo algunas modificaciones en la decoración de la sala. Pintó de rojo la cabellera de algunas mujeres e incorporó un gato negro con un ojo de diamante en los frescos.

Tras superar el inevitable vértigo que se apoderó de él nada más entrar en la estancia, su eminencia se vio en medio de una esfera celestial por la que flotaban algunos hombres y mujeres en las más indecentes posiciones. Pero, asombrosamente, todas las mujeres eran la misma. A veces pelirroja, a veces morena.

Laura y Lucrecia se acercaron al cardenal. La una por delante, la otra por detrás, la una por encima la otra por debajo le acosaron como un enjambre de besos y caricias. Le despojaron de la dignidad de sus hábitos y se restregaron contra su desnudez. Le lamieron todo el cuerpo. Le rodearon con sus manos. Le envolvieron entre sus brazos. Y, por fin, las dos coincidieron en tomo a su sexo. Lo recorrieron con sus veinte dedos y se lo pasaron de boca en boca. Una lo engullía hasta la pelvis y luego lo dejaba salir lentamente apretándolo con la lengua, y, justo cuando iba a dejarlo escapar, la otra lo recogía y se lo tragaba con similar lentitud.

Actuaron con tal coordinación que Della Scala se creyó entregado a un ejército de mujeres idénticas, ¿o se trataba de una única mujer que no cesaba de encamarse? Jadeaba, sudaba, llevaba las manos a todas partes, tocándolas y tocándose. El placer le desbordaba por los poros. Le echaron en el suelo y se fueron alternando en las penetraciones. Una se introducía el miembro y, antes de sacárselo, ya se lo estaba introduciendo la otra. El cardenal creyó visitar un sinfín de sexos femeninos. Por fin cayó en una especie de delirio espasmódico. No sabía si se encontraba en el cielo o en el infierno. Ni siquiera distinguía ya esos cuerpos femeninos que

desfilaban por su bajo vientre. Sólo notaba un remolino de sensaciones y la acerada mirada de varios gatos negros clavándose en su impudor.

Lucrecia apretó los testículos del cardenal y sintió cómo se vaciaba en su hija. Esta recibió así su bautizo de esperma.

Laura no experimentó ninguna molestia ni tuvo hemorragia alguna al perder su virginidad, pero unos espesos hilillos de sangre empezaron a escurrir por sus cabellos. Su melena adquirió una densidad viscosa y se tiñó de un rojo más brillante.

Cuando Della Scala volvió en sí, vio a varias mujeres —no sabía cuántas— afectadas por la misma inquietante inmovilidad. Unas sangraban por el pelo y otras por los pezones. Quiso abandonar precipitadamente la habitación. Buscó la salida, aterrorizado por la presencia de esos seres que ahora se le antojaban diabólicos. Pero había algo de lo que nunca podría huir. La imagen de su propia lascivia reflejada en el espejo le perseguiría el resto de sus días.

Abandonó el palacio sin esperar a vestirse. Consiguió disimular su desnudez y regresar a su casa sin mayores novedades. Pero, a partir de ese momento, el papa Foscari, su santidad Bonifacio X, dejó de preocuparse de ciertas intrigas vaticanas y desaparecieron los rumores de cisma que el propio Della Scala había pretendido encabezar.

La estrella de los Foscari parecía haber eclipsado definitivamente la de los Manfredi. Sin embargo Angelo da Chieli, el antiguo hombre de confianza del tan vilmente asesinado duque de Faenza e Immola y príncipe de Cesena, no se resignaba a esta situación. No podía olvidar las sangrientas escenas de saqueo que habían pretendido acabar con tan noble dinastía. Los partidarios de los Foscari habían pasado a cuchillo a toda la familia, incluidos los hijos más jóvenes. La imagen del palacio ardiendo, con su señor colgando de la ventana como un pelele inerte, permanecía grabada en su memoria. Él había conseguido huir utilizando un pasadizo secreto y había rescatado de la quema lo que

consideraba el bien más preciado. Había arrastrado consigo a Giuseppina Pellisari, conocida como la Mostacciona, que unos meses antes había entrado a formar parte del servicio de la casa. Probablemente Angelo era el único en saber que la Mostacciona estaba embarazada de su señor. Pensó que, aunque fuera una rama bastarda, si la salvaba, salvaba el linaje de los Manfredi.

Cuidó de ella con desvelo. Le proporcionó todo tipo de atenciones pero ningún afecto. Por fin llegó el momento del parto. Giuseppina dio a luz gemelos, lo cual regocijó sobremanera a Angelo. En cuanto los tuvo entre sus brazos, despidió a la madre sin miramiento alguno. No quería que los niños guardaran el menor recuerdo de ella. Alquiló los servicios de un ama de cría y él mismo se encargó de su educación. No los bautizó. Los llamó Ludovico y Galeazzo y, en cuanto tuvieron edad para entenderlo, les dijo que el apellido tendrían que ganárselo.

Angelo sometió a los niños a una formación extremadamente dura. Los mantuvo apartados de la gente y de cualquier contacto que no fuera el suyo. Convenía que no se tuviera conocimiento de su existencia. Además, nada de lo que ocurriera en el mundo les concernía. Un único objetivo debía guiar sus existencias, les repetía de manera obsesiva. Tenían que olvidar todos sus deseos y dejar de lado las inclinaciones personales. Pretendía convencerles de que ellos se diferenciaban sustancialmente de los demás mortales. Tan sólo eran el instrumento de una venganza. Los dos filos de un arma destinada a acabar con los Foscari.

Angelo da Chieli concibió un plan a la medida de su odio. Desconocía de qué manera había sido asesinado Francesco Manfredi. Sin embargo, por una extraña compenetración, ideó una estrategia muy similar a la utilizada en la muerte de su señor. Decidió envenenar el esperma de Ludovico y Galeazzo de manera que su eyaculación provocara la muerte de quien la recibiera. Quiso dotar a los gemelos de semejante capacidad mortífera pensando que siempre les resultaría útil, y convencido, sobre todo, de que sería el único método para eliminar a Lucrecia, la más peligrosa de los Foscari.

Sólo su inquebrantable fidelidad a la causa de los Manfredi le permitió superar las dificultades de tamaña empresa. Estudió durante años las claves de saberes ocultos e intercambió una abundante correspondencia con el sabio alemán Grotius, especializado en pócimas y ungüentos. Estableció una rigurosa dieta para los gemelos que éstos, al principio, admitían con repugnancia. La base de su alimentación consistía en lombrices luminosas pescadas en el lago Lesina y condimentadas con especias que sólo Angelo conocía. Pero la base del tratamiento era de naturaleza alquímica. Desde los once hasta los catorce años Ludovico y Galeazzo tuvieron sus incipientes testículos atravesados por unos canalillos de cristal a través de los cuales, y valiéndose de unas jeringuillas especiales, Angelo les inoculaba una equilibrada gama de líquidos tóxicos. Los muchachos sufrían enormemente. Llevaban los genitales sujetos por unos bragueros que les obligaban a caminar con dificultad. El dolor y las sustancias asimiladas les provocaban una inacabable náusea.

En ese período no sólo incubaron el veneno sino un sentimiento más profundo que el odio. Se apoderó de ellos una agresiva indiferencia hacia todos los humanos. Sólo eran capaces de sentir un frío distanciamiento, una sistemática voluntad aniquiladora de la que no se salvaba ni el propio Angelo da Chieli.

En cuanto cumplieron los catorce años, Angelo retiró los dispositivos instalados en sus testículos y los consideró preparados. Para comprobarlo, decidió inaugurar su pubertad trayéndoles dos prostitutas. Eligió a dos mozas lozanas y complacientes a las que advirtió de la inexperiencia de sus clientes y de la necesidad de permanecer con los ojos vendados mientras durara su servicio. En caso de que surgiera algún inconveniente, no quería que pudieran reconocer a sus pupilos. En cuanto oyeron tintinear su bolsa, aceptaron encantadas.

Angelo las condujo por caminos poco transitados al

refugio donde Ludovico y Galeazzo pasaban confinados la mayor parte del tiempo. Llegaron riendo a carcajadas y haciendo las bromas propias de la ocasión. Se movían a tientas y reclamaban algo para palpar. Pero nada más entrar un agrio olor les cortó la alegría. Aunque los gemelos y Angelo se habían acostumbrado a él, la casa despedía un aroma malsano proveniente sin duda de las pócimas y de los alimentos. Las dos mujeres vacilaron un momento y una de ellas estuvo a punto de quitarse la venda de los ojos. Angelo les ofreció más dinero, luego las amenazó y por fin las empujó hacia donde se encontraban los muchachos.

Con profesionalidad pero sin entusiasmo se pusieron a la labor. Se llevaron la primera sorpresa al toparse entre las manos con unos miembros de una dureza inusual. Era tal la consistencia de la erección y la tensión de la nervadura que su contacto resultaba más inquietante que provocador. Cada vez más desorientadas, las prostitutas perdieron la iniciativa. Ni Ludovico ni Galeazzo la necesitaron. Las pusieron a cuatro patas, les remangaron las sayas y las penetraron con una precisión insólita en unos principiantes.

Rígidos, como si la dureza de la erección se extendiera por todo el cuerpo, los gemelos se movían con bestialidad. Se diría que, más que copular, apuñalaban. Las mujeres resistían a duras penas sus embestidas con expresión pasmada, divididas entre el dolor y el placer. Eyacularon los dos a la vez. Sus gemidos fueron aumentando de tono hasta convertirse en un bramido desgarrador que no expresaba satisfacción sino sufrimiento. Las prostitutas pretendieron huir y también gritaban asustadas. Angelo no sabía qué hacer. Al final dejó salir a las mujeres, recomendándoles que no contaran nada de lo que allí habían presenciado. Durante cerca de dos horas aguantó los aullidos de los hermanos sin poder acercarse a ellos por la intensidad de sus convulsiones. Al cabo de ese tiempo y casi de repente, callaron y no tardaron en dormirse apaciblemente. Angelo quedó convencido de que su experimento había fracasado. Los esfuerzos de tantos años no habían servido para nada.

Cuando al día siguiente salió hacia la ciudad, encontró a

las dos prostitutas tendidas a la orilla del camino. Sus cuerpos estaban extremadamente rígidos y por sus bocas entreabiertas escurría un líquido blanquecino. Considerando la distancia a la que se encontraban, calculó que habían muerto al mismo tiempo que los hermanos dejaron de gemir. Subió los cadáveres a la carreta sin poder contener la satisfacción. Los llevó a un lugar apartado donde, cantando por primera vez después de quince años, los enterró. Ludovico y Galeazzo estaban a punto. Eran dos armas mortales.

A partir de ese momento y como si hubieran adquirido una nueva confianza en sus venenosas cualidades, los gemelos cambiaron de actitud. No volvieron a hacer caso a Angelo. No aceptaron sus recomendaciones ni se sometieron a ninguna de sus disciplinas. Manifestaron una clara inclinación por la vida mundana. Su apostura y su tenebrosa belleza les proporcionaron un éxito notable entre las jóvenes del lugar. Además, con cada nueva relación disminuía el dolor de sus eyaculaciones. Todo parecía empujarles a la promiscuidad. Pero su desenfreno no lo motivaba el deseo sexual sino el criminal. Gozaban sobre todo de su capacidad mortífera y de la impunidad con que podían ejercerla.

Este comportamiento preocupaba sobremanera a Angelo, que veía cómo los hermanos se disipaban y ni siquiera querían oír hablar de los Foscari y de la venganza que debían acometer. Aparentemente su frivolidad iba en aumento. Empezaron a interesarse por cuestiones relacionadas con la cortesía y la galanura y a cuidar la manera de vestir. Se obsesionaron con el terciopelo hasta el punto de que sólo llevaban prendas de este tejido. Ludovico se vestía de azul y Galeazzo de gris. Esos colores se convirtieron de hecho en la única manera de poder distinguirles, así que en ciertos círculos terminaron llamándoles Turchino y Grigione. Sólo Angelo —el único capaz de diferenciarlos— entendió después de un tiempo que se trataba de una estratagema para obtener una serie de ventajas en sus aventuras galantes. A menudo intercambiaban los colores. Ludovico se vestía de gris y

Galeazzo de azul. Nadie notaba el cambio de identidades.

Apenas llevaban unos meses de lujuriosa vida pública cuando hicieron un sorprendente descubrimiento. El esperma de uno servía de antídoto contra el esperma del otro. Si una mujer yacía con ambos y recibía los dos líquidos seminales con menos de dos horas de diferencia, no experimentaba el menor síntoma de envenenamiento.

Una nueva gama de posibilidades perversas se abría ante su sexo.

Encontraban en el terciopelo una extrema complacencia. Nunca usaban otro tejido. Para ellos vestirse significaba envolverse en la suavidad, poner la piel en contacto con una absorbente caricia o con un beso terso que mantuviera continuamente encendida su excitación. Y esa sensación sólo se la provocaba el terciopelo. También apreciaban las variaciones de tonos que ocultaba una misma pieza, la gama tornasolada que cambiaba en función de la luz y de la posición de la fibra. Se convirtieron en auténticos expertos en esta tela, profesándole una veneración ritual.

En cuanto dispusieron de una mansión propia, decoraron con terciopelo una de las habitaciones. Seleccionaron los mejores paños y recubrieron con ellos paredes, suelos y techos. Taparon las ventanas, forraron las puertas con piezas de distintos colores. El terciopelo se amontonaba en el suelo o pendía en apretados ramilletes. La estancia adquirió así un aspecto misterioso, aislada del ruido y de la luz exterior. Los hermanos se tendían desnudos en ella y pasaban días enteros revolcándose sobre la tela y contemplando las variaciones de color producidas por la tenue luz de las velas.

Pero tan mullida cámara la destinaban fundamentalmente para uno de sus juegos preferidos. Se encerraban a oscuras en ella con seis o siete mujeres. Se quitaban la ropa, se tumbaban en el suelo y se dedicaban a mezclar y a confundir sus cuerpos. Se movían a tientas para perderse. Palpaban, restregaban, lamían. Juntaban labios con nalgas, pechos con muslos, sexos con lenguas, y todos se intercambiaban en una

avalancha de carne continuamente removida. Nadie reconocía a quién acariciaba ni a quién penetraba. Sólo sentían. Sentían un placer anónimo y por ello totalmente puro.

Ludovico y Galeazzo se entregaban a este marasmo de lujuria con auténtico frenesí. Daban vueltas en medio de los cuerpos gozando de cada movimiento. Rodaban como un morboso rodillo, y cada vez que cambiaban de postura disfrutaban de las sorpresas del recorrido. Sus manos pasaban de la humedad de un sexo a la suavidad de unos cabellos, de la contundencia de unas nalgas a la delicadeza de unos tobillos. Y sus sexos reptaban entre manos, pechos, bocas. Caían en agujeros, pero otros dedos los rescataban para nuevos orificios. Y así todas las partes del cuerpo, y todos los cuerpos formando uno solo, palpitaban en un deslizamiento lento y constante.

No había manera de saber dónde eyaculaban. Tampoco les importaba lo más mínimo. Lo hacían varias veces en cada una de esas sesiones. Contra pieles tersas, en orificios difíciles de identificar o sobre el terciopelo. Pero ninguna de sus descargas interrumpía la sensual deriva. Continuaban envolviéndose en la ternura de las carnes, seguían pasando de mano en mano, de piel en piel sin apenas perder dureza en la erección. Y así hasta que se agotaban.

El momento más placentero venía cuando, al finalizar una de estas sesiones y tras un par de horas de reposo, alumbraban la habitación. Los gemelos apenas lograban contener su ansiedad por conocer los resultados de sus contactos. Siempre suponía una sorpresa descubrir quiénes se encontraban agotadas pero vivas y quiénes habían fallecido. Ludovico y Galeazzo no experimentaban el más mínimo remordimiento por estos crímenes. Sobrevivían aquellas mujeres que o bien habían recibido dos eyaculaciones o bien ninguna. A sus ojos, las primeras tenían mérito y las segundas no tenían culpa, así que su salvación estaba justificada. Por el contrario, aborrecían a las que, habiendo probado su esperma, no habían sabido obtener una segunda dosis; su muerte tan sólo era el castigo a su torpeza o a su falta de

interés. Los gemelos no se limitaban a copular. Imponían su ley. La ley de su sexo.

Ludovico y Galeazzo mantenían entre sí una misteriosa sintonía, una profunda conexión que les permitía compartir las experiencias. De alguna extraña manera, las sensaciones del uno repercutían en el otro. Funcionaban como una recíproca caja de resonancia. Con lo cual multiplicaban la intensidad de sus percepciones. Gozaban por dos y odiaban por dos. Estaban hechos el uno para el otro o, quizá mejor, el uno contra el otro.

No necesitaban ponerse de acuerdo. Lo estaban de antemano. Compartían todo: gustos, amantes, ropas… y un progresivo desprecio por su tutor. Su simple presencia les irritaba. Ya no le hacían ningún caso. Sin embargo, él continuaba vigilando todos sus movimientos y no perdía la esperanza de que, algún día, cumplirían el destino para el que les había preparado. En los últimos tiempos, Angelo había adoptado una actitud condescendiente que a ellos les resultaba aún más insoportable. Una noche en que les repetía las mismas recomendaciones de siempre y les recordaba esa misión a la que de ninguna manera podrían escapar, algo crujió en sus cerebros. No intercambiaron ni una palabra ni una mirada. Sus músculos se crisparon y sus cuerpos se encogieron en una tensión reconcentrada. Galeazzo saltó sobre Angelo y hundió una daga en su corazón. Mientras su hermano le apuñalaba, un prolongado rugido salía de la garganta de Ludovico y su mano derecha temblaba de manera incontrolada.

El cuerpo de Angelo da Chieli se desplomó con una expresión de sorpresa en el rostro.

Después de este crimen Ludovico y Galeazzo cambiaron totalmente de vida. Se trasladaron a otra ciudad y adoptaron una misma identidad para los dos. Se refugiaron tras una única personalidad, obteniendo así innumerables ventajas de

su parecido físico. Podían turnarse en el ejercicio de sus actividades sociales y también podían estar en dos lugares distintos al mismo tiempo. A este personaje construido con fragmentos de cada uno lo bautizaron con el nombre de Enrico Doria.

Esta estratagema les obligó a organizar su existencia con cierto rigor y a establecer tumos en algunas de sus costumbres. No les impidió sin embargo continuar disfrutando de los placeres más ocultos. La oscuridad en la que transcurrían sus promiscuas relaciones sexuales les permitía participar a ambos sin que sus invitadas descubrieran el secreto. Tampoco renunciaron a su gusto por el terciopelo ni a sus colores preferidos. En ocasiones Enrico Doria vestía de gris y en otras de azul. En definitiva, todo transcurría casi como antes. Con una diferencia: la posibilidad de alternar, de sustituirse el uno al otro o de desdoblarse multiplicaba sus recursos. Esta capacidad de maniobra, unida a su indiscutible habilidad en los negocios, les hizo amasar una enorme fortuna en poco tiempo. Enrico Doria se convirtió en un personaje influyente en los círculos económicos y políticos italianos.

Su notoriedad llegó a oídos de Lucrecia Foscari, quien seguía controlando desde su alcoba el rumbo del país. La inteligencia un tanto perversa que revelaban algunas de las operaciones financieras de Doria y los rumores acerca de sus aventuras galantes despertaron su curiosidad. Lucrecia le envió una invitación para acudir a su palacio. La misiva estaba cargada de sensuales insinuaciones. En ella aseguraba que, a pesar de no haber coincidido nunca, existía entre ellos una íntima semejanza. Estaban condenados a entenderse.

Cuando recibieron la invitación, Ludovico y Galeazzo intercambiaron una mirada intensa, casi afilada, y sintieron un relámpago recorriéndoles la médula espinal. Algo que había permanecido anclado en lo más profundo de su ser salía a flote arrastrando un poso turbio. Ante ellos, por fin, se erguía, oscuro y denso, el destino.

Por primera vez necesitaron hablar y ponerse de acuerdo sobre la manera en que deberían actuar. Conocían las

costumbres de Lucrecia y su hija, así como la habitación en la que tenían lugar sus encuentros amorosos. Nunca lo habían comentado, pero sabían perfectamente lo que tenían que hacer. En realidad, habían nacido para esa ocasión. Sin embargo concretaron todos los detalles. Se presentarían como un Doria, pero a partir de ese momento serían dos Manfredi.

Enrico Doria se erguía en el centro exacto de la habitación. Su figura, inhabitualmente vestida de negro, se clavaba en medio de un silencio tenso, casi helado. No daba muestras de desorientación ni de desequilibrio. Con seguridad insolente desafiaba las perspectivas creadas por el espejo. Su aplomo no se perdía en el reflejo. Más bien se consolidaba en él. Sólo el eco de un siniestro maullido le hizo tropezar y mirar a su alrededor con cierta inquietud.

Una música sensual empezó a sonar desde todas partes. El suelo se puso a girar inesperadamente mientras de su superficie reflectante brotaban vapores aromáticos. En medio del humo hicieron su aparición unas siluetas envueltas en una capa negra. Danzaban con morbosa lentitud descubriendo entre los pliegues una espléndida desnudez. Formaban un caleidoscopio de mujeres morenas y pelirrojas, todas hermosas por igual. Su piel, untada de aceites, resplandecía de lujuria.

Enrico Doria, llevado por el movimiento circular del suelo, daba vueltas sobre sí mismo. Contemplaba el espectáculo procurando permanecer imperturbable pero, sin poder evitarlo, su mirada se perdía en todas las direcciones. Arriba y abajo y también a su alrededor, los cuerpos femeninos se le exhibían en posturas provocadoras. Contemplaba cómo resbalaba por sus ingles un brillante reguero de aceite, cómo se acariciaban untuosamente el sexo, cómo entreabrían los labios en un redondo suspiro… Él, mientras tanto, ya no tenía más remedio que admitir la evidencia, la patente notoriedad de su deseo.

Las bailarinas evolucionaban cada vez más cerca de él. Podía notar el olor de sus cuerpos, la brisa de sus

movimientos y hasta el aliento de sus bocas. En una de sus contorsiones, en un torbellino de sus capas negras, se apoderaron de él. Tuvo la impresión de dar varias vueltas en el vacío y, sin saber cómo, se encontró desnudo. Ellas empezaron a deslizarse por su piel con la engrasada suavidad que les proporcionaba el aceite. Le abarcaron todo el cuerpo con una sola caricia. Las sentía en todas partes sin poder distinguir con qué Je tocaban. Una idéntica humedad le embargaba de la cabeza a los pies. Un vaivén experto tiraba de su sexo solicitando su esperma. Por un momento estuvo a punto de abandonarse pero, de pronto, la rigidez volvió a sus músculos. Camuflado entre los reflejos, su doble fue a traerle nuevas energías.

Se revolvió e intentó tomar la iniciativa. Quiso agarrarlas, hacerse con ellas, pero sus manos resbalaban sobre el aceite. Decidido a que no se le escaparan, a tenerlas en la posición requerida, se clavó en su carne. Arañó y mordió. Ellas le devolvieron las heridas. Se revolcaban destrozándose con feroz apasionamiento. Sus cuerpos felinamente enlazados lanzaban un bestial bufido. Nadie hubiera podido decir si peleaban con lujuria o se abrazaban con rabia. Por momentos las sometía, pero inmediatamente se libraban de él. Su excitación crecía entre dentelladas y brutales penetraciones. Su placer alcanzó tal intensidad que no distinguió el momento de la eyaculación ni supo cuántas veces lo hizo.

No sólo disfrutaba de los cuerpos de Lucrecia y Laura sino de esa expresión de sus rostros en la que el placer se mezclaba con el estupor. Maestras en el desdoblamiento, no terminaban de explicarse la ubicuidad de su invitado. Así a veces a éste le parecía que tenía la batalla ganada, pero en otras ocasiones perdía hasta el sentido.

Cuando después de varios colapsos de placer recobró el conocimiento, Enrico Doria ya era Ludovico y Galeazzo. Los gemelos miraron sus cuerpos entumecidos y llenos de heridas. El espejo había dejado de girar y la música de sonar. Laura y Lucrecia no estaban ahí. Sólo pudieron distinguir la silueta de un gato negro cubierto de arañazos que desaparecía entre los reflejos de la habitación.

Ludovico y Galeazzo Manfredi abandonaron el palacio de las Foscari con las piernas flojas y la mirada perdida. Su plan había fracasado. Tenían la certeza de que Lucrecia y Laura habían salido indemnes de sus envenenados abrazos. Sumidos en un profundo silencio, intentaban encontrar una explicación a lo ocurrido. Quizá no habían llegado a introducir su esperma en el cuerpo de las mujeres. Pero en el fondo descartaban esta posibilidad. Sabían que ellos eran los únicos responsables: a pesar de lo que habían acordado, los dos habían eyaculado en ambas, anulando así el efecto de su veneno. No habían podido controlarse. Su lujuria se había impuesto sobre su odio. Ellas habían vencido.

Los Manfredi cayeron en un oscuro abatimiento. Durante una semana permanecieron encerrados en la habitación forrada de terciopelo. Unas fiebres extrañas se apoderaron de ellos. Sus cuerpos estuvieron rezumando un sudor espeso y amarillento en medio de atroces convulsiones. Perdieron así la toxicidad de su esperma y el rencor de sus miradas.

En cuanto hubieron expulsado el mal que llevaban dentro, se separaron. Sin dirigirse la palabra, sin ni siquiera mirarse a los ojos, abandonaron hogar y fortuna. Rotos los vínculos que les unían, su vida perdió todo sentido. No les quedaba sed de venganza ni veneno para saciarla. Deambularon cada uno por su lado. Ausentes, como dos recipientes vacíos. Atónitos, como un espejo sin reflejo.

Sus vidas no tardaron en marchitarse. Envejecieron prematuramente. Resecos y consumidos, terminaron sus días confundidos entre los numerosos mendigos que proliferaban por Italia. Conservaron hasta el final su desgastada indumentaria de terciopelo y cierta arrogancia en el porte. Sin embargo nunca volvieron a coincidir ni en sus deseos ni en sus actividades. Dejaron de compartir hasta los recuerdos. Ludovico y Galeazzo Manfredi ni siquiera murieron al mismo tiempo.

Lucrecia y Laura Foscari sobrevivieron al encuentro con los Manfredi. Sin embargo adivinaron el peligro que habían

corrido. Conscientes de que se habían cruzado con un fantasma del pasado, durante varios días sintieron las alas negras de la venganza batiendo alrededor de ellas. De hecho, sus cuerpos no tardaron en sufrir algunas curiosas consecuencias. La una dejó de sangrar por los pezones y la otra por los cabellos. Sus labios adquirieron una tonalidad gris y las uñas se les pusieron azules. A la vista de estos síntomas, Lucrecia cayó en un estado de extrema indolencia. Laura, por el contrario, hizo alarde de un furor desconocido. Continuó en solitario las recepciones en la habitación secreta y dio muestras de una gran crueldad. Ambas compartieron una idéntica inquietud, una oscura premonición que les anunciaba el próximo final.

Domenico Foscari, su santidad Bonifacio X, murió de forma repentina. La urgencia de la curia cardenalicia en darle honras fúnebres y en elegir un sucesor impidió establecer las verdaderas causas de su fallecimiento. Su desaparición sirvió para desatar las iras contenidas de los numerosos enemigos que toda una vida de intrigas le había granjeado. Los Foscari fueron desbancados de sus privilegiadas posiciones. Lucrecia y Laura se convirtieron en el principal objetivo de los rivales de la familia. Fueron acusadas de brujería y perseguidas con saña. Asaltaron y destruyeron su palacio y, tras un simulacro de juicio, las condenaron a la hoguera.

Su ejecución fue muy concurrida. Tanto las autoridades como los curiosos quedaron deslumbrados ante la blanca hermosura de sus cuerpos desnudos. No gritaron ni dieron muestras de sufrimiento. Su carne, consumida por las llamas, despidió un olor a sándalo que provocó una agradable embriaguez entre los asistentes.

En pocas semanas la influencia de los Foscari desapareció y su fortuna cambió de manos. Asesinados o encarcelados, perdieron fama y renombre. Nada quedó de tan ilustre familia. Sólo Gárgalo Maladamenti consiguió salvarse. La noche en que asaltaron el palacio de Lucrecia, pudo verse un carruaje abandonando la ciudad. Su roja cabellera resaltaba como un fogonazo en la oscuridad. Bajo el rebozo ocultaba un bulto que desprendía un frío brillo de luna y, de vez en

cuando, maullaba.

El tul

Angus Mortimer sintió unos dedos trepando con lentitud por sus pantalones. Al principio creyó que se trataba de un contacto accidental —más de doscientas personas se aglomeraban en la tribuna de invitados y apenas se podía mover un brazo sin rozar el cuerpo del vecino—, pero no tardó en convencerse de lo contrario. La insinuante presión ejercida sobre sus muslos y el progresivo acercamiento a la entrepierna delataban una maniobra cargada de intenciones. Hizo ademán de retirarse pero sólo consiguió pisar a quienes se encontraban detrás y ser increpado por todos. Pensó en atrapar tan desvergonzado brazo y apartarlo con contundencia. También se le ocurrió reprender indiscriminadamente a los que le rodeaban en un intento de abochornar al culpable. Lo cierto es que nunca se había encontrado en una situación tan embarazosa y no sabía muy bien cómo reaccionar. Todavía dudaba sobre la actitud que convendría adoptar, cuando notó cómo le desabrochaban, uno tras otro, los botones de la bragueta. Contuvo la respiración y, con el vientre encogido, se dejó impregnar por la breve brisa que entraba por la abertura. Una imprecisa expectación empezó a tensar su deseo, y su ánimo vaciló entre la indignación y la curiosidad. Una mano se infiltró con pericia en el calzón y le rozó suavemente el sexo. Su cuerpo dio un respingo y su mente olvidó los dilemas morales. Angus Mortimer se entregó a la anónima caricia.

La comitiva oficial irrumpió en el recinto y el público se agolpó aún más en un intento de reconocer a las personalidades que iban a presidir el acto. Aprovechando la presión del gentío, los dedos tomaron posesión de su intimidad y empezaron a recorrerla con excitante sigilo. Primero le envolvieron sin apenas tocarle. Entraron hasta la

zona más recóndita y luego pasearon sus frescas yemas por la superficie cada vez más extensa y dura. Cuando el miembro alcanzó su máximo tamaño, la mano lo agarró con decisión y lo sacó fuera de los pantalones. Mortimer se daba cuenta de la comprometida situación en la que se hallaba pero, aunque quizá quería, ya no podía echarse atrás. La conciencia del riesgo se mezclaba con el placer, despertando en él una sensación desconocida. Decidió asumir su complicidad y se apretó contra la caricia.

El gobernador del Estado se dirigió a la tribuna de oradores y la banda de música dejó de tocar. Mortimer había perdido todo el interés por la ceremonia. Excitado y curioso, intentaba adivinar a quién pertenecía esa mano. La posición en la que se encontraba, completamente aprisionado en medio de la multitud, le impedía distinguirlo. Dudaba entre las dos mujeres que tenía delante. Una vestía de negro y la otra de blanco. Tocadas con sendos sombreros, no conseguía adivinar el rostro de ninguna de ellas. Como la dama de blanco estaba acompañada por un hombre, decidió que sólo podía tratarse de la de negro. Sin embargo, no detectaba en ella ninguna agitación ni en sus hombros parecía repercutir el movimiento de su mano. Disfrutó de esa incertidumbre y se olvidó de todo. Escuchaba el discurso del gobernador como un fraseo hueco y carente de significado.

Los dedos se deslizaban por la parte inferior, se detenían en la punta y regresaban por la parte superior (a partir de ese día el Estado de Pensilvania se incorporaba al progreso). Bajando hasta el fondo se entretenían en las ingles (por fin América iba a convertirse en una de las grandes potencias mundiales). Subían y bajaban con ritmo delicado (a las puertas del siglo XX los Estados de la Unión se disponían a coger el tren del futuro). Por fin las insistentes caricias despertaron en él unos agitados espasmos (la ciudad de Pittsburg se situaría a la cabeza de ese convoy). Los dedos notaron la premura del deseo y empezaron a moverse con mayor rapidez (y todo gracias al acto que en ese momento tenía lugar). El sexo de Mortimer entró en blanca erupción (quedaba inaugurado el pabellón principal de la próxima

Exposición Universal).

Los aplausos de la multitud resonaron estruendosamente en la cabeza de Mortimer. La sangre latía en sus sienes y un ronco estertor le rasgaba los pulmones. Con el cuerpo estremecido y la visión nublada, distinguió cómo la mujer de blanco se volvía hacia él y, levantando un tul que velaba sus facciones, se llevaba la mano a la boca. Sin dejar de mirarle y con expresión golosa, engulló el esperma que abrigaba en su palma. Volvió a cubrirse el rostro y se perdió entre la multitud que se dispersaba por el recinto de la Exposición. Mortimer, atónito, tardó unos segundos en abrocharse los pantalones con torpe disimulo.

Angus Mortimer estaba convencido de que el hombre era una máquina perfecta. Mientras mantuviera a punto piezas y resortes, podría conseguir cualquier objetivo. Todo era cuestión de esfuerzo y engranajes. Pura mecánica. Por eso el estado de bloqueo en el que se hallaba le tenía desconcertado. Desde la inauguración del pabellón no lograba concentrarse en su trabajo. El fantasma de aquella mujer recoma sus pensamientos y entorpecía sus cálculos. Se volcaba con decisión, casi con furia, en los planos de sus proyectos, pero al cabo de unos instantes, de forma indefectible, se le aparecía su deslumbrante figura. Apenas recordaba nada de ella. En su mente sólo flotaba un destello blanco y aquella mirada golosa y desafiante. Sin embargo era suficiente para mantenerle paralizado, obcecadamente inerte sobre sus experimentos.

La situación resultaba un tanto angustiosa dada la urgencia del trabajo que tenía entre manos. Debía construir para la Exposición Universal el llamado «Edificio del Futuro». Todo su prestigio estaba en juego, así que no podía permitirse más retrasos. Puso en funcionamiento los mecanismos de su voluntad. Estableció un régimen de disciplinas que acabarían definitivamente con su inactividad.

El taller de Mortimer era una enorme fábrica abandonada. Él se sentía más cómodo en ese ambiente que en un aséptico despacho. De esa manera le parecía que su trabajo mantenía un contacto estrecho con las necesidades laborales del momento y sus inventos contribuían a un progreso práctico y real. Aborrecía esa cada vez más abundante legión de oportunistas y charlatanes que creaban aparatos de propiedades asombrosas pero totalmente inútiles. Él no se consideraba un genio. Ni siquiera un ingeniero. Tan sólo un técnico aventajado con ganas y posibilidades de experimentar.

Mortimer pasaba la mayor parte del tiempo en su taller. Desde que su esposa murió, hacía ya más de quince años, prácticamente vivía allí. En ese inmenso espacio, oscuro y destartalado, las máquinas se amontonaban por doquier. Las había de todos los tamaños, formas y propiedades. Con la ayuda de algunos operarios, había construido una gigantesca locomotora que servía también como horno para tratar el hierro y otros metales. Mortimer estaba convencido de que, en el futuro, tanto las fábricas como las ciudades serían móviles y se desplazarían en función de la localización de nuevos recursos. También había ideado una perforadora de mercurio capaz de horadar con rapidez la roca más dura. En su opinión, la vida del hombre sería cada vez más subterránea. Con el tiempo las minas se situarían a mayor profundidad, túneles excavados en los fondos marinos unirían los continentes, incluso no descartaba la posibilidad de agujerear el planeta de parte a parte.

Todo el taller rebosaba engranajes, bielas, ruedas dentadas, poleas y extraños dispositivos de los que sólo él conocía la aplicación. Algunos artefactos reposaban olvidados en rincones y recovecos como fantasmas mecánicos. En ocasiones, siniestros crujidos resonaban por el edificio paralizando durante un momento la actividad de sus colaboradores. Sólo Mortimer permanecía inmutable ante el tenebroso chirriar de las máquinas. Sabía que tan sólo se trataba del impaciente bufido del progreso.

Mortimer había concebido el proyecto para la Exposición Universal como la obra de su vida. No se conformaba con erigir un conjunto de audaces estructuras metálicas adornadas con ingeniosos mecanismos. El Edificio del Futuro tenía que constituir todo un símbolo. Con él quería representar el final del oscurantismo en el que los hombres habían vivido y el comienzo de una nueva era alumbrada por la ciencia y la técnica. Por lo tanto, la construcción debía ser algo más que una cuestión de arquitectura o de ingeniería. Su importancia radicaría en la utilización de un elemento tan impalpable como fundamental para los tiempos venideros. El Edificio del Futuro estaría hecho de luz.

Para alcanzar tan ambicioso objetivo Mortimer se había visto obligado a abandonar la línea habitual de sus investigaciones y adentrarse en los vericuetos de las experimentaciones químicas. Durante los últimos meses había estudiado las diversas fuentes lumínicas existentes en la naturaleza. Sutiles y discretas, eclipsadas por la deslumbrante presencia solar, numerosas formas vivientes también consiguen producir tenues resplandores. Había diseccionado algunos peces y determinadas especies de insectos capaces de encenderse con brillo propio. Con varios pararrayos y un cubo de iridio imantado había fabricado un depósito para almacenar relámpagos y prolongar su destello. Pero, sobre todo, había estudiado la capacidad reflectante de los mares. Había llegado incluso a idear un sistema de reacciones con el que esperaba aislar su suave y crepitante fulgor. Mortimer estaba convencido de que en la fosforescencia de los océanos palpitaba el brillo de todas las lunas.

Su plan consistía en elaborar un concentrado a partir de estas sustancias. Obtendría así un líquido irradiante que, aplicado como un barniz sobre cualquier cuerpo sólido, lo dotaría de un intenso esplendor. De esta manera pretendía acabar con ese alumbrado de gas, velas y candiles que sumía las calles de las principales ciudades en una luz mortecina. La vida urbana, foco de innovación y progreso, había de resplandecer también en la oscuridad. En definitiva quería vencer a la noche y, sobre todo, desterrar el miedo.

El triunfo sobre las tinieblas no podía aplazarse por más tiempo. Ninguna mujer debía interferir en un proyecto en el que estaba en juego el porvenir de la humanidad. Tema que expulsar de su mente a ese fantasma blanco cargado de lujuria. Así que, sacudido por un repentino calambre de impaciencia, Mortimer tomó, por fin, una decisión. Despidió a sus colaboradores, se quitó la ropa y, totalmente desnudo, puso en marcha el plan de relanzamiento de su actividad laboral. Instaló la mesa de los experimentos en el centro de una gigantesca esfera armilar. Se trataba de una de las obras de las que estaba más orgulloso. Una serie de círculos concéntricos de metal reconstruían a escala las órbitas de los distintos planetas del sistema solar. Tanto los aros que describían la evolución de los cuerpos celestes como los propios astros habían sido forjados con primorosa precisión. Pero la característica más peculiar del artilugio, lo que lo convertía en un objeto excepcional, era el hecho de estar dotado de movimiento. Un complejo mecanismo de relojería regulaba los desplazamientos manteniendo una exacta proporción con su duración real en el espacio sideral. El conjunto había sido programado de manera que un día en la esfera armilar equivalía a un año en el firmamento. Para construir semejante ingenio había utilizado sus conocimientos de física, astronomía, ingeniería y mecánica. Constituía de hecho una síntesis de todo su saber. Cuando lo contemplaba, Mortimer no podía evitar una profunda satisfacción, un orgullo un tanto excesivo provocado por el hecho de sentirse, en cierta medida, dueño y señor del Universo.

Suspendido en medio de la esfera armilar, Angus Mortimer logró salir de su abatimiento y empezó a trabajar con provecho. Había montado un improvisado laboratorio sobre una plataforma que permanecía estable mientras los planetas rotaban a su alrededor. Su cuerpo desnudo se agitaba infatigable entre alambiques y redomas. Mezclaba líquidos, fundía metales, corregía cálculos y proporciones. No bajó de su cósmico lugar de trabajo ni descansó un solo momento. Se movía llevado por un impulso inagotable que

guiaba con acierto todos sus experimentos. La influencia de los astros parecía incidir sobre él dotándole de facultades extraordinarias. De hecho, recibía, concentrada y mecanizada, la fuerza del Universo.

Mortimer permanecía ajeno a todo lo que no fuera su obra. No oía los siniestros crujidos de sus inventos resonando por las profundas galerías del taller. Ni siquiera percibió la sigilosa presencia de un gato que, desde que ocupó el centro de la esfera, le observaba atentamente. El felino deambulaba con ágil precisión entre las máquinas. Su cuerpo estaba cubierto de arañazos, le faltaba un ojo y, como si se hubiera contagiado de los mecanismos y resortes de Mortimer, una de sus patas delanteras había sido sustituida por una prótesis articulada que movía con total soltura. Su negro pelaje parecía manchado de luna muerta y desprendía un pálido fulgor. De vez en cuando se acercaba al improvisado laboratorio y emitía un ronroneo metálico.

Los días transcurrieron y Mortimer no durmió ni ingirió alimento alguno. Su ritmo de trabajo no admitía pausas. Al cabo de una semana levantó triunfante un tubo de ensayo que contenía una sustancia resplandeciente. Por fin lo había encontrado. En su mano tenía la luz.

Cuando descendió de su lugar de trabajo, Mortimer había envejecido o, al menos, parecía más enjuto. Encerrado en medio de las órbitas astrales, las horas para él habían transcurrido de manera intensa y comprimida. Había vivido en una dimensión temporal muy densa. Probablemente los siete días pasados en el laboratorio habían supuesto para su organismo varios años. Sin embargo, no se sentía débil ni fatigado. Le había embargado una energía suave pero vibrante. Su piel rezumaba sensuales escalofríos. Todo su cuerpo desnudo estaba cargado de lascivia.

Nunca lo hubiera imaginado, pero aquel día el éxito del Edificio del Futuro no fue para él lo más importante. Una luz muy distinta a la de su obra vino a deslumbrarle. Fue una luz intensamente oscura y totalmente cegadora. Ella le miró.

Angus Mortimer pasó la jornada de la inauguración presa de un gran nerviosismo. No le preocupaba la aceptación de su trabajo. Estaba seguro del triunfo. Era una extraña premonición la que le erizaba la piel y le hacía inspeccionar los últimos preparativos con la desazón de una fiera enjaulada.

La Exposición Universal de Pittsburg abrió sus puertas con los mejores augurios. Pero el plato fuerte de la muestra se reservaba para la noche. El Edificio del Futuro permanecía cubierto por una lona que impedía adivinar las formas y características de la arquitectura. Las obras se habían llevado en el mayor de los secretos y corrían todo tipo de rumores sobre el proyecto. En cuanto se hizo la oscuridad, el propio presidente de los Estados Unidos, tras un breve discurso, se encargó de tirar de la cuerda que puso al descubierto la insólita construcción. La multitud que se agolpaba en los alrededores profirió un prolongado grito de admiración. Ante ellos se elevaba una estructura metálica en forma de pirámide que, con su intenso resplandor, desgarraba la noche.

Mortimer se vio obligado a pronunciar unas palabras. Apenas mencionó los logros de ingeniería y de arquitectura que sustentaban el edificio. Tampoco hizo alusión a las maravillas técnicas que albergaba en su interior. Tan sólo insistió en que ese discurso que pronunciaba lo estaba leyendo; que su invento permitía prolongar el día, leer y trabajar de noche, en definitiva, alejar para siempre las tinieblas de la ignorancia.

Tras las ovaciones, Mortimer pasó de mano en mano recibiendo abrazos, felicitaciones y todo tipo de parabienes. De pronto el torbellino humano en el que se encontraba inmerso dejó de dar vueltas o se perdió en la lejanía. Alguien le presentó a una mujer desconocida pero íntimamente familiar. No oyó su nombre, tan sólo retuvo la recomendación que ella misma le hizo de llamarla simplemente Caty. Tampoco le pasó desapercibida la misteriosa expresión de su rostro al afirmar que ella le conocía muy bien. Esa mirada golosa y desafiante no dejaba lugar a dudas. Era ella.

Nunca supo cómo pudo sustraerse al atosigante apremio de la multitud, cómo consiguió que sus admiradores le perdieran de vista (¿o fue él quien se olvidó de todo?). Sólo recordaba la curiosidad de ella por sus métodos de trabajo y su provocadora invitación para huir a un lugar más tranquilo. La propuesta recorrió su piel tensando aún más ese nuevo y desbocado deseo que le impregnaba. Al poco tiempo y siguiendo las indicaciones de la mujer, ya estaban en el taller de Mortimer.

El vestido blanco y la rubia cabellera resaltaban entre las máquinas y los engranajes como un chispazo de luna. A la débil luz de su taller, Mortimer distinguía a través de los tules de su ropa un cuerpo tentador. Ella deambulaba con soltura entre los numerosos aparatos amontonados como si el espacio le resultara familiar, y él la seguía olvidándose de todo recato, respondiendo como un joven atolondrado a sus insinuaciones, deseando que se pusiera de nuevo a escarbar en su bragueta.

Cuando Caty llegó ante la esfera armilar, observó con repentina seriedad el complejo entramado de órbitas y planetas y, demostrando un inexplicable conocimiento de sus mecanismos, le pidió que la pusiera en marcha. Luego subió ágilmente hasta la plataforma en la que se encontraba el improvisado laboratorio. Él fue tras ella.

Llegada a la mesa en la que se amontonaban alambiques y redomas, empezó a desnudarse. Sin mediar palabra y mirándole fijamente a los ojos, fue quitándose, una tras otra, todas las prendas. Se despojaba de los diversos tules como quien deshoja una flor. Pétalo tras pétalo, iba aclarando la transparencia que velaba sus formas y descubría, con morbosos deslizamientos, el dulce néctar que ocultaba. Por fin su cuerpo apareció en toda su blanca nitidez.

Una vez desnuda, recorrió con la mirada los trastos del laboratorio y, con decisión, se dirigió hacia el recipiente cuyo contenido brillaba con especial intensidad. Cogió el frasco de la luz, lo abrió y empezó a aplicarse sobre la piel la

destellante sustancia. Mortimer hizo ademán de detenerla pero, hechizado por el espectáculo, la dejó continuar. Conforme iban impregnándose del líquido, sus carnes resplandecían. Era como si todo su cuerpo se pusiera a amanecer.

Por fin estuvo completamente deslumbrante. Se sentó sobre la mesa irradiando blancura por la grasienta oscuridad del taller. En medio de la esfera armilar, su brillo de estrella eclipsaba todos los planetas. En una última aplicación acercó el frasco a su sexo entreabierto, dejó caer en él unas gotas y se las extendió con lujuriosa lentitud. Mortimer no pudo resistir el fogonazo surgido de su entrepierna y empezó a desnudarse precipitadamente. Se abalanzó sobre ella dispuesto a perderse en el fulgor. Se dejó abrazar por la impalpable suavidad de la luz. Sintió la piel de ella chisporroteando contra la suya. La penetró sobre la mesa y permaneció inmóvil, agarrotado por un placer cegador. Ella tampoco se movía, pero comprimía el sexo con tierna succión. Fijo y tenso, Mortimer caía por la espiral del goce. No perdía el sentido pero notaba con vértigo cómo la galaxia daba vueltas a su alrededor.

Nunca supo Mortimer el tiempo que permaneció fundido con su estrella. Pudieron ser segundos o quizá años luz. Poco a poco le fue subiendo desde el sexo una crepitante onda expansiva de placer que terminó en un intenso calambre, en una descarga que le hizo lanzar un aullido silencioso y desplomarse en medio de temblores.

Caty se despegó de él y, como si necesitara algo más para saciar su apetito, se deslizó con voraz lentitud hasta su sexo todavía estremecido. Lo acarició, lo lamió y luego, mirándole a los ojos con fijeza felina, se puso a absorber. Mortimer agradecía que no diera reposo a su deseo. No le importaba vaciarse una y otra vez. Es más, quería seguir con ella, en ella, de ella, indefinida, ininterrumpidamente… hasta alcanzar la completa inanición. Sujetándolo con las dos palmas, Caty oprimía delicadamente el miembro al borde de la ignición. Continuó con el masaje durante varios minutos hasta que, por fin, aplicando las yemas de los dedos en el

vértice de su excitación, lo agitó sinuosamente. Él ni quiso ni pudo resistir la insistente solicitud. Una sustancia brillante brotó de su bajo vientre y fue a salpicar el rostro de la mujer. Ella restregó con parsimonia el líquido que resbalaba por sus comisuras y por su cuello. Mortimer contempló cómo su esperma se apagaba al entrar en contacto con el resplandor de la piel.

Caty recogió su ropa y se la puso con descarada tranquilidad, casi con indiferencia. Tras una despedida que a Mortimer se le antojó fría, casi burlona, ella descendió de la plataforma y se encaminó hacia la salida del taller. Los tules de su indumentaria ya nada velaban. Debajo de las prendas su cuerpo resplandecía. Se fue vestida y espléndidamente desnuda.

El gato, que había contemplado la escena sin que su único ojo parpadeara, también se incorporó y desapareció con sigilo entre las máquinas.

Mortimer se quedó exhausto y opaco.

Durante unos días Mortimer se convirtió en el hombre de moda. El éxito del Edificio del Futuro superaba las expectativas más optimistas. Gentes de todos los Estados de la Unión e incluso de otros países acudían a visitarlo. Las noches de Pittsburg se llenaron de una agitación desconocida. En cuanto el sol se ocultaba, se formaban larguísimas colas de curiosos. La mayor parte quería simplemente contemplar el prodigio con sus propios ojos, pero otros daban los usos más pintorescos al resplandor que emanaba de la construcción. Siguiendo al pie de la letra los deseos de Mortimer, se organizaron sesiones públicas de lectura, representaciones de teatro e incluso algunos pintores acudieron a plasmar en sus lienzos la blanquecina luz del edificio. Los más fanáticos atribuían propiedades curativas a su brillo artificial. Llegaron expediciones de ciegos atraídos por el rumor de que, alumbrados por el edificio, sus ojos conseguirían ver al menos una pálida silueta del mundo. Un rico ranchero californiano pretendió incluso enterrar a su hija

recién fallecida en los cimientos del edificio, convencido de que de esa manera la aproximaba al reino de la luz y le aseguraba la salvación eterna.

Pero tampoco faltaron los detractores. Algunos sostenían que sólo Dios puede crear la luz y que la especie humana sería castigada por semejante pecado de soberbia. Otros afirmaban que esa refulgencia dañaba la vista y que, además, todo lo allí contemplado y leído se olvidaría inmediatamente. Ciertos argumentos de tono más científico analizaban los inconvenientes que se derivaban de la necesidad de un gran soporte para obtener una iluminación eficaz (si el edificio tuviera sólo varios centímetros de altura alumbraría menos que una vela). Los planteamientos más utilitarios hacían hincapié en las molestias derivadas de una fuente luminosa que no se podía apagar (¿cómo conciliar el sueño en una ciudad repleta de tan brillantes inmuebles?).

Por unas razones u otras, todos hablaban de él. La prensa le dedicaba amplios reportajes; le llovían invitaciones para dar conferencias, conceder entrevistas o participar en las más disparatadas actividades sociales. Mortimer, por su parte, prestaba muy escasa atención a estos comentarios y solicitudes. Más preocupado por su sensualidad que por su notoriedad, se refugiaba en el recuerdo de aquella cópula en la esfera armilar y sentía encendido en su interior el fuego de un deseo inagotable. Quería más cuerpo y más tiempo de aquella mujer. La quería toda y siempre.

Pasaba los días encerrado en su taller y de noche deambulaba por las calles a la búsqueda de un lascivo destello, de una mujer envuelta en una luminosa aureola. Erraba por la ciudad como un planeta sin órbita, como un mundo sin sol. Sabía que acabaría encontrándola. Una mujer resplandeciendo en medio de la multitud no podía pasar desapercibida durante mucho tiempo. Pero, por de pronto, Caty sólo brillaba por su ausencia y él permanecía abatido, ajeno a la admiración que despertaba. En aquellos momentos de triunfo con los que tantas veces había soñado, prefería el gozo a la gloria. Mortimer sólo pensaba en ella.

A pesar del estado de apatía en el que se hallaba sumido, una extraña misiva consiguió despertar su curiosidad. Venía firmada por el Gran Ludini, mago e inventor, y le invitaba a la inauguración de un parque de recreo para el entretenimiento de mayores y pequeños. Se presentaba como un espacio mucho más maravilloso que la Exposición Universal porque, según rezaba la invitación, en él la ciencia estaba al servicio del placer. En un principio, éste era el tipo de manifestaciones que Mortimer aborrecía. Sabía que estaban promovidas por oportunistas, y contribuían al mantenimiento de la superstición y del oscurantismo. Sin embargo, una de las atracciones descritas le llamó especialmente la atención. El Gran Ludini ponía al alcance del público los misterios del Universo y ofrecía un viaje vertiginoso por una réplica reducida del sistema solar.

En un primer momento pensó que no debía acudir a semejante pantomima, pero luego una intensa y ya familiar desazón se apoderó de él y le obligó a cambiar de opinión. Arrebujado en una negra capa con el fin de pasar desapercibido, se presentó en el lugar y se llevó una primera sorpresa al comprobar la asistencia de personajes notables del mundo de la ciencia. No conseguía explicarse cómo todas esas celebridades, que estaban en Pittsburg invitadas a la Exposición Universal, acudían a tan ridícula cita. Una vez más se arrepintió de haberse acercado hasta el lugar pero, finalmente, llevado por una fuerza superior a su cordura, se adentró en el recinto.

La entrada estaba flanqueada por una orquesta sin músicos que interpretaba una marcha festiva con brío un tanto sincopado. Un reducido grupo de saltimbanquis y payasos se encargaba de acompañar a los visitantes y explicaba que la orquesta mecánica del Gran Ludini no sólo tenía un amplio repertorio sino que incluso era capaz de componer sus propias partituras. Un poco más adelante se encontraba un zoológico de animales artificiales, entre los que destacaba un halcón que volaba batiendo unas alas confeccionadas con fino tul y bordadas primorosamente, una serpiente con cabeza de cristal y ojos de esmeralda, y un gato

tuerto con una pata metálica que desprendía un siniestro brillo.

Había otras muchas atracciones pero Mortimer, lejos de pasar un rato entretenido, se irritaba cada vez más. En todos esos aparatos había más palabrería que ciencia y, sobre todo, el espectáculo le parecía de un insoportable mal gusto. Por fin llegaron ante la principal atracción del parque. Su tamaño y su estructura eran idénticos a la esfera armilar de Mortimer, pero los arcos que describían las órbitas de los planetas habían sido sustituidos por unos raíles sobre los que circulaban a toda velocidad unas pequeñas vagonetas. A pesar de los miedos y de las reticencias, algunos invitados se prestaron a realizar un recorrido completo por el mecánico sistema solar. Cuando regresaron a tierra, los viajeros, todavía algo aturdidos por la velocidad y las sacudidas, comentaron que en su breve expedición habían llegado a confundir las estrellas del cielo con los planetas artificiales. Dijeron haber experimentado la misma sensación que en un auténtico viaje sideral.

Mortimer se sentía humillado y, a la vez, lleno de indignación. El artilugio que tanta admiración provocaba era una copia descarada de su esfera armilar. Estaba convencido de que tanto los mecanismos de arrastre de las vagonetas como los que hacían girar a los astros se movían por medio de un mecanismo de relojería muy semejante al que él había puesto a punto. No obstante, debía reconocer que el grado de aceleración alcanzado por los engranajes era muy superior al que podía suministrar su máquina. Por una parte descubría el plagio y por otra comprendía que alguien le había batido en su propio terreno. Sin embargo lo que le producía una rabia incontenible era la frívola utilización que se hacía de tan sofisticada ingeniería. No se usaba para estimular el conocimiento sino para provocar el vértigo.

El recorrido inaugural por el parque de recreo terminó en una pequeña y abigarrada sala. Sonaron unos pomposos toques musicales y el anfitrión de la velada hizo su aparición.

Subido a un escenario y vestido con una indumentaria negra sobre la que resaltaba el rojo fogonazo de su cabellera, el Gran Ludini dio la bienvenida a todos los asistentes. Se apresuró a añadir que todavía no habían visto el más prodigioso de sus inventos. En esas fechas en las que estaban tan de moda las beneficiosas propiedades de la luz artificial, él iba a mostrar la mejor manera de combatir la oscuridad.

Mortimer entendió la clara alusión a su Edificio del Futuro y se encogió dentro de la capa para ocultar aún más su identidad. Presa de un inexplicable sentimiento de culpa, deseaba desaparecer de aquel lugar, como si él fuera el auténtico impostor. Sin embargo, permaneció pegado al suelo, incapaz de hacer ningún movimiento, embargado por el miedo o por una fría y pegajosa curiosidad. Contempló cómo Ludini, con aparatosa solemnidad, hacía colocar sobre el escenario un ataúd. Lo mostró a la audiencia, afirmó que iba a encerrarse en su interior y enfrentarse allí con las más densas sombras. Pretendía vencer la negrura de la muerte.

Para llevar a cabo su proeza necesitaba que alguno de los asistentes le proporcionara una carta, un diario, un documento privado al que él nunca hubiera podido tener acceso. Una vez introducido en su oscuro refugio, se comprometía a leerlo y a desvelar posteriormente su contenido. Justificaba su experimento invocando las virtudes de la lectura y parodiando las recomendaciones de Mortimer así como su elogio de la luz artificial. El público entendía perfectamente las alusiones y reía complacido. Sin embargo, a pesar de su insistencia, nadie se mostraba dispuesto a entregarle ningún escrito. Así que Ludini no tuvo otro remedio que bajar del escenario y dirigirse «al misterioso caballero del fondo cuya levita oculta, sin duda, mensajes secretos». Mortimer sintió la mirada del mago clavada en sus ojos y, sin poder evitarlo, vio cómo sacaba de uno de sus bolsillos ese diario en el que había anotado algunas de sus últimas experiencias. Hizo ademán de retenerle pero, ante la presión de la audiencia y temeroso de ser descubierto, cedió.

Ludini se encerró en el ataúd con el diario de Mortimer. Se apagaron las luces de la sala y el escenario permaneció en

una estudiada penumbra. Sin embargo, conforme los asistentes se fueron acostumbrando a la oscuridad, comprobaron cómo un misterioso resplandor irradiaba de la caja de madera. Se diría que flotaba en una impalpable claridad. Durante más de media hora el silencio fue, obligadamente, sepulcral. Nadie se explicaba ni el origen del destello ni el hecho de que Ludini pudiera aguantar tanto tiempo enclaustrado. Por fin la luz del interior del ataúd se apagó y se encendió la de la sala. Una ayudante abrió con siniestro crujido la tapa del féretro y Ludini apareció algo más pálido pero vivo. Con una aparatosidad un tanto espectral bajó del escenario y se abrió paso hasta Mortimer. Le devolvió el diario con una sonrisa y luego se dirigió al público afirmando que él, ante todo, era un caballero. No pensaba por lo tanto revelar los detalles más comprometedores de lo que había leído, pero adelantó que el misterioso invitado bebía los vientos por una dama, que la perseguía como a una estrella rutilante y que en esos momentos sufría de su eclipse.

Parapetado tras el embozo de su capa, Mortimer, una vez más, no sabía cómo reaccionar. Por una parte, le aterrorizaba ser reconocido; por otra, lo deseaba impacientemente para poner fin a la situación, incluso para desafiar a la audiencia. Pero el Gran Ludini le dejó sin alternativas. Con agilidad se encaramó de nuevo al escenario y agitando la capa y sacudiendo la roja cabellera, hizo aparecer, como por arte de birlibirloque, un extraño objeto entre sus manos. Ese era el instrumento que le había permitido leer los secretos más íntimos del caballero de negro. Se trataba de un pequeño recipiente de vidrio que albergaba en su interior unos finos hilos metálicos. En cuanto lo conectó a unos cables, el recipiente se iluminó con una intensa incandescencia.

Imponiendo su voz sobre las expresiones admirativas de la sala, Ludini afirmó que ésa era la auténtica fuente de la que manaría la luz en el futuro. No desprendería una claridad blanquecina, como la pirámide de Mortimer, sino que brillaría con intensidad solar. Y, sobre todo, no dependería de grandes superficies, no se suministraría en extensas fachadas

barnizadas sino en manejables y desconectables frascos como el que exhibía a la audiencia. Serían pequeñas bombas de luz que irían explotando en la noche hasta acabar con ella, hasta desangrarla de toda su oscuridad.

Mortimer abandonó el lugar. Ya en el exterior pudo oír la voz de Ludini solicitando al camuflado propietario del diario que ratificara la eficacia del invento. Siguió\otro comentario que no pudo entender y luego un estallido de risas y aplausos. Se sentía ridiculizado como científico y humillado como amante. Apretó el paso sin saber dónde ir. Quería encontrar el agujero más negro de la noche y zambullirse en él.

No cabía duda de que las bombas de luz eran algo más que una atracción circense. Conforme Mortimer entendía el alcance de tan deslumbrantes recipientes, una sensación de fracaso le resquebrajaba el orgullo y amenazaba con el derrumbamiento de toda su persona. Enterrada bajo la ruina de sus ambiciones, ardía una dolorosa llaga que le abrasaba la dignidad y consumía cualquier posibilidad de reposo. Paseaba nervioso por su taller, le crujían las articulaciones y se despertaba repentinamente en medio de la noche. Revisaba la fórmula de su luminoso barniz, repasaba sus cálculos sobre la eficacia y duración de la sustancia sin llegar a ningún resultado. Obnubilado, con la mente atenazada por la desesperación, sólo lograba confirmar esa impresión de error, ese sentimiento de completa nulidad. Su invento de la luz artificial había partido de unos planteamientos inadecuados. Se había equivocado.

Sin ninguna capacidad de reacción ante la catástrofe que se avecinaba, Mortimer se dejó llevar por su instinto. Volvió al parque de atracciones del Gran Ludini como si el retomo al escenario en el que tan cruelmente había sido humillado pudiera aclarar su situación. Se introdujo sin ser visto y espió todos los movimientos del lugar. Con la regularidad de un espectáculo bien ensayado, se repetían las distintas atracciones que ya había contemplado el día de la

inauguración. Un público numeroso deambulaba, admirado, entre prodigio y prodigio mientras los guías, los animadores y el resto del personal acudían de un lado a otro en un coordinado ajetreo. Mortimer se ocultó entre unos cajones, esperó el final de la función y, cuando el recinto estuvo desalojado, se acercó sigilosamente a lo que parecían las dependencias privadas.

Se deslizó en medio de la noche entre improvisadas cabañas de madera, atravesó un almacén repleto de cuerdas, poleas, telas y de los más disparatados utensilios. Se detuvo en un rincón que hacía las veces de camerino y contempló con una curiosidad no exenta de desprecio los trajes de payasos y saltimbanquis. Luego continuó su exploración hasta que por fin llegó ante un pequeño edificio de planta triangular. No sabía dónde iba, ni siquiera lo que buscaba, pero una fuerza poderosa le arrastraba y le señalaba ese lugar como el objetivo perseguido. Una luz tan pálida como familiar entrevista por una de las estrechas ventanas le confirmó su intuición. Todos los accesos estaban cuidadosamente cerrados, así que no dudó en entrar por una chimenea. Tenso, jadeante y cubierto de hollín, se encontró en medio de un salón en penumbra. Al otro lado de la puerta un blanquecino resplandor y unos murmullos atrajeron su atención. Se acercó con precaución. De pronto un ronco maullido le estremeció. Ante él un gato negro con un ojo de diamante y una pata metálica le observaba con el lomo enarcado y desprendiendo un siniestro fulgor.

Con actitud igualmente felina, Mortimer penetró en una habitación que albergaba los cachivaches del mago. Se deslizó entre un montón de cajones trucados y baúles de doble fondo y acabó acurrucándose detrás del ataúd que Ludini utilizaba en escena para llevar a cabo sus sesiones de lectura. Desde su escondite pudo contemplar el centro de la pieza. Ella estaba allí desnuda y lasciva, tal y como —todavía en ese momento de obcecación y descalabro— él la seguía soñando. De pie pero con el cuerpo inclinado sobre un extraño aparato semejante a una turbina, se agitaba con morboso frenesí. Sus carnes continuaban irradiando los

destellos del barniz luminoso, pero habían perdido buena parte de su intenso brillo. Sin embargo y aunque Caty se hubiera apagado, su belleza continuaba deslumbrando. Mortimer sólo salía del asombro para entrar en la excitación. Veía el apretado balanceo de sus nalgas, el anhelo de sus manos recorriéndose todo el cuerpo e incluso oía la crepitación de sus muslos restregándose con fruición. Culebreaba por sus músculos un deseo inabarcable que le hacía vibrar de efervescente impaciencia. Caty parecía totalmente fuera de sí. Como Mortimer no la había visto antes. Como no la tendría nunca.

Tardó en darse cuenta de que Ludini se encontraba en la habitación. Debajo de su capa negra estaba desnudo y sujetaba unos alambres muy semejantes a los que había utilizado para encender las bombas de luz. Caty le entregó las muñecas y él le insertó los cables en las venas. Una vez conectada, la lujuria de ella aumentó. Una risa gangosa le hacía brotar un hililllo de saliva por las comisuras mientras con los dedos se abría de par en par un sexo sonrosado y turgente, casi líquido. En cuanto el mago se acercó y la acarició, se puso a ronronear de placer. Todos sus orificios desprendían un intenso aroma que llegaba hasta el escondite de Mortimer, embargándole de rabia y de deseo. Cuando la tuvo desesperada de ansiedad, húmeda y jadeante, Ludini exhibió un sexo blanco y fino pero largo y extraordinariamente erecto. Se acercó a las nalgas de la mujer y lo introdujo lentamente en su agujero más oscuro. Mientras la horadaba, Caty guardó un silencio tenso y prolongado, un silencio que no contenía ni aire ni respiración. Sólo cuando la penetración tocó fondo, soltó un ronco suspiro, estiró los brazos hacia delante y apretó los puños. Luego sus muslos se pusieron a chasquear contra los embates de Ludini.

La sodomizó con rítmica energía mientras ella gritaba entre convulsiones. Mortimer creía percibir el crujido de su carne desgarrada e incluso habría sentido la necesidad de acudir en su auxilio si no hubiera estado convencido de que, entre los espasmos de dolor, Caty alcanzaba el máximo

placer. Su frenesí contrastaba con el comportamiento de Ludini, frío, distante, casi técnico. Entraba y salía de ella con brutalidad pero sin desenfreno (¿practicaba una lujuria controlada o llevaba a cabo un experimento lúbrico?). De hecho, cuando, sudorosa y titilante, Caty se desplomó por una cascada de orgasmos, el mago desenvainó un sexo incólume, un sexo sin aliviar. Después desconectó con meticulosidad los cables de sus muñecas y empezó a masturbarse delante de su cuerpo desmayado. Agitó su miembro siguiendo un ritmo acompasado hasta alcanzar un controlado orgasmo. Sin inmutarse, Ludini eyaculó sobre la mujer cubriendo su piel de unos oscuros regueros. La acarició con insistencia hasta que sus poros absorbieron toda la sustancia. Cuando Caty volvió en sí, había perdido los restos del brillo que todavía anidaba en sus carnes.

Ludini la incorporó y, con lentitud complacida, la vistió. Introdujo sus pies en unas medias blancas y con suavidad fue ascendiendo, lamiendo con la fibra la finura de sus piernas. Acomodó sus pechos en un corsé y, dejando su sexo al descubierto, la fue cubriendo con varios velos de tul negro. Atrapaba sus extremidades y arreglaba cada una de las prendas con un esmero lascivo. Al final Caty quedó vestida, apagada pero satisfecha. Los amantes se sonrieron con complicidad insoportable. Mortimer tenía la impresión que, de esta manera, Ludini la purgaba del contacto que había tenido con él. La vaciaba de la luminosidad de su barniz, la devolvía a su opacidad original, a la turgencia mate de su piel. Todas las huellas que él hubiera podido dejar en su cuerpo quedaban así borradas. Ella perdía la claridad y él caía en el olvido.

No sólo Caty. Todo en la vida de Angus Mortimer perdió el brillo. El Edificio del Futuro que tanto renombre le había proporcionado se fue oscureciendo. Una racha de tormentas se abatió sobre la ciudad de Pittsburg y las lluvias y los relámpagos deslucieron la Exposición Universal así como la claridad de la pirámide que se había convertido en su

símbolo. El barniz luminoso no aguantó las inclemencias, desmintiendo las previsiones de su inventor. No tardaron en levantarse voces que hablaron de fracaso e incluso de fraude científico. La fama de Mortimer cayó en picado.

Estas catastróficas noticias apenas afectaron el espíritu del ingeniero. Contemplaba impávido cómo se derrumbaba el prestigio que tanto le había costado conseguir. Su mente sólo podía reproducir una y otra vez la escena contemplada en el parque de atracciones. El cuerpo de ella sometido al ensombrecedor influjo de Ludini se le aparecía constantemente, para sumirle en una dolorosa parálisis. Permanecía días enteros sin moverse, atrapado entre el sufrimiento y la perplejidad. Sólo durante breves momentos lograba salir de su estatismo y entonces, obedeciendo a un remoto reflejo de inventor, se dirigía a su taller de trabajo, donde trazaba los planos de proyectos irrealizables. Cuando la nostalgia le embargaba, diseñaba un telar de caricias con el que proporcionar a la amante perdida los más dulces goces. Cuando la desesperación le arrastraba en su torbellino, trabajaba en una ruleta de suicidios, ideando las más atroces maneras de quitarse la vida.

Con el tiempo recuperó parte de su capacidad de raciocinio. Los hábitos adquiridos a lo largo de una vida dedicada a la ciencia y a las deducciones lógicas le volvían de manera esporádica. Y así, poco a poco, en los momentos que salía de su embeleso, fue comprendiendo que había sido víctima de un plan urdido con la mayor minuciosidad. Le habían asestado un golpe demasiado certero como para no haber sido previamente calculado. Nada de lo ocurrido en los últimos meses podía ser casual. Ni el primer contacto con Caty en la ceremonia de inauguración ni la inolvidable cópula en el centro de la esfera armilar. Todo había sido ideado con el fin de conocer sus inventos, de espiar sus técnicas y mecanismos. Como buen parásito, Ludini vivía de copiar o de ridiculizar los descubrimientos de los demás. En esos momentos de lucidez todo encajaba perfectamente en la cabeza del ingeniero. Hasta ese siniestro gato entrevisto en su taller y que luego encontró en el parque de atracciones debió

de cumplir una misteriosa función en el complot.

Como en cualquier juego de prestidigitación, todos los efectos maravillosos habían sido preparados con antelación. Sin embargo y a pesar de ver con claridad los trucos utilizados, Mortimer no podía sustraerse a su hechizo. Permanecía como un niño embobado, añorando el milagro de aquel sexo refulgente o el embrujo de aquella mano correteando por su bragueta. Ignoraba el objetivo perseguido por Ludini y su hermosa cómplice pero no sólo habían conseguido aprovecharse de sus conocimientos. Habían acabado con él. Totalmente desactivado, con el cerebro y el sexo bloqueados, debía admitir la posibilidad de que quizá el hombre no fuera una máquina. Sólo así podía explicarse que no le hubiera desmontado un experto mecánico sino un mago sin escrúpulos.

A los pocos días los periódicos difundieron la noticia de un último y definitivo invento relacionado con la luz artificial. Hablaban de electricidad y de lámparas de filamentos incandescentes. Profetizaban la instalación de redes de distribución de la nueva energía. Aseguraban que esta vez sí, que por fin se encontraban ante el instrumento que garantizaba el brillante porvenir de la humanidad. Las bombas de luz, presentadas por Ludini y copiadas, sin duda, a algún otro inventor, confirmaban su superioridad sobre el sistema del barniz. De hecho algunos artículos ridiculizaban el Edificio del Futuro mientras que otros lo ponían como un ejemplo de esos pasos que, en ocasiones, la ciencia da al margen de la Historia.

En medio de comentarios jocosos y reconvenciones, la estrella de Mortimer se eclipsaba irremisiblemente. Sin embargo, aunque sin energía ni tensión, el ingeniero aún no había dado su último destello. No le guió tanto un afán de venganza como el deseo de terminar con esa situación de una vez y para siempre. Se encaramó de nuevo al laboratorio situado en el centro de la esfera armilar y con aplicación tranquila y certera se puso a remover alambiques y retortas.

Al cabo de varios días obtuvo una abundante cantidad de un polvillo negro que envolvió cuidadosamente en cuarenta paquetes cilíndricos con forma de cartucho. Los conectó entre sí con una mecha especial, los metió en un saco que cargó al hombro y bajó de su lugar de trabajo. Recorrió con la mirada los oscuros rincones de su taller donde tantos proyectos e ilusiones yacían silenciosos, casi indiferentes y, tras dar un profundo suspiro, salió al exterior. Por primera vez en mucho tiempo sabía lo que debía hacer. Se dirigió al parque de atracciones del Gran Ludini y esperó agazapado a que cayera la noche. Cuando terminaron los espectáculos y el lugar se vació de público, se introdujo en el recinto y encaminó sus pasos hacia la cabaña que hacía las veces de camerino. Una vez allí, se desnudó y ajustó sobre su piel los cuarenta cartuchos. Rodeando el pecho y la cintura, pegados a las piernas y a los brazos, los envoltorios cilíndricos cubrían su cuerpo dándole un aspecto ridículamente inflamado. Escogió uno de los trajes de payaso que colgaban de las paredes y se lo puso. Primero la barriga artificial, luego el abigarrado traje a cuadros, los grandes zapatones y por fin la peluca. Bajo la estrafalaria indumentaria los cartuchos quedaban perfectamente disimulados. Se sentó delante de uno de los espejos y comenzó a maquillarse con pericia profesional. Dibujó en su rostro una expresión triste de comisuras y cejas exageradamente caídas, y culminó su tarea colocando sobre su nariz una voluminosa bola roja.

Con el cómico andar al que le obligaban tanto la carga que rodeaba su cuerpo como el enorme calzado, Mortimer se acercó al edificio de planta triangular donde unos días antes había sorprendido a los dos cómplices. Sin ningún sigilo forzó la puerta y avanzó hacia la pieza central produciendo un inquietante roce con sus torpes pasos. Encontró a Caty y a Ludini alertados por los ruidos. De hecho, el mago sujetaba una pistola entre sus manos. La expresión de ambos pasó de la crispación a la sorpresa al ver aparecer ante ellos tan ridículo personaje. Por un momento empezaron a sonreír aliviados, pero perdieron toda alegría al contemplar cómo se les acercaba con inquietante lentitud esa especie de autómata

desajustado. La mueca de tristeza pintada en el rostro contribuía a hacer aún más agobiante su presencia.

Mortimer era consciente del efecto que provocaba en los dos cómplices. Les veía enfrentarse a lo desconocido, intentando adivinar de quién o de qué se trataba. Ninguno de los dos le identificó. Durante un momento creyó distinguir en los ojos de ella un brillo de inteligencia, como si le hubiera reconocido, pero desapareció ahogado por el miedo. Notaba aumentar en ellos ese terror que desprendía un disfraz en el que lo cómico naufragaba en lo trágico. Sin embargo, y a pesar de comprobar las evidencias de la angustia que provocaba en los principales causantes de su ruina, no experimentaba ninguna satisfacción con ello. Mortimer se había convertido por fin en una máquina con un único objetivo. Cuando estuvo al lado de ellos, su roja nariz se puso a destellar. Se encendía y se apagaba con ritmo acompasado. Al contemplar el risible funcionamiento de la bombilla en el rostro del payaso, Ludini y Caty por fin le reconocieron. Pero él no les dejó tiempo para reaccionar. Sacó del bolsillo una mano enfundada en un guante estampado de flores, forzó teatralmente la expresión de su rostro y, con un gesto aparatoso, como el de quien se dispone a gastar una broma, apretó el detonador.

La explosión conmocionó toda la ciudad. Numerosos edificios de las proximidades resultaron seriamente dañados. La violencia de la deflagración fue tal que el parque de atracciones del Gran Ludini desapareció por completo. Ni siquiera se encontraron los restos de los aparatos y utensilios que habían hecho las delicias de los numerosos asistentes. Todo fue presumiblemente consumido por la elevada temperatura de la descarga. Los habitantes y los numerosos visitantes que por aquellas fechas recibía Pittsburg comprendieron que aquella explosión tenía algo de inexplicable e incluso de maravilloso. Sus arrasadores efectos, el lugar donde se había producido y, sobre todo, esa extraña luminosidad que se instaló en el lugar exacto donde se produjo el estallido… En una pequeña parcela de varios metros cuadrados y a lo largo de varias semanas la noche

dejó de existir. Parecía como si el fogonazo de la explosión se resistiera a desaparecer. Durante el día apenas se distinguía un fulgor más intenso pero, mientras en el resto del país caía la oscuridad, ese espacio se mantenía encendido con un resplandor natural, idéntico al del sol.

La zona se convirtió en centro de peregrinación de científicos y curiosos de todo tipo. De hecho, gracias a tan extraño fenómeno, la Exposición Universal conoció un renovado impulso. Corrieron todo tipo de rumores y especulaciones. Algunos se mostraban convencidos de que se trataba de un nuevo truco del Gran Ludini y que cualquier día haría una espectacular y aclaradora reaparición. Otros aseguraban que al atardecer, cuando la extraña claridad se ponía a resaltar sobre la penumbra circundante, se oía un maullido gangoso, casi metálico. Con el tiempo, tanto los rumores como el misterioso y sempiterno brillo se apagaron. Pero durante mucho tiempo, después incluso de que el recuerdo de Angus Mortimer y de la Exposición Universal desapareciera de la memoria de las gentes, la hierba del lugar creció espesa y negra.

La fibra sintética

Hicieron su aparición con una tensa parsimonia. Se introdujeron dentro de los límites imprecisos —o imperceptibles— de la habitación y, llevados por el movimiento sensual de sus cuerpos, se irguieron ante ella como una amenaza tentadora e inevitable. Una ajustada y dúctil envoltura de cuero negro les cubría totalmente, ocultando desde el rostro hasta las plantas de los pies. Toda su anatomía se hallaba embutida en un inquietante anonimato. Pero a ella, lejos de atemorizarle, le excitaba notar, bajo la tirantez de la prenda, las curvas de sus músculos, la fuerza agazapada de su deseo… o de su crueldad. Con morbosa inquietud sentía latir, tras su oscura apariencia, algo más que una intención, una imponente dureza. Fueron acercándose con lentitud desde los tres rincones donde se encontraban. Sólo entonces pudo descubrir que la carne, como si rebosara lujuria, les afloraba por ciertas partes de la indumentaria. A través del cuero estallaban las yemas de sus dedos y el esplendor de sus nalgas. Por los dos orificios del rostro se filtraban miradas exigentes y escrutadoras. Pero lo que más turbaba sus sentidos, lo que la llenaba de una impaciente desazón, eran sus miembros pendiendo provocativamente, balanceándose entre las piernas con pesada contundencia.

Ella contemplaba tumbada y totalmente desnuda cómo se aproximaban los tres hombres. Los veía dar vueltas a su alrededor como felinos al acecho y no podía evitar un estremecimiento que le subía por la cara oculta de los muslos. Soplaba por su piel el aliento de su presencia cada vez más cercana. Sus pezones se endurecían anhelando un irremediable contacto. Deseaba que, por fin, le impusieran su decisión. Cualquiera que fuera. Con los brazos y las piernas

abiertas, se entregaba al abandono. El ligero temblor de su cuerpo proclamaba su renuncia a toda iniciativa, su voluntad de perder los sentidos.

Se arrodillaron en tomo a ella como si fueran a oficiar un conocido ritual. No la tocaron. Se limitaron a recorrerla con los ojos mientras se acariciaban ellos mismos. Ante la rítmica solicitud de sus manos, los miembros fueron endureciéndose. Ella veía cómo aumentaban de tamaño y adquirían una mayor solidez. Observaba hechizada cómo cambiaban de textura y la piel se poblaba de inflamadas nervaduras. Tenía ganas de tocarlos, de comprobar su resistencia e incluso de ofrecerles algo de humedad. Pero sabía que debía esperar. Ella no estaba ahí para pedir sino para ser tomada. Y quería que tomaran todo. Hasta lo más oculto.

Por de pronto, se resignaba a sufrir el prolongado aplazamiento mientras descubría en el fondo de su ansiedad una cierta complacencia, un goce sordo y extenso. No podía acariciarles ni acariciarse. Nada estaba en su mano. No tenía derecho a precipitar ni a modificar los acontecimientos. Sólo se revolcaba sobre sí misma, apretando las carnes, comprimiendo el deseo, estrujando la impaciencia.

Por fin uno de ellos posó el sexo sobre sus labios. Pero, sin darle tiempo a reaccionar, lo llevó a los pechos, al vientre, a los muslos. Repiqueteó a lo largo de su cuerpo, levantando en su interior jugosas resonancias. Los otros dos se incorporaron al concierto y ella se encontró desbordada por un enjambre de miembros firmes y apremiantes que golpeaban con insistencia a todas sus puertas. Apenas uno abandonaba una zona de su cuerpo, el siguiente hacía su rítmica irrupción. En unos cuantos recorridos aprendió a distinguir las diferentes consistencias y tamaños, incluso creyó adivinar la diversidad de intenciones. Ella procuraba responder a tan numerosos requerimientos y ofrecía húmedas acogidas en cada hueco de su piel. Pero ellos las rechazaban arrastrados por su vertiginoso impulso. La acariciaban, la hacían girar sobre sí misma, la abrían y la cerraban a su antojo. Desfloraban sus labios, entreabrían su sexo, exploraban la hendidura de sus nalgas, permanecían un instante y se iban más lejos sin llegar

más hondo. Ella sólo podía ahogarse en sus jadeos, inundarse en su propia humedad, atrapada en el siroco, arrebatada por el torbellino.

Cuando estaba al borde de la histeria, cuando ya gritaba de deseo, ellos, por fin, se decidieron. Uno entró en su boca. Apenas empezó a engullirlo, otro se introdujo en lo más profundo de su sexo. Nada más acogerlo, el que faltaba se abrió paso en su orificio más secreto. Recorrida por un mismo y prolongado espasmo, tripartita pero única en su deleite, sintió levantarse en el centro de su cuerpo una explosión que le desgarró los músculos y le anuló la conciencia. Salió disparada hacia ninguna parte. Durante unos instantes sólo fue sensación bruta y brutal.

No le concedieron reposo alguno. Entraron y salieron en ella sin ningún tipo de contemplaciones. Los tres transitaron por todos sus recovecos. Con insistencia, con intensidad. Con más furia que pasión. Ella disfrutaba de ese desapego, de esa falta de consideración. Prefería la impersonal suavidad del cuero a la familiaridad de la piel. No le interesaban ni sus rostros ni sus cuerpos. Sólo quería sentirse penetrada por su fuerza. Por eso le excitaba especialmente el calor cada vez más ardiente que despedía la ajustada indumentaria, el sudor que escurría por los orificios y la respiración entrecortada que hinchaba las máscaras. Las repetidas cópulas no tenían identidad ni implicación afectiva. Las recibía en estado puro. Tal y como ella lo percibía en esos momentos, el sexo sólo era energía, y el placer, bufido.

Cuando la excitación de todos se hizo desesperada, uno la tomó por delante, otro por detrás y el tercero optó por sodomizar al compañero que se alojaba en el sexo de la mujer. Lo hizo con rabia, movido por una apetencia descomunal, arrastrado por el desmedido afán de llegar hasta ella desde más lejos. Él fue el primero en eyacular. A través del cuerpo que se encontraba entre ambos, la mujer distinguió con claridad la crispada agonía de su miembro. Le alcanzaron las vibraciones de su placer, incluso el calor de su densa riada. Este primer orgasmo desencadenó una irrefrenable cascada. El que se encontraba dentro de ella se

fue a borbotones y, arrastrado por la corriente de espasmos, también se vació el que ocupaba sus nalgas. Sintió la avalancha de lava blanca hirviendo en su interior, atravesándola de parte a parte. Inagotables sacudidas convulsionaron su cuerpo precipitándola por un negro agujero sin fondo. Después de un último respingo se quedó inmóvil y transida. Inexistente.

Barbara Adams se quitó el casco y el visor, desconectó el ordenador y se despojó del traje de datos que había estado estimulando sus terminaciones nerviosas. Poco a poco iba desapareciendo esa sensación de vértigo que la había mantenido paralizada varios minutos después de que terminara la sesión. Se perdían en el fondo de su cerebro las imágenes de lujuria convulsa. Se disolvía la impresión de contacto con otros cuerpos y la huella espesa que anidaba en su sexo. Sin embargo quedaba aún sudor por su piel, resaca en su garganta y un agotamiento satisfecho en todos sus músculos.

Cada vez se sentía más atraída por el sexo virtual. Acababa de ensayar el *Triple action*, un programa recién aparecido en el mercado y en el que ella misma había introducido algunas modificaciones. El original le parecía excesivamente gimnástico y previsible, le faltaba ese punto de agresividad morbosa que últimamente le resultaba un ingrediente imprescindible en sus fantasías eróticas.

Desde hacía varios años la mayor parte de sus satisfacciones carnales se las proporcionaba el v. s. (*virtual sex*). Sin embargo, ella no se consideraba adicta. No le cabía duda de que una utilización abusiva entrañaba ciertos riesgos. Durante los últimos meses las autoridades lanzaban insistentes y espeluznantes campañas en las que mostraban ejemplos de individuos afectados de autismo, procesos disociativos de la personalidad, estados alucinatorios, epilepsias, anorexias e incluso inexplicables trastornos glandulares. Según los investigadores, ésas eran tan sólo algunas de las secuelas de una entrega compulsiva a los

juegos de realidad virtual. Al parecer, cada programa provocaba un tipo distinto de dependencia y acarreaba unas lesiones particulares. Pero nada de eso iba con ella. No se dejaba afectar por la creciente alarma en la opinión pública, que empezaba a reclamar la inmediata ilegalización de estos productos.

Barbara estaba convencida de que su caso era muy diferente al del resto de los usuarios. Ella era programadora. Conocía en profundidad el funcionamiento de esos aparatos. Podía dominarlos sin ningún problema. Además buscaba en ellos algo diferente. Le interesaba algo más que un ejercicio del sexo exento de extrañas infecciones venéreas, le interesaba poder prescindir de los demás, olvidarse de toda relación que no fuera profesional. Aborrecía esa humanidad vulgar y masificada que poblaba el planeta, y el sexo virtual le servía para colocarse al margen, le otorgaba una cómoda autonomía. En cierta medida, la hacía libre.

Pero no sólo suponía un refugio, un sofisticado aislamiento del mundo. Penetrar en un espacio generado artificialmente siempre representaba para ella una auténtica aventura. En principio, los recorridos, los impulsos y los actores estaban rigurosamente programados pero, de hecho, cada sesión resultaba diferente. Había unos porcentajes de variación que dependían, probablemente, de la disposición y de las expectativas del usuario. Ella había analizado esas oscilaciones con el fin de potenciarlas. Había ampliado el clinamen de algunos programas y había logrado abrir una pequeña cuña en la experiencia virtual por la que se filtraba lo inesperado. Ahora, cada vez que se conectaba a la máquina y se lanzaba hacia la fantasía, una excitante sensación la embargaba. Era una mezcla de ilusión y de temor ante lo imprevisible. Una brecha de curiosidad y de esperanza que se abría en su interior para acoger la sorpresa.

Prefería los programas de sexo virtual porque podían llegar a proporcionar un grado extremo de implicación personal. El placer de los sentidos provocaba un cortocircuito generalizado, una ruptura con las necesidades y condicionamientos cotidianos. Cuando entraba en un v. s.,

ella percibía con un goce muy especial esa atmósfera cargada en la que estaban ambientados. Sentía alrededor de su piel un aire tibio y húmedo, casi una caricia. Le parecía desplazarse en un medio tupido, tiernamente viscoso que le ponía el deseo de punta. Le resultaba muy similar a un baño en líquido amniótico o en bálsamo amnésico. Su piel quedaba envuelta en esa capa invisible sobre la que se sustentan todos los placeres. Le producía una impresión de regreso al origen o, quizá mejor, de olvido. Sólo en estas condiciones lograba bucear hasta lo más profundo de sí misma. Hasta ese punto mágico en el que la plenitud linda con la inexistencia.

Barbara Adams experimentaba una curiosa sensación al contemplar la doble fila de hombres y mujeres sentados alrededor de la mesa. Desde el puesto de presidenta que ocupaba, esa perspectiva de actitudes atentas y respetuosas provocaba en ella un agradable cosquilleo. No era un sentimiento de satisfacción por la situación privilegiada de la que disfrutaba. No le gratificaba tanto el ejercicio del poder como la manifestación palpable de su diferencia. En realidad, ella no se consideraba superior. No estaba por encima sino en otra parte. No era jefa. Era única.

Las personas que tenía ante sí formaban, sin duda, el mejor equipo técnico de toda Australia. Especialistas en contabilidad y finanzas, publicistas, informáticos, químicos, biólogos…, una docena de profesionales sobre los que descansaba la responsabilidad de consolidar y ampliar el éxito comercial del invento que la había lanzado a la fama. En apenas cinco años habían logrado una inmejorable implantación internacional del tejido que ella había puesto a punto. Algunos economistas consideraban incluso que habían protagonizado el crecimiento industrial más espectacular de la década. Eran los directores de los departamentos clave de la A. T. C. (Alice Textil Corporation). Su empresa.

Detrás de su aspecto discreto y disciplinado, bajo esa apariencia de grupo coordinado y eficaz, bullía un enjambre de intereses y envidias, un complejo entramado de

agresividad y competencia. Ella lo sabía perfectamente y, lejos de molestarle, hacía lo posible por fomentarlo. De esa manera garantizaba la vitalidad de la empresa y mantenía su puesto de presidenta a salvo de ataques e intrigas. Mientras estuvieran ocupados en sus rencillas, ni su función ni su autoridad serían cuestionadas. Sin embargo, en los últimos meses había detectado algunas maniobras provenientes del departamento de publicidad que dirigía Harvey Russell. No tenía pruebas de que pretendiera marginarla. Él era lo bastante inteligente como para saber que Barbara Adams resultaba, de momento, imprescindible en la compañía. Pero sus insistentes propuestas de crear una vicepresidencia adjunta no dejaban de parecerle sospechosas. Naturalmente, aunque no lo manifestara, todos sabían que Harvey quería ese puesto para él. Argumentaba la necesidad de esa vicepresidencia con entusiasmo vehemente. Según él, resultaba imprescindible descargar de trabajo y de responsabilidades la presidencia y garantizar su continuidad en caso de que se produjera cualquier contingencia. De esa forma se conseguiría una mayor funcionalidad de la empresa.

Aun en el supuesto de que el planteamiento fuera sincero y no escondiera ninguna artimaña, quedaba claro que Harvey quería distanciarse de los demás. Lo que equivalía a acercarse a ella. Y eso nunca iba a consentirlo.

Barbara Adams sabía que en esa reunión se iban a jugar bazas muy importantes. Podía percibir ese tufo tan especial que desprenden la ambición calculada y el propósito despiadado. El tema que debían abordar justificaba la tensión. Se disponían a definir las pautas de la próxima campaña publicitaria. Con ella pretendían alcanzar el liderazgo mundial dentro del sector textil. No era de extrañar por lo tanto que los informes elaborados con secreta meticulosidad ocultaran todo tipo de maniobras y pudieran acarrear repercusiones imprevisibles en las relaciones jerárquicas de la empresa. Quien supiera imponer sus ideas habría ganado la partida. Así pues, tras el aparente rigor de gráficos y cifras, ella veía la crispación de los lomos enarcados, el hambriento crujido de los colmillos, el frío

chisporroteo de las garras. Y eso la excitaba. Para ella, en esos momentos, la sala de juntas de la A. T. C. olía al celo cruel de las bestias.

Unos minutos antes de dirigirse a la reunión, Barbara Adams había colocado, estratégicamente distribuidos por su cuerpo, una serie de electrodos y estimuladores. Los había conectado con un v. s. muy popular entre las aficionadas a las relaciones lesbianas. Había alterado algunos desarrollos del programa para poder disfrutar de él sin necesidad de casco, de visor ni de traje data. Sin este equipamiento, el efecto de realidad virtual quedaba sensiblemente reducido. No recibía imágenes ni sonidos, pero la mayoría de las sensaciones táctiles y gustativas conservaban toda su intensidad. Se había peinado y maquillado de manera un tanto agresiva y no se había puesto ninguna prenda íntima. Así que se encontraba allí, en medio de esas fieras excitadas por el poder y el dinero, totalmente desnuda bajo su ajustado vestido de cuero negro.

Su puesto de presidenta se encontraba sobre un espejo que tenía la forma y dimensiones de una baldosa. Era un detalle que ella misma había sugerido al decorador y del que ya había sacado partido en alguna ocasión. En cuanto el director de ventas inició la sesión dando los datos del balance anual, ella abrió disimuladamente la costura posterior de su vestido y, a través del asiento transparente de su silla, contempló, reflejados en el suelo, la firme culminación de sus muslos y el destello de su sexo entreabierto. Ninguno de los presentes se percató de ello. La idea de que alguien pudiera hacerlo le inquietaba y le atraía al mismo tiempo. Pero estaba convencida de que, dado el interés del debate, su intimidad estaba a salvo.

Conectó el programa de sexo virtual y una sensación de desnudez se apoderó inmediatamente de ella. Escuchaba las intervenciones y, sobre todo, observaba los gestos y los movimientos del grupo. Las caricias que subían por sus piernas y se refugiaban en sus ingles no le impedían seguir

con atención los distintos argumentos y apreciar las estrategias desplegadas por unos y por otros. Mientras ellos discutían, una humedad golosa se enroscaba en sus pechos y los amasaba con tierna intensidad. El intercambio de réplicas y los abiertos enfrentamientos que empezaban a producirse no sólo no la distraían de su goce sino que lo incrementaban. La agresividad que se instalaba en la sala de juntas la estimulaba de una manera muy especial. Le gustaba sentirse inmersa en ese ambiente cargado de violencia que envolvía los contactos virtuales en una crueldad espesa y agria. Era como ponerle cuchillas a la excitación. El placer resultaba más profundo, más desgarrador.

Un insistente mordisqueo recorría su nuca, se alojaba en su cuello y le subía hasta los labios. A través de esos besos invisibles, ella daba sus opiniones. Su cuerpo no delataba el delicioso culebreo que la atravesaba ni su voz manifestaba la más mínima alteración. No quería que la consideraran ni ausente ni afectada. Sabía que un comentario irónico o un gesto aprobador podían modificar el desarrollo de la reunión. Así que se valía de su poder para ridiculizar a uno o para humillar a otro, y ese simple hecho bastaba para fomentar la suave crepitación que se paseaba por los pelos de su pelvis. A esas alturas de la reunión ya había comprendido que Harvey Russell tenía el mejor plan. Mientras un carnoso saliveo se introducía entre sus nalgas, comprobaba que los planteamientos del director del departamento de publicidad sólo eran maniobras para engañar a los demás. De momento les estaba animando a avanzar en una línea equivocada. No iba a tardar en hundirles, mostrando su verdadera apuesta. Ella lo veía venir con tan morbosa claridad que no pudo evitar cruzar las piernas con un tierno y húmedo chasquido. Miró hacia el suelo con la mayor naturalidad. Reflejado en el espejo, su sexo rezumaba una imperceptible efervescencia.

Por fin Harvey se decidió. De acuerdo con su análisis del mercado, la campaña debía apostar por valores tradicionales. Tenían que establecer una sutil relación entre su producto y aquellos numerosos rebaños de ovejas que en las décadas anteriores poblaban las praderas australianas. Había que

dirigirse a la arraigada nostalgia del público por una naturaleza desaparecida o en peligro. De esa manera pondrían en marcha un infalible estímulo consumista y, además, conseguirían destruir esa aureola de artificiosidad que inevitablemente rodeaba la comercialización de una fibra sintética. Barbara restregó sus nalgas sobre el asiento con una fruición encogida. Casi no podía creerlo. Bajo la aparente brillantez del argumento, adivinaba su total ineficacia. Conforme Harvey se entusiasmaba en la defensa de su proyecto, ella se sentía lamida con insistencia. Un dardo húmedo penetraba su sexo frenéticamente. Cuanto más hondas se hacían las caricias, más lúcida se encontraba. Con hipócrita sonrisa interrogaba a su empleado y le animaba a desarrollar la idea. Harvey describía escenas ambientadas en el calor ancestral de la lana. Proponía la utilización de material de archivo apenas retocado donde se presentara de forma idílica el ambiente familiar de la vieja granja: la chimenea, el perro, el venerable pastor y los productos A. T. C. envueltos en los tonos cálidos del atardecer y mecidos por los sones de anticuadas baladas. Al escuchar tales propósitos, su deleite se teñía de una destructiva irritación. Los jadeos contenidos en todo su cuerpo pugnaban por estallar. Correteaba por sus músculos un deseo irrefrenable de estrujar.

Cuando, con un gesto satisfecho, Harvey Russell terminó su exposición, ella cambió ostensiblemente la expresión de su rostro. Le tenía a su merced. Por primera vez le pareció endeble e incompetente. Ese aspecto artificiosamente saludable, esa anatomía de gimnasio y proteína sintética se le antojó frágil y quebradiza. Múltiples, ágiles, entrañables dedos escarbaban en sus orificios solicitándola, llevándola hacia la explosión final. No lo pudo remediar y empezó a irse. En primer lugar se fue de la lengua. Las palabras brotaron de su boca con punzante lentitud. La A. T. C. no necesitaba mirar hacia el pasado sino hacia el futuro. Lo menos adecuado era acogerse a la vieja y tranquilizadora imagen del abuelo. El resorte que debía animar a la empresa no era la nostalgia sino la competitividad. No había que

olvidar que en China y en Corea estaban desarrollando nuevas fibras de propiedades muy similares a la que ellos fabricaban. Debían vender esperanza y no recuerdos. Para ello, naturalmente, utilizarían el carácter ecológico de su producto. Se trataba de un tejido limpio, biológico y reciclable. Su elaboración se basaba en los principios que debían inspirar la recuperación y regeneración del planeta.

Harvey apretaba las mandíbulas e intentaba disimular el temblor que le sacudía de pies a cabeza. Barbara Adams apenas distinguía la palidez de ese rostro desencajado. La vista se le estaba nublando. Notaba toda su piel cubierta de gozo y empapada por la caricia. El placer la rodeaba por todas las partes, tan extenso como intenso. No podía distinguir si la tocaban, la lamían o la penetraban. Se sentía poseída por una sensación indivisible, indescifrable. Total. Se hallaba absolutamente embargada. Crispó sus manos en la silla y se dispuso a asestar el golpe definitivo a su desbaratada víctima. La campaña consistiría en la organización de una espectacular expedición aérea. Sólo participarían aquellos vehículos capaces de volar sin motor o por medio de propulsión no contaminante. La única condición para inscribirse sería que al menos uno de los elementos del aparato estuviera confeccionado con fibras A. T. C. El vencedor recibiría una importante recompensa económica, pero el principal aliciente lo constituiría el simple hecho de tomar parte en un desafío contra la contaminación y el catastrofismo de algunos grupos ecologistas. Un puñado de aeronaves limpias, pintorescas e imaginativas protagonizarían un *rally* azul e ingrávido que acapararía la atención mundial. Todo ello constituiría un acontecimiento en el que se combinaría ecología, aventura y un indiscutible interés mediático.

Barbara Adams sintió las ondas expansivas de su orgasmo rompiendo contra su piel. Contempló por un momento el espejo que tenía debajo y creyó distinguir la palpitación de su sexo perlando el asiento. Luego clavó los ojos en la disminuida figura de Harvey y se dispuso a rematar su discurso. De esa manera conseguirían con un coste reducido

la mejor campaña posible. Concluyó, sentenciando con tono enigmático, que los verdaderos éxitos se consiguen de manera encubierta y el placer que proporcionan se disfruta mejor en el anonimato. No pudo evitar una sacudida que sorprendió a su rival. Harvey bajó la vista y, cuando levantó de nuevo los párpados, su mirada se había vuelto a llenar de inteligencia, incluso de una promesa de venganza. Barbara no supo si había descubierto lo que corría detrás de su estremecimiento. Pero tampoco lo consideró importante. Se concedió unos instantes de abandono y soltó un ronco suspiro que todos interpretaron como el aliento satisfecho de su triunfo.

Desde niña se había sentido misteriosamente atraída por la Alicia de Lewis Carroll. Había leído una y otra vez sus aventuras en el país de las maravillas y a través del espejo. Lo había hecho a todas las edades, en múltiples versiones y en diversos soportes, y en cada ocasión le había producido el mismo arrobamiento. Para Barbara esta obra constituía una especie de catecismo cuyas claves todavía no había conseguido descifrar. A veces lo interpretaba como un libro inocente, refrescante y decididamente infantil. Pero en ocasiones descubría en él un indiscutible fondo malévolo. En cualquier caso, siempre hallaba un reflejo, una advertencia o una explicación de los distintos avatares por los que atravesaba su existencia. Era el mapa secreto de su destino. En Alicia veía, más que una distracción, toda una premonición.

De hecho, su situación actual sólo podía explicarse por el influjo que este personaje de ficción había ejercido sobre ella. Sus aficiones e intereses habían sido los mismos desde su infancia. Toda su vida había pretendido emular las peripecias de su protagonista preferida. Así se explicaba su temprana atracción por el mundo fantástico de la realidad virtual y también su irresistible curiosidad por conocer ese otro lado de las cosas que se encuentra escondido en su estructura molecular. Para ella, la informática y la biología eran los dos

espejos que permitían el acceso al auténtico país de las maravillas.

Se licenció en biología por la Universidad de Melbourne IV y aprendió programación de ordenadores por su cuenta. Para ella el estudio no suponía esfuerzo alguno. Entendía los problemas y asimilaba los conocimientos con la misma facilidad con la que ocurren las cosas en los cuentos de hadas. De hecho, desde su punto de vista, ella no aprendía, adquiría poderes mágicos.

Nunca dio importancia a la admiración que su inteligencia despertaba entre familiares y profesores. Ellos formaban parte de ese anodino mundo real que, tarde o temprano, iba a abandonar. Antes de los veinte años ya había puesto en marcha su primer gran proyecto científico. Decidió investigar los efectos de las últimas alteraciones climáticas en la fauna del mar de Tasmania. En un principio y de acuerdo con las prioridades investigadoras del país, su trabajo perseguía objetivos ecológicos. Pero no tardó en llevarse una sorpresa. Descubrió que la desaparición de numerosas especies estaba en relación con la mutación y asombrosa proliferación de un tipo de algas hasta entonces muy escaso en la zona. Una aplicación ingeniosa de sus conocimientos genéticos e informáticos reveló las extraordinarias propiedades de estas plantas marinas. Utilizándolas como materia prima, generó un curioso tejido: se trataba de una fibra sintética y al mismo tiempo viva. Ella la definió en sus primeras conclusiones como «pana biológica».

La pana biológica resultaba tan resistente como dúctil y manipulable. No necesitaba lavarse, pues el propio tejido absorbía las manchas e impurezas. De hecho, podía decirse que se alimentaba de ellas. Pero lo más extraordinario no era su comodidad y duración, sino la inexplicable sintonía que establecía con el entorno. Adquiría permeabilidad o densidad según la temperatura del ambiente. Cambiaba de color en función de la luz que la iluminara. Incluso podía resultar sensualmente acariciadora o rigurosamente distante de acuerdo con el talante o el momento pasional por el que atravesara el usuario. Y, por si fuera poco, tanto la síntesis

inicial como los tratamientos posteriores requerían procesos de elaboración breves, limpios y económicos.

Barbara Adams fue consciente desde el principio del alcance de su descubrimiento. Había inventado algo más que una fibra. A partir de ese momento la aburrida y convencional operación de vestirse adquiría un nuevo sentido. Confeccionar una prenda y, sobre todo, entrar en ella suponía un acto íntimo y decisivo. La ropa pasaba a ser la mejor amiga del hombre. No sólo daba realce a su figura sino que se convertía en su protectora, su confidente, su amante.

Las maravillosas características del producto tenían para Barbara un significado muy claro. Se trataba de un regalo de Alicia. Era la llave para abrir el espejo.

Lo primero que hizo, nada más patentar la pana biológica, fue trasladarse a Alice Springs. Nunca había visitado esa ciudad, pero su nombre estaba cargado de evidentes evocaciones. Desde niña había soñado con ese punto del mapa que para ella sólo podía contener todo el encanto de la fantasía en flor. Aunque en un primer momento el lugar la decepcionó, no tardó en apreciar sus ventajas y decidió instalarse allí. Su situación en el centro geométrico del continente australiano la dejaba al margen de las concentraciones demográficas y de los principales mercados, pero también la alejaba de las zonas más afectadas por la radiación ultravioleta y por el constante incremento del nivel del mar. Además, una ciudad rodeada de desiertos ofrecía unas posibilidades de aislamiento que en aquellos momentos ya empezaba a añorar.

El éxito de su tejido fue rápido pero no fulminante. La Alice Textil Corporation se creó con un pequeño capital que, a pesar del prodigioso producto que pretendía fabricar, encontró todo tipo de trabas para fructificar. Espionajes, boicots y sabotajes industriales entorpecieron su trayectoria durante los primeros años. El país del otro lado del espejo no era tal y como ella lo había imaginado. Pero las dificultades en lograr el triunfo económico y social no sorprendieron

tanto a la joven Barbara como el descubrimiento de la auténtica naturaleza de lo maravilloso.

Aprendió o, quizá, asimiló por impregnación que lo extraordinario no surgía de la naturaleza sino del artificio. El milagro se producía, más que por la elaboración o la acumulación de elementos, por la disgregación de la realidad. Comprendió que el mundo de Alicia en el que había penetrado dependía de la negación del mundo de los hombres. Así que se dedicó a desmontarlo o a expulsarlo. Sin vacilación ni remordimientos se entregó a la destrucción meticulosamente planeada de lo previsible. Descubrió así que el placer sólo podía estar basado en el asombro. Conoció los abismos de su sexualidad, oscura, solitaria, exclusiva y excluyente. Se dio cuenta de que, a pesar de las propiedades de la pana biológica, ella prefería el tupido, hermético, inerte contacto del cuero.

Barbara Adams había diseñado un gato holográfico que se paseaba por su lujosa mansión de Alice Springs. Su impalpable silueta le acompañaba en la inmensa soledad del edificio. Daba una fantasmagórica animación a la fría limpieza del decorado, llenaba los rincones de salas y habitaciones con los ecos de sus maullidos y por las noches su pelo negro desprendía un pálido brillo de luna. Barbara pasaba horas enteras contemplando la displicente elegancia de sus movimientos. Se había acostumbrado a su inexistente presencia y trabajaba más a gusto teniéndolo delante. A veces los ojos del felino se posaban sobre ella de manera escrutadora como si, al igual que el gato de Cheshire en el país de las maravillas, su mirada le confirmara que estaba inevitablemente loca. Sin embargo, y sin que ella lo hubiera previsto en el programa de animación, el animal desprendía un halo perverso que el gato de Alicia no poseía. De hecho sólo compartía con él la misteriosa evanescencia.

A pesar de que asistía con regularidad a las juntas de la empresa y procuraba estar presente en todas las decisiones, la mayor parte de los planes los elaboraba en la casa. Se

compenetraba con ella. Había desarrollado unas inexplicables querencias que la llevaban a atribuir extravagantes funciones a cada uno de los espacios. Poseía diversos despachos, pero ella se concentraba mejor en un amplio cuarto de baño de la planta baja. Los lujosos azulejos, las bóvedas de mármol, las sofisticadas griferías, la pulida superficie de los sanitarios propiciaban una atmósfera de recogimiento especialmente favorable para resolver ciertos problemas. Dejaba correr el agua, se tumbaba en el suelo, por donde extendía documentos e informes, y reflexionaba o tomaba notas en alguno de sus portátiles. Ese fue el lugar que consideró más adecuado para estudiar los detalles de la próxima campaña publicitaria.

La expedición partiría de Bahía Shark, en la parte más occidental del continente, y se dirigiría al interior hasta terminar en Ayers Rock. Había escogido como meta ese promontorio rocoso que los primitivos pobladores consideraban sagrado y llamaban respetuosamente Ulurú. De esa manera pretendía conectar el mensaje de esperanza y futuro —sobre el que se basaba toda la campaña— con las raíces más remotas del pueblo australiano. En total se trataba de un recorrido de más de dos mil kilómetros no exento de riesgos. Por el aire y con el equipamiento precario con el que estaban dotadas las aeronaves sin motor, los peligros eran numerosos. Por encima de los tres mil metros los rayos solares resultaban enormemente dañinos y las turbulencias se presentaban tan numerosas como impredecibles. Había que tomar todo tipo de precauciones para que no se produjera ninguna catástrofe. El porvenir de la A. T. C. dependía de ello.

Hizo previsiones, calculó los factores imponderables hasta que todo estuvo preparado. Pero no terminaba de estar satisfecha. A pesar de la espectacularidad del proyecto, le faltaba un punto de interés, algo que aportara un suplemento de expectación morbosa. Allí, en la amplia intimidad de su cuarto de baño y ante la mirada indiferente del gato holográfico, Barbara Adams se convenció de que ella misma debía participar en la expedición. Su fama de mujer

misteriosa e independiente garantizaría ese interés añadido que resultaba publicitariamente imprescindible. Por otra parte era la mejor ocasión para poner a prueba el atrevido prototipo de dirigible que había diseñado en su juventud. No sólo le atraía la soledad del espacio infinitamente abierto sino también las sensuales posibilidades de la ingravidez. La idea quedó totalmente confirmada cuando, sin poder evitar una sonrisa malévola, pensó que Harvey Russell era la persona más adecuada para encargarse de la coordinación y seguimiento de la expedición.

Bahía Shark era una explosión de colorido y bullicio. Se habían congregado ecologistas, aventureros, pilotos civiles y militares, aerosteros, algún que otro astronauta, fabricantes de tejidos de la competencia, periodistas, curiosos y una abundante variedad de chiflados del vuelo y la pirueta. Todos constituían una amalgama variopinta, proveniente de los más diversos países, que se desplazaban de un lado a otro extrañados, atareados, expectantes o envidiosos.

El comienzo de la expedición había tenido que aplazarse debido a una inesperada lluvia ácida que durante varios días había azotado la zona, provocando el derrumbamiento de viejos edificios y la corrosión de algunas estructuras metálicas. Los restos de la ciudad de Gladstone, anegada por las inundaciones de la pasada década y frecuentemente afectada por este tipo de fenómenos atmosféricos, servían como base de operaciones. Se había escogido este punto marcado por las catástrofes ecológicas como símbolo reivindicativo de la necesaria recuperación del continente. En el aeródromo que se había improvisado en las afueras se podían encontrar los más pintorescos aparatos: planeadores, globos, biciclometas, dirigibles, autogiros hidráulicos, *sky-surfers*, alas delta, torpedos celestes, parapentes igníferos e incluso algún viejo modelo de monóptero a pedales. Todo un alarde de ingeniería y diseño que había sido desempolvado, actualizado o construido expresamente para cumplir con los objetivos fijados en cada una de las ocho etapas de las que

constaba el recorrido.

Barbara Adams se sentía orgullosa del acabado de su dirigible. La forma poliédrica del aerostato le daba un aspecto un tanto extraño. Para su construcción había utilizado materiales convencionales, salvo en la cabina, donde, por cuestiones de estabilidad y aislamiento, empleó una aleación de osmio ligera y resistente. También había ideado un sencillo pero eficaz sistema de navegación automatizada. Sabía que tenía posibilidades de ganar, pero pensaba que no sería conveniente para las repercusiones publicitarias de la campaña. No le interesaba tanto la victoria o la seguridad como lograr la autonomía suficiente para poder dedicarse a disfrutar de desconocidos placeres celestiales.

Desde el puesto de control de su aparato divisó la figura de Harvey corriendo ajetreado entre los participantes. Había reaccionado mejor de lo previsto. A pesar de que la coordinación de la prueba suponía un claro descenso jerárquico en sus atribuciones, él se lo tomó con entusiasmo. A Barbara Adams el antiguo director del departamento de publicidad ya no le parecía brillante, ni siquiera patético sino, simplemente, divertido. Pero ahora quería olvidarse de las rencillas y de los problemas de su empresa. Sólo deseaba que Harvey diera la salida para poder perderle de vista. A él y a todo el mundo.

El aparato despegó con cierta brusquedad. Notó el intenso tirón del cielo y se vio proyectada hacia el vacío. Ni siquiera volvió la cabeza para mirar cómo la Tierra disminuía de tamaño. No se dio cuenta de que algunos vehículos no consiguieron emprender el vuelo. Barbara Adams se encontraba absorta y absorbida por el infinito. En sus oídos zumbaba la llamada de las nubes mientras sus ojos se mantenían fijos en un punto extremadamente alejado del firmamento, probablemente en ese punto donde todo termina y empieza el otro lado del Universo.

Las primeras horas de vuelo fueron especialmente

intensas. Notaba cómo perdía lastre y se hacía etérea. No tardó en alcanzar una gran altura. La caravana de aerostatos y planeadores se había dispersado. Apenas podía distinguir a lo lejos algunos pequeños puntos abigarrados surcando el cielo. Consideró que era el momento más adecuado para disfrutar de su juego favorito. Se desnudó en la cubierta de la cabina, se aplicó hábilmente los sensores y se colocó el casco y el visor. Por su piel soplaba una brisa fresca y estimulante. Se entregó a ella hasta que creyó entrar en un agradable estado de flotación. En ese momento de pérdida completa de gravedad, conectó el v. s. Inmediatamente se sintió proyectada por los aires. Su cuerpo virtual giraba en el vacío proporcionándole un vértigo lento y dulce. Al igual que Alicia, se entregaba a la suavidad de una prolongada caída. Una ilimitada caída hacia las alturas. Todo lo que la rodeaba carecía de peso, se ofrecía a sus sentidos impregnado de una sensual inmaterialidad. Apenas veía nada más que una tersa limpidez rasgada por el silencioso batir de sus piernas y de sus brazos. Sin embargo intuía una presencia cercana y anhelante. Se trataba de algo inconcreto pero que ella percibía como clara, casi escandalosamente viril. Podía ser el espectro de una erección o una nube tapizada de fálicas protuberancias. En cualquier caso estaba ahí, al acecho, capaz de envolverla y, al mismo tiempo, de penetrarla con la misma impalpable energía, con la misma ausente intensidad.

Barbara Adams se dispuso a ser tomada en el vuelo. Quería que ese sexo en estado gaseoso se amparara de ella, que le soplara sus simunes y la azotara con sus huracanes. Ya enarcaba los muslos con un gesto de invitación impaciente, cuando la ilusión se quebró. Fue como una explosión de oscuridad viscosa embozando todos sus sentidos. Un doloroso arañazo atravesó sus sienes y durante unos instantes permaneció galvanizada. El programa de realidad virtual al que se encontraba conectada había sufrido un fallo generalizado. Debía de tratarse de una inversión de fluido, o incluso de algo más grave. Cuando, tras vencer el entumecimiento muscular, consiguió quitarse el visor, contempló los sensores y el ordenador humeantes. La avería

no sólo afectaba al conector virtual sino también al sistema de navegación y al de comunicación con tierra. En un principio pensó que semejante destrozo sólo podía haber sido causado por alguna extraña sinergia atmosférica. El cielo se había nublado y, de hecho, amenazaba tormenta. Pero, en cuanto revisó los aparatos de control, comprobó que todo el dirigible se encontraba inmerso en un campo magnético de polarización negativa. Alguien había colocado una bomba de calamita o cualquier otro desactivador energético. La mirada divertida —o vengativa— de Harvey Russell al dar la salida a los participantes en la prueba le vino inevitablemente a la memoria.

El sol se apagaba en el horizonte. A más de siete mil metros por debajo de ella, la oscuridad iba tragándose el paisaje. La aeronave se desplazaba a la deriva impulsada por un viento cada vez más helado. Barbara Adams se acurrucó en un rincón y se dispuso a sumirse en una negra tiritona.

Con el amanecer recuperó la iniciativa. Valiéndose del material de que disponía, intentó improvisar un rudimentario mecanismo que le permitiera controlar el vehículo. Pero las dificultades respiratorias derivadas de la altitud y las intermitentes tormentas desbarataban cualquier intento. Sabía, por otra parte, que no podía confiar en la llegada de los equipos de rescate. Aunque este tipo de contingencias habían sido previstas por la organización, Harvey se encargaría de entorpecer cualquier operación de ayuda. Sin embargo, conforme pasaba el tiempo, no le embargaba tanto el desánimo como una desconocida desazón. Añoraba con una creciente impaciencia olvidarse de todo y abandonarse a sus fantasías. Por todas sus terminaciones nerviosas bullía la ansiedad de conectarse, de estimular su libido y perderse en el placer. No le preocupaba volver a casa. No quería la salvación sino una dosis de sexo virtual.

Al cabo de dos días esta necesidad se había convertido en una obsesión que le ofuscaba. Todavía le quedaban provisiones, pero dejó de comer. Presa de una febril inquietud, llegó a olvidarse de la precaria situación en que se encontraba. Se acariciaba, iniciaba frustrantes

masturbaciones, incluso se arañaba y se golpeaba. Nada le satisfacía. Nada le importaba. Sólo quería mitigar esa carencia que le roía por dentro hasta vaciarla. El paisaje desfilaba a sus pies como un monótono torbellino. Todo se confundía en su cabeza. La tela del aerostato, confeccionada con fibra A. T. C. y calculada para resistir cualquier inclemencia, se desgarró inexplicablemente. El ruido del helio escapándose se mezcló en sus oídos con el zumbido de su insoportable abstinencia. El remolino del dirigible precipitándose contra el suelo se confundió con el naufragio de su propia conciencia.

Barbara Adams, perdida en su desbarajuste interno, no se dio cuenta del aparatoso aterrizaje ni vio el incendio provocado por la colisión. Ni siquiera notó el tremendo impacto al salir despedida de la aeronave. Durante un tiempo indeterminado permaneció sin conocimiento, afectada ella también por una total interrupción de corriente. Fue volviendo en sí de manera confusa e interrumpida. Como fogonazos, algunas imágenes aparecían y desaparecían en su cerebro. No sabía si provenían de su delirio o de un inestable espejismo que se había apoderado de ella. Veía la figura de un hombre desnudo que se acercaba, le soplaba por la piel con un cálido aliento, recitaba una incomprensible monodia y la acariciaba con un ungüento vivificador. Poco a poco se introducía en ella una tonificante energía y sus músculos adquirían una renovada rigidez. Sus desvanecimientos fueron haciéndose menos prolongados y menos angustiosos. Por fin la luz del sol despegó sus párpados.

Un zumbido insistente precedió su despertar: un enjambre de abejas revoloteaba en tomo a una alargada silueta. Se trataba, sin lugar a dudas, del hombre entrevisto en su febril convalecencia. No era ni una alucinación ni una pesadilla. Se erguía ante ella con total nitidez, rodeado por un dorado bullicio de insectos que parecían protegerle al tiempo que le envolvían en un milagroso resplandor. Negro, delgado, con una larga barba y una melena hirsuta, la contemplaba con

mayor reprobación que curiosidad.

Barbara se incorporó intentando comprender la extraña realidad que la rodeaba. Se encontraba tumbada en el interior de una pequeña gruta. Frente a ella se extendía una enorme y desolada extensión de terreno. Sólo al cabo de un tiempo descubrió a un muchacho igualmente desnudo que, sentado sobre unas piedras, la observaba con gesto sonriente. Poco a poco las cosas empezaban a encajar. Su dirigible debía de haberse estrellado en algún lugar perdido, probablemente el desierto de Warburton, y había sido recogida por dos aborígenes. Lo más inexplicable resultaba el aspecto salvaje de éstos. Hacía más de un siglo que todas las tribus australianas habían abandonado sus ancestrales formas de vida. Ciertamente algunos grupos de indígenas habían protagonizado en los últimos años diversos intentos de recuperar sus tradiciones y revitalizar costumbres olvidadas, pero los dos individuos que tenía ante sí no parecían pertenecer a este tipo de movimientos. Su aspecto y su actitud dejaban bien claro que se encontraban perfectamente identificados con el lugar y con una primitiva y natural manera de relacionarse con el entorno.

La primera reacción de Barbara fue preguntarles quiénes eran y dónde se encontraban. El hombre la miró con expresión indignada y, sin responder, dio media vuelta, recogió sus lanzas y su machete y se puso a caminar. El muchacho no tardó en seguirle. Ella entendió que no tenía otro remedio que ir detrás de ellos, y así lo hizo. El muchacho se volvió y la esperó. En un inglés bastante correcto le dijo que él se llamaba Tjaramaka y que su acompañante no tenía nombre. O quizá sí lo tenía pero ni lo conocía ni podía pronunciarlo. El hombre de las abejas sólo hablaba la lengua de los pintupi, una lengua que ya ningún aborigen practicaba y Tjaramaka apenas entendía. No tenía nombre porque nadie le llamaba.

Barbara se quedó un tanto perpleja al escuchar estas explicaciones. Había caído en un mundo que parecía regirse por una lógica un tanto particular. Aunque, si lo pensaba bien, tampoco se diferenciaba excesivamente de la cultura

tecnológica de la que provenía. En su moderna civilización también se necesitaba a los demás para seguir siendo: si alguien no atrae la atención de los otros, si no logra que pronuncien su nombre, al igual que un pintupi único y perdido en la inmensidad de un continente, deja de existir.

Bajo un sol abrasador caminaron durante varias horas acompañados tan sólo por el zumbido de las abejas. Barbara no tardó en comprobar que no llevaba el calzado adecuado, que todavía no se encontraba totalmente recuperada, que necesitaba beber, que no estaba acostumbrada a ese tipo de vida. En varias ocasiones estuvo a punto de reclamar un descanso, pero no quería dar la imagen de la mujer endeble o de la compañera engorrosa. Aguantaba apretando los dientes y dejándose llevar por el hechizo de un paisaje reducido a la mínima expresión. Era un terreno reseco y duro, habitado por una luminosidad deslumbrante. Sudaba, trastabilleaba de agotamiento, sus pies se llenaban de ampollas pero, lejos de considerarse desgraciada, se sentía embargada por un burbujeante entusiasmo. Se daba cuenta de que había desaparecido su ansiedad. Recordaba de forma imprecisa los momentos que habían precedido al accidente, pero ya no experimentaba esa necesidad compulsiva de conectarse a la realidad virtual. No es que hubiera superado la adicción. Simplemente se entregaba con gozosa curiosidad a ese mundo tórrido y despiadado que estaba empezando a descubrir.

Para gran sorpresa de Barbara, llegaron al lugar donde se encontraban los restos calcinados del dirigible. Entonces el hombre extendió hacia ella su brazo derecho y, con gesto conminatorio, pronunció un largo e incomprensible discurso. Tjaramaka intentó traducirlo lo más fielmente posible. Barbara tenía que recoger todos los fragmentos esparcidos y limpiar con esmero las huellas del incendio. Debía cumplir ella sola esa tarea y hacerlo con el mayor esmero. Al parecer, la aeronave había caído en medio de la canción del pintupi y la había destruido. El hombre nunca podría entonarla

correctamente, pues se encontraba impregnada de un mal sabor y de un olor nauseabundo. Sin su canción nunca podría orientarse ni hallar el camino.

A pesar del cansancio y de lo incomprensible de la orden recibida, Barbara puso manos a la obra. Fue amontonando a los pies de una roca los pedazos de su vehículo y apartó aquellos objetos y trozos de tela que podían ser de alguna utilidad en su nueva situación. Mientras trabajaba, el muchacho le contó algunas viejas leyendas que ella recordaba haber escuchado en los cursos de antropología de la Facultad. Para los antiguos pobladores australianos, las canciones cumplían un papel esencial. Con ellas celebraban y mantenían viva la tierra. De hecho, las diversas tonadas irrigaban el territorio y marcaban un trayecto. El terreno por el que se movían se sustentaba sobre un entramado musical. Si un clan olvidaba su canción o, por alguna razón, era despojado de ella, perdía su territorio y quedaba condenado a deambular sin rumbo. Si una tierra no recibía periódicamente sus canciones, moría.

Barbara trabajó hasta el anochecer. Se imaginaba el continente australiano surcado por una tupida malla de circuitos invisibles y melodiosos. Como una red informática. La idea no sólo le parecía hermosa sino incluso plausible. Mientras limpiaba el terreno creía sentir bajo sus pies una rítmica vibración.

En cuanto oscureció, los tres se acurrucaron en una pequeña oquedad del terreno y se dispusieron a dormir. Sorprendentemente, Barbara no se sentía molesta por la proximidad de los dos aborígenes. Ella, tan propensa al agobio, se abandonaba al contacto con otros cuerpos y a una tibia sensación de familiaridad. Encontraba en ese pequeño refugio perdido en el desierto una seguridad entrañable y ancestral.

Las últimas luces del crepúsculo se apagaban en el horizonte y un imponente silencio reinaba por doquier. Se dio cuenta de que las abejas del pintupi habían dejado de revolotear, pero no las veía sobre su piel ni en ningún otro sitio. Se le ocurrió que sólo podían estar dentro de su cuerpo.

En el interior de ese hombre fibroso tenía que haber un mágico panal repleto de miel. Barbara se durmió con una sonrisa en el rostro. Por primera vez más golosa que lujuriosa.

Barbara pasó toda la jornada siguiente trabajando en la limpieza del terreno. El aborigen sin nombre la vigilaba cada vez más impaciente. Le indicaba los trozos que faltaban por recoger, le daba prisa y, al mismo tiempo, ensayaba movimientos y pasos de baile como si buscara una melodía, como si acechara la reaparición del perdido compás. Al atardecer la zona se podía considerar suficientemente despejada. Tjaramaka recogió algunos arbustos y troncos secos para hacer una hoguera. Cuando empezó a caer la noche, el pintupi inició los preparativos de una extraña ceremonia. Sacó del zurrón los más variopintos objetos. Se embadurnó la piel con tintura de colores, se colocó dos plumas entre la cabellera, se ajustó un cinturón hecho con su propio pelo y, tras una breve invocación, se ciñó al cuello el cordón umbilical que, desde su nacimiento, conservaba dentro de una bolsa llena de hierbas aromáticas. En cuanto estuvo convenientemente ataviado, se puso a frotar un palo contra un trozo de madera hasta que brotó el fuego. Se sentó en el suelo y, tras un momento de concentración, entonó una monótona canción. Tjaramaka le acompañó soplando en un improvisado *didgeridoo* que envolvió la voz del pintupi en cóncavas resonancias.

Toda la noche transcurrió dedicada a esta mágica tarea. Una y otra vez el aborigen recitaba la misma canción, insistiendo en los tonos o introduciendo imperceptibles variaciones. Se diría que pretendía recuperar la melodía, ponerla a punto, hacerla suya de nuevo. De vez en cuando echaba en la hoguera un polvillo negro que levantaba hacia el cielo un surtidor de chispas diminutas y brillantes como estrellas de bolsillo.

Barbara contemplaba hechizada la danza sensual de las llamas. Se le antojaba un espectáculo nuevo e imprevisible.

La hoguera encendía en medio de la oscura profundidad del desierto una gama inagotable de colores y de formas. Notaba la luz del fuego serpenteando por su piel mientras la crepitación recorría su espalda como una punzante caricia. Mecida por el ritmo de la canción, se sumía en un éxtasis dulce y melancólico.

El amanecer les encontró en la misma postura, pero sus cuerpos estaban frescos y relajados. La expresión del pintupi había cambiado. Había desaparecido esa tensión un tanto agresiva de su rostro y miraba a Barbara de manera más amistosa. Había recuperado la canción y con ella todos los trayectos de su mundo.

Barbara había acarreado consigo el sintetizador del proyector holográfico, que había quedado intacto después del accidente. De manera que, aunque le resultaba imposible reconstruir la imagen de su gato, podía escucharlo con perfecta claridad. Una simple conexión le permitía oír sus bufidos y hasta el suave deslizamiento de sus garras. El grupo avanzaba a través del desierto acompañado por el bordoneo de unas abejas sin néctar y por los maullidos de un felino sin cuerpo.

Conforme pasaban los días, Barbara iba estableciendo una íntima sintonía con la vida de los aborígenes. La comunicación se sustentaba no sólo en las conversaciones con Tjaramaka sino también y sobre todo en una silenciosa impregnación, en una comunión. Cada gesto, cada movimiento de sus acompañantes, despertaba en ella una excitante curiosidad. En menos de una semana se había olvidado de su pasado. El mundo de los blancos, como lo llamaba Tjaramaka, le parecía lejano y casi incomprensible.

Aprendió a cazar lagartos, a identificar las rocas y a localizar los pozos de agua. Se enteró de las leyes que regían ese tiempo y ese espacio en los que había entrado. Descubrió las causas que explicaban su nueva existencia. Supo, por ejemplo, que el universo era el sueño de los primitivos habitantes del continente. Los antepasados se crearon a sí

mismos con arcilla. Vivieron y durmieron. Y de sus ensoñaciones proviene todo lo que existe. Cada ser vivo pertenece a un sueño. Lo comparte con otras especies y con ellas forma un clan.

Supo que en lo más oculto de su zurrón el pintupi guardaba una piedra cubierta de misteriosas incrustaciones que configuraban el recorrido por la tierra de su antepasado fundador. Esa piedra representaba algo más que sus señas de identidad. En cierta medida contenía su alma.

Supo que los insectos que le rodeaban no eran abejas. Eran moscas mieleras, el tótem con el que se identificaba su clan. Al haber desaparecido el resto de la familia, las moscas se habían concentrado en tomo a él, viajaban juntos, participaban del mismo destino. Ellas anidaban en su melífero interior. Él se beneficiaba de su vibrante energía.

Tjaramaka se había reunido con el pintupi obedeciendo a una ancestral llamada. Él, de hecho, había nacido en un suburbio de Camberra. No había conocido a sus padres, pero un abuelo materno le había hablado de sus orígenes y le había explicado que su clan conocía la ruta de la madera. Sus antepasados sabían llamar por su nombre a cada árbol, podían hablar con ellos y adivinar por dónde iban a crecer los bosques. Hacía unos meses había sentido el latido de su antiguo corazón vegetal y había abandonado la ciudad reclamado por un objetivo tan desconocido como urgente. Sólo tras un largo viaje había encontrado al pintupi y descubierto la misión a la que estaba destinado.

El hombre colmena se había propuesto fabricar un insólito *boomerang*. Debía estar dotado de propiedades únicas, pues quería lanzarlo hasta el final del mundo y que regresara al principio de todo, al tiempo del ensueño original. Con tan extraordinaria trayectoria, aspiraba a dejar un testimonio grandioso e invisible de la tribu de la que él era el último representante. Los pintupis fueron en su tiempo afamados lanzadores de ese instrumento. La prodigiosa elipse que iba a describir el arma pretendía ser un homenaje y una despedida.

Lanzada hacia el futuro, iría a parar al recuerdo. El *boomerang* realizaría un viaje sin porvenir y cargado de nostalgia. Pero para conseguir semejante proeza necesitaba encontrar una madera muy especial en la que tallarlo. Y ahí es donde intervenía Tjaramaka. Hacía varias semanas que caminaban en busca de un árbol. El muchacho ignoraba cómo era y en qué lugar se encontraba, pero sabía hacia dónde dirigirse.

A Barbara le entusiasmaba esta historia, en la que se veía implicada. Ellos la aceptaban sin reticencias, como todo lo que cae del cielo. Ella, por su parte, se consideraba privilegiada. Tenía la impresión de participar en la elaboración de un mito, de estar urdiendo ese sueño en el que la humanidad viviría en el futuro o diseñando un programa de ordenador repleto de fantásticas, sugerentes, incluso redentoras ocurrencias.

No pudo determinar durante cuántos días siguieron viajando. Para ella el tiempo transcurría de manera diferente. No lo percibía como una sucesión de momentos; más bien se extendía a lo ancho del paisaje abarcándolo, inundándolo, alimentándolo. Su compenetración con los aborígenes era total. Sintió con la misma intensidad que ellos la sacudida interior que los paralizó. Adivinó de inmediato que habían llegado. Tenían delante un gigantesco árbol aparentemente muerto. Su tronco sin ramas se erguía pétreo en el horizonte. Se trataba, sin duda, de una antiquísima acacia fundida ya con el rocoso paisaje, casi fosilizada. Tras contemplarla con actitud reverente, empezaron a escarbar hasta alcanzar sus más remotos fundamentos. En cuanto los pusieron al descubierto, el pintupi escogió una de las raíces e intentó cortarla con el machete. Su dureza quebraba el filo y hacía imposible la tarea. Barbara le entregó un fragmento de la cabina del dirigible. La resistencia del osmio consiguió abrir una brecha en la madera. Después de ímprobos esfuerzos, logró su objetivo. Al separarlo del resto del árbol, el trozo de raíz supuró un espeso líquido blanco.

Lo pulió, lo ahumó, lo fue desbastando y modelando. Con piedras, con el polvo negro de su zurrón, con el osmio, con

los dedos, con la lengua. Con amorosa aplicación, con frecuentes interrupciones rituales, con fuerza sorprendente. Los días que duró la fabricación, no se separó de él. Durmió abrazado al trozo de madera como si también lo trabajara con su afecto, como si le estuviera traspasando una parte esencial de sí mismo.

Por fin el objeto estuvo a punto. El acabado era perfecto. Su forma plana y delicadamente curva se terminaba en un contorno fino, casi cortante. Una tarde, cuando el sol empezaba a declinar, inició los preparativos. Se puso los adornos rituales. Bailó una silenciosa danza. Se dio un breve tajo en la muñeca izquierda y dejó que la sangre goteara sobre la superficie del *boomerang*. Tomó impulso y lo lanzó contra el crepúsculo. Un zumbido intermitente desgarró el cielo y el instrumento desapareció en el horizonte. Inmediatamente empezó a oscurecer.

Barbara quedó convencida de que el *boomerang* había alcanzado su objetivo, de que había dado la vuelta al tiempo o, al menos, había atravesado los confines del espacio. No le sorprendió el abatimiento que se apoderó del pintupi. Al fin y al cabo, su triunfo personal suponía al mismo tiempo la confirmación de su derrota como tribu. Le vio apartarse y encender una hoguera en solitario. Irresistiblemente atraída, se acercó hasta él y pasó sus dedos por la cabellera tupida y dura, casi metálica. Acarició su piel reseca y correosa, casi cuero. Y quiso continuar. Descender por su abdomen, arrebujarse en su sexo, sentir dentro de ella el bullicio de su enjambre. Pero notó el peso muerto de su pecho y la ausencia de su mirada. No la rechazó, simplemente le mostró la profundidad del abismo en el que ya estaba enterrado.

Barbara le dejó solo y fue a acostarse al lado de Tjaramaka. Para acompañar el desconsuelo que la embargaba, conectó el sintetizador holográfico y los maullidos del gato se oyeron con especial intensidad. En su prolongada vigilia creyó distinguir un tenue brillo de luna paseando nerviosamente entre las rocas. Por fin cayó en una somnolencia agitada, poblada de bufidos, cubierta de arañazos.

Volvió a soñar con la figura del pintupi acercándose a su cuerpo. Soplaba por su piel con un cálido aliento y la cubría con un ungüento revitalizador mientras recitaba una incomprensible monodia. Como la otra vez, también la despertó un zumbido. Pero en esta ocasión no se trataba de abejas ni de moscas mieleras. Era un rastreador aéreo que flotaba encima de ella. Miró a su alrededor desconcertada. Los dos aborígenes habían desaparecido. No había rastro de su presencia. Ni siquiera quedaban huellas de las hogueras. Sólo el viejo tronco de la acacia se erguía en el horizonte, distante, indiferente.

No cabía duda. La habían localizado. Por un momento pensó en huir, en perderse en el desierto. Pero desde donde se encontraba resultaba imposible burlar al rastreador. Se sentó a esperar e intentó recapacitar. ¿Había sido todo un sueño? ¿Un delirio provocado por el síndrome de abstinencia? ¿Una experiencia virtual generada por su toma de contacto con el desierto? ¿Había estado viviendo en el sueño de algún indígena primitivo? Todo su cuerpo se rebelaba contra estas hipótesis. Sus músculos guardaban los reflejos de las habilidades que había aprendido, su corazón rebosaba todavía tristeza por la tribu extinguida, su piel estaba curtida por el sol y el viento del desierto. Pero en lo más hondo de sí misma sabía que ninguna de estas sensaciones constituía una prueba irrefutable de la autenticidad de su aventura. ¿Estaría irremisiblemente condenada a no distinguir el mundo real del país de las maravillas?

Los equipos de rescate irrumpieron en la pausada desolación del paisaje. Helicópteros, elevadores, organizadores del *rally* aéreo, ejecutivos de la A. T. C., reporteros, cámaras de televisión se precipitaron hacia ella. Estuvo a punto de marearse ante el repentino ajetreo. No entendía nada de lo que le decían y sólo era capaz de sonreír de manera estúpida. La metieron en un elevador de socorro y un grupo de médicos se empeñó en palparla y revisarla. Surgió de nuevo en ella el antiguo rechazo al contacto humano. Se separó con brusquedad del grupo y se aproximó

a la ventanilla para ver cómo desaparecía ese pedazo de terreno en el que había sido testigo de la mayor hazaña de los pintupi. Desde el aire pudo distinguir que la base de la acacia había sido escarbada y sus raíces quedaban al descubierto. A una de ellas le faltaba un trozo lo bastante grande como para tallar en él un espléndido *boomerang*.

Harvey Russell daba vueltas solícitamente a su alrededor. Le explicaba la tensión en la que habían vivido durante los cuarenta días que había estado perdida. Habían recuperado la esperanza de encontrarla con vida al descubrir los restos de su dirigible cuidadosamente amontonados debajo de unas rocas. Pero, ahora que todo se había resuelto de la mejor manera, se podía confirmar el éxito rotundo de la campaña. Las peripecias de Barbara Adams en el desierto de Warburton iban a ocupar la primera plana de todos los medios durante varias semanas.

Barbara apenas le escuchaba. Pensaba que con tan exagerada solicitud intentaba encubrir su probable responsabilidad en el sabotaje del dirigible. Pero no le guardaba rencor. Por una parte, nunca podría probar su participación en esos hechos y, por otra, en el caso de que fuera culpable, debía agradecerle el haber vivido la experiencia más insólita de su vida. En ese momento decidió que se merecía el puesto de vicepresidente de la A. T. C. Al fin y al cabo, con ese ascenso no iba a lograr acercarse a ella. Porque ella ya no estaba en la presidencia. Se había ido mucho más lejos.

Bajo el tórrido sol del desierto, Barbara se acercaba al pintupi y éste, con parsimonia, con lentitud ritual le desgarraba la ropa o, más bien, se la borraba con la yema de los dedos. Veía cómo la blancura de sus pechos estallaba entre los dedos callosos y polvorientos. Recorría su cuerpo con unas palmas ásperas que levantaban en ella algo mucho más profundo que el deseo. Luego se recostaba al pie de un viejo tronco petrificado y la invitaba a acercarse. Ella se sentaba a su lado, se restregaba contra su piel dura y correosa

como la arena del desierto. El contacto le producía una sensación semejante a un arañazo y ponía al descubierto una sensualidad abrasada y apremiante. Por primera vez experimentaba un ansia de acoger, de abrigar a otro en su interior. No lo quería para obtener placer sino para hacerlo suyo.

Tras sujetar el miembro entre sus manos, tras palparlo y sopesarlo con cierta reverencia, se puso a lamerlo. Primero con respeto, guardando las distancias, aplicando más aliento que saliva. Luego fue acercándose, lo abrazó con los labios y, finalmente, se lo introdujo hasta atragantarse. Notaba su crispada erección empapándose de su lengua y quemándole el paladar. Ella se deslizaba y absorbía con la más tierna humedad pero, conforme el miembro se tensaba, una sed ardiente le invadía el paladar. Era como si el deseo del pintupi se nutriera de todos sus líquidos.

Cuando se quedó seca, cuando no pudo aguantar las ganas de beber, se puso a cuatro patas y, con una agitación lasciva de caderas, le ofreció el rebosante capullo de su entrepierna. Él aceptó la invitación. La penetración fue prolongada. Lo hizo con lentitud, administrando las dimensiones de su sexo y la duración del placer. Ella deseaba que nunca terminara de entrar, convencida de que siempre le quedaría cuerpo para albergarle. Por fin tocó fondo. Se quedó plantado, sin moverse, casi sin respirar, él también petrificado. Barbara notó en lo más profundo de sus entrañas un respingo ardiente que la conmovió. Se contagió de la intensa parálisis y durante unos instantes no pudo ni estremecerse ni gritar de placer.

Permanecieron así varios minutos, enhebrados el uno en el otro, pasmados, endurecidos por el gozo profundo que llevaban clavado dentro. Imperceptiblemente, las caderas de ambos empezaron a balancearse. Primero con suave contoneo, pronunciando las nalgas. Poco a poco fueron adquiriendo un ritmo más agitado hasta alcanzar una palpitación frenética. Ella sentía la insistencia y la profundidad de la caricia como la leña a punto de arder. En su desaforado ir y venir, el miembro del pintupi se bebía la humedad de su sexo dejándolo reseco y dolorido. La llaga, la

hoguera y el orgasmo estallaron a la vez en su interior, rojos, desgarradores, abrasivos.

El hombre desparramó una cálida melaza dentro de su sexo y lanzó un grito ronco y desesperado. Ambos se derrumbaron sobre el pedregal del desierto. Barbara se sintió atravesada por la transparencia del cielo y creyó percibir un rumor de primavera recorriendo el tronco del árbol.

Barbara estaba tumbada sobre el mármol de su cuarto de baño. Después de su aventura en el desierto, apenas abandonaba su mansión de Alice Springs. Tan sólo le acompañaba su gato holográfico, definitivamente reducido a sonido, a simple maullido reverberante. No le importaba prescindir de su sensual deambular ni del embeleso de su mirada. Prefería conservar tan sólo su difuso bufido porque, cuanto más invisible resultaba, más evidente se hacía su presencia y mayor intensidad desprendía el brillo de su luna.

A pesar de los últimos éxitos obtenidos, la A. T. C. había dejado de interesarle. Ahora se dedicaba a estudiar las antiguas culturas australianas y a analizar las posibles aplicaciones informáticas en este terreno. Mediante el ordenador pretendía actualizar o, incluso, hacer realidad algunos de los viejos mitos. Ahora concebía la realidad virtual como el sueño capaz de generar un nuevo mundo. Estaba empezando a entender el universo como el desarrollo de un programa en el que todo obedece a unas ocurrencias previamente diseñadas. Según esta hipótesis, su existencia era tan sólo el proyecto de un remoto programador, el sueño de un primitivo poblador. Y ella también quería convertirse en creadora. Dejar de ser soñada e iniciar su propio sueño o, si no lo conseguía, al menos, empezar a dormir.

Acababa de poner a prueba su más reciente investigación en la que, por fin, daba rienda suelta a sus deseos con el pintupi. Basándose en sus últimas aventuras, había confeccionado un v. s. muy particular. Por una parte, le había sorprendido descubrir una vertiente inexplorada de su sexualidad. Por otra, había alcanzado los objetivos científicos

que se había marcado. Había mejorado notablemente el nivel de percepción sensorial de las experiencias virtuales. De hecho, aunque ya se había despojado del casco y del visor, seguía viendo ante ella la inmensa superficie del desierto y notando un calor deshidratante dentro de su cuerpo. Pero la confirmación del éxito de su experimento la obtuvo al quitarse el traje de datos. Por la cara interna de su muslo escurría un líquido blanco y espeso, un jugo seminal que había atravesado la barrera de la virtualidad para materializarse con toda su evidencia fertilizadora. Barbara sabía ahora que el germen de algo nuevo estaba anidando en sus entrañas. No estaba segura de lo que iba a ser. Quizá un aborigen perteneciente a una tribu extinguida, quizá el programa de una desconocida virtualidad, quizá, simplemente, un sueño. Sólo podía asegurar que, por fin, sus experiencias de sexo virtual darían frutos. De una manera o de otra, en su interior estaba a punto de gestarse el comienzo de un mundo nuevo, producto de la fantasía y del ingenio. Barbara llevaba dentro el país de las maravillas.